

De maíces a maíces
Agriculturas locales, disputas globales

De maíces a maíces

Agriculturas locales, disputas globales

Elsa Guzmán Gómez



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS
JUAN PABLOS EDITOR
México, 2018

Esta publicación fue financiada con recursos del Programa de Fortalecimiento de la Calidad Educativa (PFCE) 2017.

Guzmán Gómez, Elsa

De maíces a maíces : agriculturas locales, disputas globales / Elsa Guzmán Gómez.- - México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos : Juan Pablos Editor, 2018.

175 páginas : ilustraciones

ISBN: 978-607-8519-84-2 UAEM

ISBN: 978-607-711-463-5 Juan Pablos Editor

1. Agricultura – Aspectos económicos – Morelos (Estado) 2. Morelos (Estado) – Condiciones rurales 3. Industria del maíz – Morelos (Estado) 4. Maíz – México – Política económica

LCC HD1795.M6

DC 338.1097249

Esta publicación fue dictaminada por pares académicos bajo la modalidad doble ciego.

DE MAÍCES A MAÍCES. AGRICULTURAS LOCALES, DISPUTAS GLOBALES
de Elsa Guzmán Gómez

Primera edición, 2018

D.R. © 2018, Elsa Guzmán Gómez

D.R. © 2018, Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Av. Universidad 1001, Col. Chamilpa
62209, Cuernavaca, Morelos
<publicaciones@uaem.mx>, <libros.uaem.mx>

D.R. © 2018, Juan Pablos Editor, S.A.
2a. Cerrada de Belisario Domínguez 19
Col. del Carmen, Del. Coyoacán, 04100, Ciudad de México
<juanpabloseditor@gmail.com>

Fotografía de portada: Elsa Guzmán Gómez, 2018

ISBN: 978-607-8519-84-2 UAEM

ISBN: 978-607-711-463-5 Juan Pablos Editor

Impreso en México / Reservados los derechos

Juan Pablos Editor es miembro de la Alianza de Editoriales Independientes Mexicanas (AEMI). Distribución: TintaRoja

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
CAMPESINAS Y CAMPESINOS DE HOY	15
AGRICULTURA CAMPESINA Y MAÍCES	33
TIERRAS DE MORELOS, ENTORNOS DIVERSOS DEL MAÍZ	53
MILPAS Y ESTRATEGIAS CAMPESINAS	71
CAMPESINOS Y MERCADO CAPITALISTA	91
PRIVATIZACIÓN Y DESPOJO COMO PARADIGMA DE DESARROLLO	111
DESPOJO DE LA AGRICULTURA CAMPESINA EN LA CADENA DE MAÍZ	133
EPÍLOGO. DISPUTAS Y UTOPIÁS	151
BIBLIOGRAFÍA	157

BLANCA

INTRODUCCIÓN

Este libro tiene como eje central el tema del maíz, o más específicamente, la relación de campesinas y campesinos con el maíz en México. Se publica en un momento en que no es una novedad temática; por el contrario, los trabajos sobre este tópico en México son vastos y actualmente se han multiplicado. Sin embargo, considero que aún se requiere hacerlo, dado que estos trabajos amplían las perspectivas de análisis y las búsquedas para interconectar distintas visiones disciplinarias para darle seguimiento a los cambios y nuevos derroteros. De esta manera, quizá entendamos y enfrentemos la urgencia de cambiar ciertas tendencias que atentan contra el cultivo de maíz, a la planta nativa, al autoabasto familiar, a la autosuficiencia y la seguridad alimentaria del país, y la soberanía nacional. Esta perspectiva atraviesa las reflexiones del libro que presento, éstas son algunas de las discusiones necesarias sobre el modelo de país, con el fin último de ponerlas en la mesa de la adopción de decisiones y las políticas nacionales.

Existen mitos sobre los campesinos, los cuales se han construido desde la modernidad. Éstos han servido para considerar a los ciudadanos de una categoría diferente a los grupos urbanos y de poder, para estigmatizar a los que defienden posturas campesinistas, a los movimientos sociales que surgen de sus poblaciones. También existen mitos sobre el maíz, especialmente el nativo, que incentivan el abandono de su cultivo, argumentando que ya no es redituable, que es de pobres, atrasado. Me interesa aportar y abonar ideas para romper esos mitos, y con análisis problematizadores, sin ilusiones ni visiones idealistas, entender

el papel de los campesinos, así como las arenas de disputa de este grano en México.

Desde mi tarea de docente universitaria discuto con las visiones convencionales de los estudios rurales, en las cuales prevalece la idea de que el desarrollo rural está ligado únicamente al incremento en la productividad y ganancia de las cosechas, por lo que se llega a decir que es necesario impulsar cultivos diferentes al maíz, o que se debe acudir a variedades comerciales que incrementen el rendimiento. Considero que estas ideas parciales confunden en tanto que, si bien el precio hacia los productores ha sido castigado y no obtienen ganancias suficientes para cubrir los gastos de inversión, existen otros ámbitos de valorización que explican la persistencia del cultivo. Así, la defensa del maíz nativo se da desde los propios productores y sus familias, por grupos académicos, profesionistas, de funcionarios sensibles y personas en general que han entendido, y reconocen en la planta y sus procesos, elementos de la cultura de una gran parte de la población de nuestro país. De igual manera, la explicación de la supuesta no redituabilidad y los precios estancados tiene sentido en los procesos globales, pero no en el carácter de la planta, de la milpa ni de la agricultura campesina. Así, en este libro me interesa proporcionar elementos a estudiantes de licenciatura, posgrado, jóvenes investigadores y personas interesadas en el tema, para estudiar y entender la realidad rural morelense y nacional con planteamientos críticos y con análisis complejos.

Defino mi posicionamiento sobre el cultivo del maíz desde la complejidad campesina. Por un lado, resalto que los grupos campesinos han centrado su objetivo en la producción de su propio alimento, como la base, articulador y contenedor de la cultura. En particular, el maíz ha sido sustento de la estrategia familiar. Por el otro, sostengo que las transformaciones actuales tienen como determinante importante las políticas neoliberales y los procesos globales, dentro de lo que se considera las formas de despojo de sus recursos. Esto lleva a la vida del campo tensiones que se configuran entre la defensa y el abandono de la tierra, de la forma de vida, del cultivo, de la semilla nativa, de las tecnologías propias, de las posibilidades de insertarse en el mercado, de mi-

grar, de quedarse en sus tierras o de regresar a ellas. Por lo tanto, las estrategias y los elementos de la cultura campesina se encuentran en procesos permanentes de reacomodo, ajuste y reinención.

Con el propósito de señalar los procesos campesinos, pretendo hacer énfasis en su presencia a pesar del despojo que ocasionan las dinámicas hegemónicas mundiales, plasmado por políticas nacionales que no han reconocido como propios los intereses de un grupo social, el cual sí ha aportado historias para el desarrollo nacional, particularmente la producción para la alimentación de la población nacional. Considero que la persistencia mostrada por dichos grupos debe valorarse, requiere espacio y prioridad en el proyecto nacional. En especial, me interesa la reflexión al vislumbrar la soberanía nacional como el fondo y sostén de la perspectiva de análisis del maíz. Así como llevar este tema desde el horizonte de un escenario ideal a la construcción del posicionamiento político del país.

De maíces a maíces. Agriculturas locales, disputas globales, el título de este libro, alude a las distintas visiones y perspectivas que existen en el país sobre la planta y el grano, así como a las heterogeneidades en la estructura productiva y comercial en la que múltiples actores coexisten. Dichas diferencias configuran las disputas de recursos entre la agricultura campesina y los procesos globales. En esta idea se centra el análisis del presente trabajo.

A lo largo de los capítulos que contiene este volumen, se hace referencia a las investigaciones que he llevado a cabo sobre las estrategias de vida y la de resguardo de maíz, los mercados y las plazas en los últimos años.¹ Las reflexiones sobre el estado de Morelos que se encuentran en todos los capítulos, se apoyan

¹ El presente libro contiene reflexiones producto del proyecto de investigación: “Resguardo campesino de maíz: consumo y comercio en el norte de Morelos”, del Conacyt, a partir de 2010, e incluso anteriormente con las indagaciones sobre las estrategias de vida y los campesinos jitomateros; así como las investigaciones posteriores realizadas en el marco del cuerpo académico “Gestión de recursos para el desarrollo”, de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, y de la línea de investigación sobre las estrategias campesinas de vida.

en los trabajos de campo que he realizado y en acercamientos a través de la dirección de tesis de licenciatura y posgrado. Así, considero y hago referencia a distintas comunidades de varias regiones de Morelos: en el norte, en los municipios de Totolapan, Atlatlahucan, Tepoztlán, Yecapixtla, Tetela del Volcán, Ocuituco y Huitzilac; en el poniente, en Puente de Ixtla, Mazatepec, Teteocala y Coatetelco, Temixco, y en el sur, en Tlalquitenango, en la Reserva de la Biósfera de Huautla.

Este libro también reúne el trabajo de campo, recopila entrevistas realizadas en las parcelas, plazas de mercados, comunidades, y reflexiones sobre la producción de maíz de los pequeños productores de Morelos más allá de los límites de la parcela, relacionando secuencias de técnicas agrícolas, estrategias de vida, dinámicas regionales, de mercado y escenarios nacionales y globales. Al escribir este texto he retomado elementos que se han presentado de manera fraccionada o más detallada en distintas ocasiones, llevadas hacia reflexiones sobre las tendencias actuales del despojo neoliberal.

Múltiples planteamientos, e incluso información, contenidos en el presente libro surgen de muchos años de discusiones conjuntas y coautorías con Arturo León.² A seis años de su ausencia reconozco lo que en mí queda de la influencia de su visión desde la tierra y su gente, sus reflexiones problematizadoras y análisis perspicaz, tomando completa responsabilidad de la relectura y escritura que hago en este momento.

Este libro tiene siete capítulos. El primero de ellos inicia con la reflexión de lo campesino, del papel de los sujetos sociales, así como su problematización, buscando superar las idealizaciones. Ciertamente, defino un postulamiento campesinista, pero más que defender su pureza, me posiciono en el reconocimiento de la persistencia y derecho a un modo de vida, y en las desiguales e

² Arturo León López trabajó en el posgrado en desarrollo rural de la UAM-X, de 1985 a 2012. Ahí se dedicó al estudio de los procesos campesinos y la formación de estudiantes participantes en diferentes experiencias organizativas y movimientos sociales del país. En años anteriores vivió y trabajó para comunidades y organizaciones campesinas comprometándose con los pobres del campo, como él mismo lo decía. Murió el 27 de abril de 2012 en tierras huicholas.

interacciones con un mercado que busca ganar por encima de todo.

En el capítulo dos discuto lo que entiendo por agricultura campesina, así como los escenarios de heterogeneidad en que existe. Reviso las estrategias de vida como marco cultural de la agricultura, la milpa y del maíz mismo; abarco lo que implican el grano, la planta, el cultivo, el alimento y sus procesos; es decir, como articuladores de la propia estrategia de vida.

El recorrido de estos capítulos enfoca al estado de Morelos, en donde se ha llevado a cabo la investigación de campo, entendido como una porción de la realidad nacional por sus contradicciones, arraigos y atributos, contrastando con el escenario nacional del que forma parte.

En el tercer capítulo presento el acercamiento al estado de Morelos como escenario diverso y contenedor de las historias y tierras maiceras, que son tratadas en el capítulo cuatro.

Morelos es mi ventana y mi lente; a veces veo desde dentro hacia fuera, a veces lo contrario, y otras me concentro en sus cifras, milpas y gente. En realidad, busco trascender estos tres niveles para argumentar, discutir, problematizar, deconstruir y reconstruir la vida rural y la agricultura como base de la persistencia y las tensiones cotidianas.

En el capítulo cinco los escenarios globales adquieren mayor presencia en la relación directa de los productores morelenses con el mercado, al discutir su papel estructurante y estructurador del mismo, así como las paradojas en este doble filo.

En el sexto capítulo avanzo hacia los procesos globales en el marco neoliberal, resaltando el predominio de las corporaciones privadas en lo que llamo el paradigma de privatización y despojo, para llevarlo a esbozar, en el capítulo siete, las dinámicas que marcan la cadena de producción y comercialización del grano y la tortilla, así como sus efectos y tensiones para la agricultura campesina y la prevalencia del maíz nativo.

Finalmente, presento un epílogo, para dar lugar a lo que se hace desde los espacios civiles frente a los escenarios mencionados, para tener presente las resistencias ante los despojos neoliberales y las utopías de cara a las disputas globales.

Este libro ciertamente deja múltiples huecos, temas sin resolver, análisis pendientes, que sin pretender justificarlos, los dejo como derroteros para seguir trabajando, que sirvan como preguntas para retomar historias y vislumbrar devenires. De igual forma, habrá que seguir armando desde los análisis, las propuestas y las construcciones de un gran rompecabezas con un futuro sabor a maíz, con campesinas y campesinos, a los que algunos tercamente nos aferramos.

CAMPESINAS Y CAMPESINOS DE HOY

¿Quiénes son las y los campesinos? En México se puede responder desde diferentes perspectivas. De algunas de ellas trataremos en este apartado, para reconocer que dicha denominación no trata sólo de una palabra de uso común, general, o de un concepto desde la perspectiva económica o cultural, sino que incluye todo al mismo tiempo.

Reconocer a las y los campesinos de hoy lleva a la necesidad de ubicar las persistencias y los cambios en historias que entrelazan resistencias, así como nuevos balances y consideraciones sobre las caracterizaciones de poblaciones, regiones, límites, aspiraciones y perspectivas de mujeres y hombres. Ruptura de idealizaciones y estigmas, dicotomías campo-ciudad, de visiones rurales estáticas y aisladas.

Se busca identificar al grupo social como sujetos, como clase, sin enaltecer historias e imaginarios pasados, para acercarnos a las realidades actuales, las resistencias y contradicciones. Ante cualquier aproximación que se haga, en nuestro país se trata de un concepto y un mundo complicado, que contiene un entramado de historias, intereses y definiciones que se postulan desde lugares distintos. Por esto considero que es necesario entenderlo desde dentro y fuera del grupo mismo, desde las estadísticas y las vivencias, desde el trabajo y las carencias, las fortalezas y las vulnerabilidades. Entretejiendo las diferentes perspectivas podemos acercarnos y entender un mundo cambiante y complejo.

Es decir, se busca darle valor a campesinas y campesinos. ¿Por qué? Porque han sido actores fundamentales de la construcción del país, constantemente negados en la historia de la moderniza-

ción del mismo, tendencia predominante desde las hegemonías políticas. Interesa resaltar la persistencia de dicho grupo desde las aportaciones al desarrollo nacional, frente a la innegable subordinación-integración al modelo de desarrollo del país, a las grandes tendencias de cambio y a los retos imprescindibles. Sí, se trata de un posicionamiento cultural, económico y, sobre todo, político.

GENTE DE CAMPO

Para entender el término “campesino” podemos hablar desde el sentido común, haciendo referencia a la persona o personas que viven en el campo, sin definir claramente sus límites, simplemente como espacios fuera de la ciudad; también se refiere específicamente a las personas que trabajan la tierra, que como actividad económica tienen a la agricultura, lo cual marca una población más acotada pero no agota el término mismo.

Esta población de México como grupo amplio, heterogéneo, subsiste dentro de un rango de entre 35 y 40 millones de personas (INEGI, 2018), consideradas en las estadísticas como población rural, entre las que se encuentran 5.6 millones de comuneros, ejidatarios y posesionarios; quienes junto con sus familias, hombres, mujeres, jóvenes y niños, tienen en sus manos 105 millones de hectáreas de las tierras nacionales, las cuales comprenden zonas forestales, agrícolas, ganaderas y cuerpos de agua (INEGI, 2013a); se consideran pequeños y medianos productores, aunque no exclusivamente. Se trata de 3 354 258 unidades de producción agropecuaria (INEGI, 2018). Entre estas dos cifras, que no buscan precisión sino dimensionar aproximadamente, existen numerosos productores sin tierra, jornaleros agrícolas, agricultores con pequeñas propiedades, migrantes temporales y circulares, mujeres y jóvenes, que sin tener un estatus agrario institucional siembran, cosechan, trabajan traspatios, huertos, parcelas, formando parte de las unidades familiares. Ellas y ellos recrean el mundo rural desde diferentes historias, regiones, comunidades, cultivos, organizaciones y combinaciones con mundos no campesinos.

Lo campesino, como modo de vida, se puede encontrar en una gran gama de manifestaciones. Tanto en las zonas rurales como en los pueblos en donde, debido a la mayor o menor cercanía a ciudades o características consideradas urbanas, cuentan con zonas pequeñas y amplias de producción agrícola, traspatios con frutales, flores, gallinas, hortalizas y milpas en pequeña escala. Se encuentran comales al aire libre, zonas de trabajo de acondicionamiento de cosechas en donde se desgranar mazorcas, se pela frijol, se seleccionan semillas, se deciden prácticas, se comentan acontecimientos familiares y entre vecinos. Las parcelas delatan producciones diversas, para autoconsumo y destino comercial, búsquedas de diferentes tecnologías como adaptaciones de sistemas de distribución de agua, estructuras de invernaderos, microtúneles, combinados con trabajo con arados, azadones y otros instrumentos tradicionales; en las plazas locales y regionales se instalan puestos con productos de los huertos y parcelas que muestran consumos particulares, locales, propios e incluso, en algunas regiones, persisten los mercados de trueque. Se entrecruzan y complementan con experiencias en los mercados amplios para introducir cosechas y productos de consumos lejanos, urbanos, *gourmet*. Las redes comunitarias para el trabajo, la producción, las fiestas civiles y religiosas se entrelazan con la cotidianidad de las familias, así como con la vida política del país. Parcelas, comercios y redes cambian, a veces se pierden, adicionan nuevos elementos, se resguardan otros y se recrean en nuevas historias y caminos.

La historia nacional está impregnada de la vida rural. Sólo por tomar el siglo de cambios contemporáneos, podemos traer a las líneas el papel de la rebelión detonada por la demanda de la tierra para sembrar que estalló en el siglo XX. Los resultados de un asalto de la vida nacional, por intereses meramente agrarios, fueron más políticos, más allá de la tierra que bajo dotaciones y restituciones llegó a manos de los que no la tenían y la trabajaban. El límite en el despojo por parte de los hacendados al que se había llegado antes del levantamiento se fue revirtiendo, sin plena conformidad volvieron a contar con la tierra para sobrevivir; menciona Warman (1976) que “[...] podían seguir siendo campesinos” al lado de los otros poderes que fueron constituyéndose.

La reforma agraria creó una nueva estructura agraria en el país, base de las posibilidades productivas como también de las nuevas diferenciaciones. Así, a partir del arreglo agrario del siglo XX, la vida nacional siguió el curso de transformaciones.

En el transcurso del proceso de reparto, restituciones y ampliaciones de tierra, que se prolongó hasta 1992 cuando se modificó el Artículo 27 Constitucional, el país fue cambiando. La población rural, que para 1910 representaba 85 por ciento, pasó a ser de 30 por ciento en 1990 (INEGI, 2013b).

Dentro de los mencionados cambios, los campesinos siguieron sosteniendo procesos nacionales importantes para el país, como la alimentación de la población. El trabajo campesino, sin duda, ha permitido pautas de cambios, como ya se mencionó; entre éstos han dado sustento nada menos que a la modernización a partir de la producción de alimentos para una población creciente, así como materias primas para una industria cada vez más demandante. De igual forma, han mantenido y cuidado los recursos naturales, las tierras, los bosques, las aguas, la diversidad de especies, servicios ambientales con todas sus contradicciones y problemáticas. Es decir, los campesinos han sido parte y han participado en el cambio de un país básicamente rural, al México de hoy predominantemente urbano, el cual sostiene a una población mayoritaria urbana de 70 millones de personas, con población económicamente activa en sectores no agropecuarios, que genera una riqueza desde los sectores secundarios y terciarios, con un producto interno bruto (PIB) de 96.4 por ciento del total nacional (INEGI, 2013b).

Las cifras anteriores revelan el peso marginal que dentro de la dinámica económica va teniendo el sector rural, y en dichas cifras están contenidos los procesos migratorios hacia las ciudades y fuera del país, cuyas remesas generan más riqueza de la que en el campo mismo se produce: en 2016 entraron por la vía de las remesas más de 500 mil millones de pesos. No es de extrañar el abandono de tierras con vocación agrícola, así como la preponderancia de los sectores agroindustriales en esta actividad.

La modernización prometió eliminar el atraso y pobreza, equiparando con ello acabar con los campesinos e indígenas; lo que ha sucedido es la recreación de las relaciones desventajosas den-

tro de la estructura social. Así, los grupos campesinos se reproducen desde sí y en el marco de las condiciones adversas marcadas por las pautas de desarrollo hegemónico, tales como la disminución e inexistencia de inversiones públicas para el desarrollo regional y el desarrollo de la agricultura campesina, el crecimiento de urbes, avance de corredores industriales y turísticos, preponderancia y crecimiento de agroempresas nacionales y extranjeras en corporaciones que van copando las ofertas de servicios agropecuarios subordinando a los productores. A esta última cuestión nos acercaremos más adelante.

Partiendo de las ideas e imágenes empíricas anteriores, de la presencia y la problemática campesina, planteo avanzar para entender quiénes son ellas y ellos en México, para esto, es pertinente hacer dos aproximaciones teóricas que permitan analizar a los grupos campesinos y sus diversos escenarios actuales. Por un lado, interesa definir la posición en cuanto al lugar que dicho grupo mantiene dentro de una sociedad compleja, específicamente una sociedad cuyo funcionamiento económico es el sistema capitalista en el marco de la globalización y los retos que dicho sistema le representa. Por otro lado, pero complementariamente a lo anterior, haremos un acercamiento desde las lógicas propias como ámbitos que se entretajan en la sociedad toda, en las tendencias generales, pero que reflejan formas particulares de recrear la vida rural e impregnan los ámbitos en los que se involucran, forman parte y se reproducen.

CAMPESINOS Y CAPITALISMO

En el estudio de lo campesino es ineludible el encuentro con la polémica frente al capitalismo y la modernización. Aquí se considera el término campesino como un concepto teórico que alude a un grupo social. Dicha concepción se diversifica y se hace más compleja ante las múltiples respuestas y adaptaciones del sector frente a las transformaciones que, en general, se dan desde distintos ámbitos de la sociedad y, en particular en los mercados, en relación con las empresas transnacionales y los gobiernos, entre otros actores preponderantes. Esta discusión y la realidad se mantienen dinámicas, en constante cambio.

El análisis del campesinado en el capitalismo se ha debatido en las corrientes del estructuralismo histórico bajo la perspectiva de lucha de clases, el fin del campesinado con la proletarianización de la fuerza de trabajo, en el contexto del desarrollo del capitalismo monopólico (Bartra, 1974) y las corrientes campesinistas que conciben la existencia del modo de producción campesino como una subcultura campesina alternativa, configurada localmente y que combina la participación en el mercado de fuerza de trabajo con su autosubsistencia. En esta línea podemos ubicar, en primera instancia, a los estudios desde la antropología mexicana: Ángel Palerm, Arturo Warman, Guillermo Bonfil, Rodolfo Stavenhagen, en las décadas de los setenta, ochenta y noventa del siglo XX, así como otras propuestas que mencionaremos más adelante (Hewitt, 1976; Palerm, 1980).

A partir de dichas décadas y hasta el presente, la discusión y las distintas posiciones respecto a la reproducción de estos grupos giran en torno a los términos de la articulación de los grupos campesinos desde su diversidad y culturas propias con la reproducción del capital, el Estado y las políticas internacionales. Para plantearlo de forma concreta: la reproducción social responde a una doble condicionante, la inserción en la estructura social y la cultura propia, pero entre estos dos aspectos se entretajan múltiples acercamientos de análisis como particularidades campesinas. Esta definición teórica se ha manejado desde hace varias décadas; actualmente es válida pero tiene contenidos específicos ante el estado actual del mundo, las problemáticas y tendencias presentes.

¿En qué consiste la articulación campesinos-capitalismo? ¿De qué está hecha? Seguramente de desigualdad, de subordinaciones, de múltiples elementos contradictorios, así como complementarios y codependencias. Se trata de un estatus teórico problemático, ya que desde el punto de vista de los campesinos, éstos son extraños al capitalismo, a pesar de ser clave importante para la reproducción del sistema, al conformar la base de explotación. Lo que se articula, en primer lugar, son dos lógicas de reproducción social diferentes, la de los campesinos y la del propio sistema (Vergopoulos, 1979). La concreción de dicha relación no se manifiesta de manera directa en el trabajo, sino que se produce en el mercado.

En otras palabras, la explotación del trabajo de los integrantes de las unidades campesinas no se da en las tierras que pueden ser propias o rentadas para la obtención de sus propias cosechas, sino de los intercambios desiguales que se llevan a cabo en el mercado. Ésta se manifiesta por medio de la venta de los productos trabajados en la unidad familiar y en los productos adquiridos en el mercado capitalista bajo procesos de valorización del capital; es decir, al producir para y consumir en el mercado. Esto configura un intercambio de productos generados bajo procesos con lógicas y formas diferentes de trabajo, de valorización de los productos y de objetivos mismos de producción que se enfrentan en la valoración de los productos ante la fijación de los precios y mecanismos de mercado (Bartra, 2008).

Si bien la lógica de reproducción social campesina se apoya en el trabajo de todos los integrantes de la unidad familiar en las tareas de producir, reproducir y consumir, no todo el trabajo invertido se abona directamente a los productos que se comercializan, entre ellas claramente se vislumbran las producciones de autoconsumo que en las parcelas y traspatios se cultivan, también la recolección de recursos para usos diversos, los cuales pueden ser alimenticios, agua y leña, y la amplia y extenuante gama de trabajos de cuidado para la reproducción, realizada primordialmente por mujeres. Así, las tareas domésticas, preparación de alimentos, cuidados de niños y demás, son trabajos que no generan productos que se invierten en el mercado, que no se remuneran directamente, pero que son necesarios para producir las mercancías. De tal manera que las mediaciones mercantiles vinculan el conjunto del trabajo campesino y lo subsume en el proceso de valorización del capital.

Por lo que es necesario reconocer que la reproducción campesina se encuentra inmersa en la reproducción del capital, bajo una forma subordinada y plenamente integrada.

Los campesinos de hoy, los campesinos modernos, son “para su desgracia una clase del capitalismo”, dice Bartra (2016:182). Porque, agrega, la explotación es una relación de clase, heterogénea, *sui generis*, pero completamente diferenciable de los objetivos del capital. Dicha explotación plantea contradicciones al asumir que formas de trabajo y lógicas no capitalistas se vincu-

lan, transfieren valor e incluso generan alimentos, al mismo tiempo que están entrecruzadas y forman parte del capitalismo mismo. Abonando a las contradicciones, Vergopoulos (1979) considera que cuanto más se integra la agricultura al capitalismo menos se desarrollan las formas capitalistas de producción. De cualquier manera, dicha integración da vida al capitalismo realmente existente. En realidad, se establece en la articulación desigual, un doble proceso en sentido contrapuesto con respecto al campesinado, de marginalización de sus ganancias y de integración al sistema.

Dicha estancia en la sociedad es ciertamente de subalternidad, es decir, los campesinos viven y se manifiestan en una relación determinada por la dominación. Los campesinos de hoy nacieron, se reproducen y se mantienen ante un sistema que los domina, configurando la contradicción que el capitalismo requiere, y se alimenta de la reproducción de grupos con lógicas no capitalistas. Este punto es el que articula a los diferentes grupos sociales en la estructura global de la sociedad, manteniendo como elemento intrínseco la transferencia de valor en las relaciones inequitativas entre ellos, es decir, a la explotación como mecanismo por excelencia del sistema mismo.

Entonces, existe también una relación de codependencia, sostenida por la necesaria desigualdad bajo la lógica del capital. Esto hace que se encuentre plena de mecanismos subalternos y contradictorios que la complejizan y explican por qué este tipo de dominio no es total, aunque con costos altos para la reproducción campesina, como pobreza y éxodos rurales. En otras palabras, son innegables las erosiones que se dan al interior de las formas campesinas desestructurando bases económicas y productivas, provocando abandonos, transformaciones culturales; lo cual igualmente crea contradicciones y trabas al proceso de reproducción del sistema en su conjunto. De tal manera se da una reproducción en permanente tensión, de donde surgen de igual forma las resistencias.

La tensión existe en el marco de la complejidad del sistema-mundo capitalista (Wallerstein, 2007), ésta integra los procesos regionales de producción que incluyen un desarrollo cíclico, cuyas crisis lo revitalizan. Si bien las dinámicas se marcan por las

economías centrales, también se denotan los espacios de batallas ideológicas, de debate entre las culturas, entre los universalismos y particularismos, de búsquedas de adaptación ante las contradicciones.

Entre las modernidades y tradiciones, en las negociaciones desde las subalternidades, los centros y la sociedad toda resultan cambiados. Los grupos subordinados son capaces de desarrollar usos o lecturas particulares de los productos culturales hegemónicos o de otras culturas como maneras de resistencia.

El poder, tanto desde lo hegemónico como desde lo subalterno, e incluso desde lo alterno, como fuerzas que no están subordinadas pero que tampoco son contrarias en esta relación y que forman parte del modelo (González, 1994), incluye procesos de negociación que en lo concreto se manifiestan en prácticas de control, de resistencia y de coerción entre los distintos grupos, los cuales adquieren facetas según las condiciones, limitantes y potencialidades particulares de ambos grupos. Es decir, los grupos entran y salen de ciertos espacios, van cambiando los términos de la hegemonía, la subalternancia y alternancia—aunque no necesariamente su calidad de hegemónico o subordinado—, se construyen y deconstruyen de manera dinámica, bajo la modificación de la estructura misma.

Ante esto, la interpretación de la vida campesina como forma tradicional y con poca visión de progreso se queda corta ante su existencia actual, ya que no se puede negar que el campesino tradicional forma parte de la historia de la humanidad, incluida la moderna, y el marco de la hegemonía. Así, es necesario reconocer que como grupo social se encuentra absolutamente empalmado con toda la sociedad (Rosberry, 1989).

“La paradoja es que estando dentro también estamos fuera” (Bartra, 2008:25). La subsistencia y la lógica propia campesina implican también otros elementos que quizá compensan la desavenencia de la explotación, dado que atrás de la racionalidad capitalista, del mercado, de la subordinación y explotación, existe el mundo del trabajo, de los valores de uso, de relaciones comunitarias, reciprocidades, de experiencias, pluralidad de valores e ideas que perviven en los intersticios mismos del sistema.

Enfocar al campesinado como clase, lo apunta Bartra como apuesta política ante el reconocimiento de “ocupar un lugar específico en el orden económico, confrontar predadores semejantes, compartir un pasado trágico y glorioso, participar en un proyecto común” (2010:7); alude a una forma de producir, una sociabilidad, una cultura, a un sujeto social que se ha ganado y a la convicción de ser campesino. Dicha convicción refiere hoy día la apuesta de configurarse como actor fundamental frente a la seguridad alimentaria nacional, e incluso en el nivel mundial.

La presencia que interesa rescatar en cuanto a la persistencia campesina, no es precisamente el papel que cumple en la reproducción de la acumulación de capital, sino a su existencia a pesar del mismo. Con esto se intenta valorar los procesos propios y validar su análisis; Shanin (1976) menciona que dicha validación se da ante la persistencia y autonomía relativa de las economías campesinas. Es decir, no sólo ni preponderantemente desde la subordinación o cuestionando su no-desaparición, sino poniendo en primer plano la propia persistencia contenida de necesidad, decisión y, sobre todo, terquedad de “seguir siendo”. Esto sería la base de la vigencia de los campesinos de hoy.

Vale recordar que los grupos de poder en México han concedido a los campesinos como un grupo social al que es necesario transformar, desaparecer, integrar al desarrollo, modernizarlo. Estas posturas se ven reflejadas en las diferentes políticas gubernamentales de desarrollo y en el lugar subordinado en que se pone a los pueblos rurales, indígenas y a los campesinos, en tanto objetos de intervención. Así, los programas de aculturación y erosión de culturas autóctonas consideran a las formas de vida campesina y sus cosmovisiones como obsoletas, contrarias a la modernización y a las necesidades de cambio del Estado, reflejadas en las posturas productivas de desplazamiento de la agricultura campesina tradicional a partir de la “revolución verde”, en que el uso de tecnología mecánica y química es la base de cambio y productividad.

Contrario a eso, consideramos que los elementos que distinguen en lo cotidiano a lo campesino forman parte de un acervo cultural que los mantiene. La integración de las lógicas económicas a las de vida es una característica peculiar, ya que las ac-

tividades productivas no tienen sentido estricto de ganancia monetaria, sino que también incluyen el objetivo básico de la subsistencia y sostenimiento de formas de trabajo y organización. Lo que cuenta son las ganancias globales, el trabajo del año, el aprovisionamiento familiar; es decir, lo conocido como la reproducción del fondo de reemplazo para mantenimiento de la infraestructura, de los fondos ceremoniales y el fondo de renta como transferencia en trabajo, dinero o productos, como lo plantea Wolf (1976). La autonomía de los grupos campesinos que les permite tener trabajo, controlar la tierra y garantizar la sobrevivencia es parte de la ganancia real, frente a las negociaciones necesarias con el entorno, los procesos que obligan a cambiar, a adaptar las estrategias y formas de sobrevivencia. Esta parte explica por qué siguen existiendo, reproduciéndose socioculturalmente y distinguiéndose dentro de la sociedad; asimismo, sustenta sus aportaciones a varias décadas de modernización.

La persistencia campesina ha desafiado las predicciones; sin embargo, no ha solucionado ni la desigualdad ni mucho menos el hambre. En este escenario en que se distinguen elementos de los grupos campesinos que siguen subsistiendo y otros que parece que desaparecen, reconocemos una intensa dinámica de transformaciones, que más que una tensión dicotómica, configura una complejidad de situaciones en disputa en distintos sentidos, que entretejen procesos de despojo de recursos, explotación de fuerza de trabajo, mecanismos de mercado leoninos, nuevos actores agrocomerciales, resistencias culturales, iniciativas productivas, defensas de territorios, etcétera.

La modernización y el neoliberalismo global han puesto acentos particulares en los despojos del capital; en tanto los campesinos sobreviven la modernización, así como la crisis civilizatoria actual. En plena crisis de la modernidad, seguimos hablando de campesinos. Pero, ¿cuáles son los límites de su propia reproducción? La resistencia parece ser:

Para los campesinos se pone en juego la adaptación ante los procesos actuales; los nuevos retos del neoliberalismo del despojo los confronta, como acciones obligadas desde la heterogeneidad de ser campesinos. Referir la resistencia es aludir al “actor social de larga duración, un protagonista con intereses y utopías

propias, acotado por antagonismos específicos y dotado de identidad y cultura discernible por variopintas y cambiantes que éstas sean” (Bartra, 2008). Ésta adquiere formas organizadas, que cada día tienen más claras las defensas ante el avance del despojo de recursos y de la vida misma.

La resistencia también tiene diferentes caras que le dan forma y la complementan: la recreación de la cultura en la historia y la cotidianidad; la construcción y defensa de espacios propios, y los cambios ante los condicionantes y relaciones externas. Los campesinos que resisten, fertilizan el presente (Bartra, 2008). Entonces, las preguntas que surgen apuntan a cómo transitan o articulan procesos de la resistencia a la construcción de presente, de vida e incluso de futuro frente a la crisis global que se está viviendo.

COSMOVISIÓN, LÓGICA CAMPESINA Y RESGUARDO CULTURAL

En el ámbito de lo campesino, aludimos a la existencia de la lógica o racionalidad propia, que se sostiene por un lado en una cosmovisión, visión del mundo determinada o mundos de sentido incluyendo todos los elementos materiales y simbólicos del universo, tales como categorías, representaciones y significados que ordenan y dan sentido a su realidad. Las lógicas o racionalidades concretizan el universo cultural en principios que articulan las vivencias en una realidad determinada, en objetivos realizables a lo que se conoce como las estrategias de reproducción o vida. Las estrategias campesinas configuran formas de vida que incluyen actividades y prácticas determinadas que se desarrollan en la cotidianidad para subsistir, como concreciones que forman parte de un universo cultural. Así, cosmovisiones, racionalidades y estrategias se interrelacionan y se dan sentido unas a las otras, conformando a la cultura campesina misma (Landini, 2011), permitiéndonos entender la persistencia cultural.

De esta manera se considera, desde investigaciones históricas del devenir de las culturas en Mesoamérica, que las cosmovisiones han sostenido la vida agrícola. Por lo que consideramos que los campesinos de hoy han logrado sostener cultura y estrategias

campesinas de vida en representaciones colectivas de largo aliento, sustentadas en el devenir de las actividades agrícolas y la relación con la naturaleza (López, 1994; Florescano, 1997).

Los mitos cuentan la visión del mundo. Éstos tienen una concepción cíclica, la cual refiere a la renovación de la vida y de su propia posibilidad histórica; lleva a la idea de la regeneración del tiempo en las sociedades tradicionales, dice Mircea Eliade (2009). Se vive en la repetición de los rituales alrededor de las prácticas alimenticias, de las siembras y cosechas, lo que muestra una concepción del tiempo basada en el fin y principio de cada estacionalidad, que en el caso de los campesinos mexicanos está en la temporada de lluvias, inicio de las siembras y las secas.

Los ritos acercan el contenido de la cosmovisión campesina a la vida diaria. El rito agrícola, en general, actualiza el mito, desde las raíces indígenas precoloniales, los sincretismos a partir de la colonia y la crisis contemporánea. De esta manera el rito se adapta y con ello los mitos.

En la repetición cíclica del rito, el presente existe porque el pasado es seguro, guarda la vida. Es decir, ciclos y ritos son refugio, tanto de los mitos, como de la vida. Las pertenencias e identidades actuales son referentes del pasado y proyecciones hacia un reinicio permanente. Las relaciones desventajosas, las incertidumbres en que los campesinos viven frente al mercado, a las incursiones devastadoras de corporaciones industriales y mineras, frente a la negación, desconocimiento o borramiento, subordinación y desventaja social cotidianas ante el mercado, las instituciones, las discriminaciones y las búsquedas constantes de integración y reconocimiento, sólo pueden ser enfrentadas teniendo un referente seguro y propio, que es el pasado mismo, el origen que regresa, el elemento que se sacraliza en los ritos y se festeja en las fiestas, en la historia que se cuenta y se cambia, la casa familiar que persiste con nuevas arquitecturas que las remesas de la migración hacen crecer y permiten reiniciar.

Sólo al vislumbrar posibilidades en retornos y renaceres tiene sentido la reproducción, la repetición de la defensa ante las incertidumbres; así se viven los duelos, pérdidas, catástrofes, se anula el tiempo que ya pasó y se prueba otra vez bajo nuevas con-

diciones, retos y aprendizajes. Esta historia de arraigo, supervivencia y cambio da vida a la resistencia. Es una manera de construir un espacio propio, de esperanza y de diferencia, fundado en el tiempo presente y que da lugar al espacio, como dimensión cotidiana, de vida, referido en lo específico a la tierra.

Se siembra iniciando cada ciclo con la esperanza de un buen temporal de lluvias, abundantes cosechas, mucho trabajo y alimento suficiente. La estrategia reinicia en cada ciclo, en cada nueva estación de lluvias y de siembra. Incluso, actualmente, a pesar de la certeza del cambio climático, de las posibles sinietralidades, del incremento de la incertidumbre, los ritos se mantienen e incluso se refuerzan.

Esto lleva a que los ciclos agrícolas y los ciclos rituales se entrecrucen, o se disloquen, cuando surgieron como partes de un doble ciclo completamente traslapado y complementario. Pero las observaciones climatológicas llevan a los productores a definir nuevos parámetros de predictibilidad de los fenómenos climáticos, y realizan insistentes búsquedas por ensayo y error, en las que las fechas de siembra se recorren, se cambian los lugares de las parcelas en altitudes diferentes, se adecúan las prácticas agrícolas. Pero los ritos y las fiestas derivadas de las prácticas agrícolas se mantienen en las mismas fechas. Esto alude a la búsqueda de un centro, el cual remite a la creación una y otra vez (Eliade, 2009), representada en los rituales, en la sacralización de lo profano y cotidiano, como bien puede ser la tierra, el agua, la semilla; es decir, en los elementos originarios de la vida.

Dicha cultura aprendida, transmitida entre tradiciones, costumbres y adecuaciones, define las opciones a partir de normas y valores interiorizados que se concretizan en estrategias y acciones. La vida llevada de este modo explica las particularidades de los campesinos frente a la sociedad y frente a la lógica del mercado y del sistema capitalista; da lugar a la persistencia cultural como producto o reflejo de una construcción social histórica forjada a partir de una cultura de la supervivencia, en contraposición a la modernización que está construida sobre ideas de futuro, de cultura del progreso, en términos de Berger (1979). El presente existe porque el origen en cada ciclo se recrea.

Esta persistencia se enraíza en la tierra, como concepto, referente de arraigo, lucha y como cotidianidad. Por eso la tierra se bendice, se trabaja y se defiende.

La historia campesina en México tiene raíces en la tierra. Como ejemplo mencionamos que la desestructuración de los pueblos indígenas durante el periodo colonial, además de la disminución de la población, se dio por causa de las congregaciones de pueblos, obligando al abandono de algunos y a romper raíces con sus tierras de origen, las cuales se restablecieron poco a poco con el crecimiento de la población, las mercedes reales a los pueblos de indios y la reapropiación de las nuevas tierras, lo que llevó a una reconstrucción cultural de elementos heredados, impuestos y otros más inventados. Posteriormente, las rebeliones campesinas se fueron dando ante la presión de los hacendados sobre los pueblos de indios en el transcurso de los siglos de dominación española, que estallaron en la revolución rural cuando los hacendados nacionales llevaron el despojo de tierras al límite en que los pueblos no podían ya resguardar su propia seguridad de subsistencia. De esta manera, la recuperación de tierras se vuelve la demanda movilizadora de masas y la que dará pie a una reconfiguración de la estructura agraria del país y de las confluencias políticas en el siglo pasado.

La movilización abrió la posibilidad para que los campesinos recuperaran el control sobre las tierras y constituyeran su vínculo con los pueblos. Así, pueblo y terruño se fusionan en la configuración de identidades, a pesar de los cambios y movilidad. La tierra funciona, en principio, como el lugar de arraigo. Es objeto de mitos de origen, conformación de comunidad y espacio de seguridad de subsistencia.

El arraigo como elemento importante en la racionalidad campesina está vinculado con la seguridad y la posibilidad de reproducción social. Para Bordieu, “el espíritu campesino no podría resistir mucho tiempo en el desarraigo: el campesino poseído por su propiedad más de lo que él la posee, se define por la atadura a su campo y a sus animales” (2008:144); si así es, los vínculos se imponen igualmente construyendo códigos comunes, incluso discursos ocultos (Scott, 2000) que refuerzan la identidad y la dignidad. En la subalternidad se vive la dominación, la con-

ciencia de la desigualdad, de reconocimiento como los Otros, pero también la voluntad de ser y de ejercer relaciones sin estar abajo, sino en la comunidad, en las fiestas, en las prácticas agrícolas, en las religiosas y en el ejercicio de las experiencias locales. Estos elementos construyen ámbitos propios, espacios sociales y muestran que la hegemonía nunca es total y, por eso, es necesario abordar sus intersticios y sus alteridades.

RESISTENCIAS Y SUBALTERNIDADES

Como menciona Bartra, “economía no mata cultura” (Bartra, 2008). Más allá de la subsistencia campesina en el marco de la reproducción del sistema capitalista, existe una resistencia en el terreno de las lógicas campesinas, del resguardo cultural y la vida para sí, como se ha mencionado. Es decir, la historia de arraigo, supervivencia y cambios da vida a la resistencia. Y para abundar en las paradojas y tensiones, las resistencias que requieren esfuerzo para consolidarlas y perpetuarlas, también alimentan las articulaciones entre el campesino y el capital, ya que las resistencias están presentes en las relaciones de poder, como apunta Scott (2000).

La resistencia es en sí, un espacio social para expresar y vivir la diferencia o disidencia a la hegemonía. La resistencia está sostenida por códigos comunes o un discurso oculto que sostiene vínculos ajenos al poder, interacciones propias, lugares conocidos y reconocidos, que forjan identidades: “[...] el discurso oculto se configura en espacios propios, en ellos se alimenta la resistencia cotidiana o las confrontaciones abiertas” (Scott, 2000:58).

La resistencia con sus elementos de “seguir siendo” implica igualmente transformaciones de adaptación a las realidades y negociaciones necesarias con la hegemonía; implica recrear el presente para subsistir. Es decir, tiene un elemento de futuro, pero no sólo para proyectarse hacia éste.

La resistencia ante el poder podría fundamentarse desde la propuesta de un paradigma crítico. Boaventura de Sousa (2006) plantea, como manera de contraponer a la imposición del tiem-

po lineal, dilatar el presente, ampliando y profundizando el significado y duración que éste pueda tener entre pasado y futuro. Se retoma aquí para interpretar las realidades concebidas y construidas fuera del tiempo lineal, para incluir posibilidades y expectativas que reiventen el presente alimentando la esperanza; esto puede dar elementos para pensar de manera alterna al futuro como únicamente un estadio final, y ampliar las expectativas, posibilidades y capacidades. Es decir, sustituir el vacío del futuro según el tiempo lineal, por un futuro con posibilidades claras y realistas que se van construyendo en el presente, y vislumbrar, así, lo que existe y subsiste. Valorar racionalidades diferentes a las que se sostienen e imponen desde las modernidades, y entender desde otro lugar y tiempo la racionalidad o lógica campesina, con principios básicos que se adaptan a las realidades cambiantes, de maneras particulares. Así pueden tener lugar y sentido lo campesino como concepto y los grupos sociales, mujeres y hombres, con sus elementos y actividades como la agricultura campesina, el pueblo, la producción de autoconsumo y el cultivo de maíz.

Esta perspectiva como idea de resistencia implica una postura histórica como forma de liberarse del pasado subyugado, pero sobre todo del futuro. Desde lo campesino el sentido lo tiene la siembra, el ciclo que inicia, con la esperanza de buen temporal de lluvias, abundantes cosechas, mucho trabajo y alimento suficiente, como ya se mencionó. Ante el reinicio se niega la historia como manera de poder ser libre, de esperar nuevos caminos. Así como los que persisten en tanto una vida campesina vinculada fuertemente con la agricultura y a los ciclos de la vida, como los agrícolas. En particular, se hace referencia al maíz como fundador de la agricultura, eje de la cosmovisión de los pueblos y de la idea del tiempo campesino de hoy. La resistencia se configura desde este lugar de la cotidianidad ensamblada a la cosmovisión, como construcción del lugar propio. En donde el lugar, es decir, la tierra campesina, tiene prioridad sobre la concepción convencional del tiempo.

BLANCA

AGRICULTURA CAMPESINA Y MAÍCES

AGRICULTURA CAMPESINA, SUS ENTORNOS Y ENTRAÑAS

El maíz, seguramente con centro de origen y de diversificación en México, desde hace ocho y nueve mil años atrás (González, 2016),³ tuvo posibilidades de reproducirse gracias a las manos de mujeres y hombres bajo un largo y minucioso proceso de domesticación para contar con las diversidades y características actuales. Ellas y ellos, desde entonces, lo han desgranado y cultivado. Por eso se considera una planta cultural y ha formado parte de la historia de los pueblos mesoamericanos. A cambio de su cuidado, ha dado alimento y sobrevivencia.

Este grano, domesticado y conservado para la alimentación humana, ha trascendido a otros ámbitos de la vida al ser forjador de cultura; es decir, se vincula con trabajo, ambiente, conocimientos, organización, cultura, comunidad e historia. Incluso, para el caso del país se dice que es la base de la historia y la cultura nacional. Seguramente tiene un papel importante en esto, al menos del mismo se ha alimentado su gente, además de que existen múltiples manifestaciones culturales en todo lo largo del país que se refieren al maíz. Hoy en día, su trascendencia es vigente; por ello la urgencia de replantear el lugar que actualmente tiene la cultura que lo contiene en el marco de los procesos globales.

Para esto retomamos precisamente a la cultura campesina, la cual abarca una parte importante de la actualidad y posibilida-

³ La autora realiza una revisión de las diferentes hipótesis y evidencias sobre el origen, la dispersión y la domesticación del maíz.

des de persistencia del maíz. El planteamiento es que existe una tensión permanente en el marco de los procesos globales en la siembra, la planta y sus usos. Las últimas décadas de políticas neoliberales en el país, con el énfasis en los procesos de privatización, han marcado dificultades productivas y comerciales que han desplazado al maíz campesino hacia la mera producción de autoabasto y, en algunos casos, el abandono. Culturalmente se vive una desvalorización de lo rural, de lo campesino, e incluso del cultivo mismo, como parte de los preceptos de modernización que se impulsan desde las políticas hegemónicas.

En tanto, aquí se sostiene que la producción de dicho grano tiene un papel fundamental en distintos ámbitos del desarrollo del país, y sigue siendo el principal cultivo en el nivel nacional. Ha ocupado, históricamente, la mayor superficie agrícola, distribuida a lo largo de todo el territorio nacional, bajo las más diversas condiciones agroclimáticas y de humedad; se siembran 6.075 millones de hectáreas en temporal y 1.68 millones de hectáreas de riego (SIAP-Sagarpa, 2018) bajo diversas modalidades tecnológicas.

En este trabajo se resalta el papel que el cultivo tiene en diferentes facetas dentro de un escenario complejo, en diversas arenas de disputa, sobre lo cual se considera que es necesario adoptar posturas y acciones. Se aborda la reflexión sobre el maíz que está en el centro de la vida de los grupos campesinos, vinculado con la reproducción sociocultural de una parte importante de la población nacional, que es importante para el país y en las comunidades campesinas, pues sostiene ecosistemas, recursos, reproducción de población, vivencias, empleo y cultura.

La vida rural para un gran número de familias y comunidades se encuentra articulada a dicho cultivo, en unas regiones más y en otras menos, por lo que las y los campesinos buscan resguardar la producción y uso de las variedades nativas. Este cultivo recrea, ciclo tras ciclo, una gran cantidad de conocimientos y experiencias que forman parte de la vida. Es decir, cuando se habla de maíz, lo que está al frente es la vida de grupos sociales rurales y su trabajo en la parcela; nos referimos en específico a la valorización de la agricultura campesina.

¿De qué hablamos con agricultura campesina?

La agricultura campesina se refiere a la actividad agrícola que se lleva a cabo en un marco de modo de vida específico, el campesino, en unidades productivas familiares, por sujetos reconocidos como pequeños y medianos productores, pero que histórica y culturalmente se rebasa la denominación del tamaño de sus predios. Se acerca a lo que igualmente se denomina agricultura tradicional, pero en realidad, en México, se lleva a cabo con técnicas variadas entre tradicionales y modernas, abarcando combinaciones y adopciones tecnológicas, de acuerdo con posibilidades y aprendizajes. No pretendo hacer una definición puntual, sino mencionar que existe un amplio rango de posibilidades. Dentro de éstas resalta como característica que la práctica se fundamenta en la experiencia, ensayo y aprendizaje, adicionado por las recomendaciones colectivas, saberes y errores acumulados en cada ciclo agrícola, adecuaciones amoldadas a las condiciones cambiantes del suelo, clima, mercado, posibilidades económicas y perspectivas.

Este tipo de agricultura no se lleva de la misma forma en las diferentes regiones, comunidades, parcelas de la gran población campesina, sino que se ha ido acoplando y va cambiando de acuerdo con las particularidades culturales de cada lugar y grupo social. Ciertamente se parte de las definiciones convencionales de agricultura tradicional, la cual ha sido herencia construida a partir de técnicas ancestrales, pero cada vez va cambiando de definiciones, de límites y elementos. Actualmente me parece más importante remarcar que su práctica se lleva a cabo con lógicas fuera de visiones exclusivamente mercantilistas, lejos del funcionamiento empresarial, aunque en muchos casos pueda contar con elementos de estas últimas visiones y proceder de manera importante, como parte de los cambios que se vienen sucediendo.

El marco de las actividades agrícolas es el de las estrategias campesinas de vida, concebidas como el conjunto de objetivos y decisiones, que se definen en el seno de las unidades familiares bajo una dinámica de organización del trabajo en el que partici-

pa el conjunto de integrantes de dicha unidad productiva-doméstica (Guzmán, 2005).

La agricultura en el ámbito campesino es más que un conjunto de labores, ya que implica la adopción de decisiones en el marco de las racionalidades campesinas, que se basan, en primer lugar, en los conocimientos y observaciones de los elementos y gradientes del ambiente, es decir, temperaturas, lluvias, ciclos diarios, lunares, anuales, de los seres vivos, dinámicas de seres vivos y todos los cambios que se dan. Forman parte de lo que se ha denominado como la memoria biocultural (Toledo y Barrera-Bassols, 2008), que si bien representa un bagaje transmitido desde sus ancestros, las poblaciones campesinas de hoy revaloran y adaptan dentro de su vida cultural los conocimientos adquiridos en su relación permanente con el ambiente, la cual se recrea de manera permanente.

Las labores en la parcela tienen un componente importante de conocimientos que se recrean, de adaptaciones de saberes que se validan en la práctica, en la observación constante, que bien pueden llevar a mantener pocas alteraciones en las rutinas de un ciclo a otro, o cambios totales en su práctica. Por ejemplo, se ha observado que en los Altos de Morelos, en la combinación de cultivos comerciales y maíz, las labores se ejercen con lógicas distintas que en su conjunto se complementan; así, el arado, la yunta, la siembra con pala a pie descalzo, las actividades de siembra y cosecha familiares se dejan para el maíz, mientras que la preparación de suelo con tractor, aplicación de acolchados plásticos, cuidado intensivo con plaguicidas químicos y pago de jornaleros en las prácticas, se refieren a las huertas de jitomate, pepino, tomate, etcétera. Ambas formas de cultivar son parte de una agricultura campesina que se amolda a las circunstancias y se complementa en sus objetivos y retribuciones.

Esto significa que la agricultura campesina no empieza ni termina en la parcela, sino que se relaciona con las decisiones, distribución del trabajo y prácticas que se llevan a cabo en la unidad familiar. La decisión cultural no está exclusivamente en la manera de efectuar la técnica agrícola, sino en el marco de la propia vida.

En realidad, la agricultura campesina es una práctica híbrida o sincrética, como lo es un amplio espectro de procesos de la vida actual, por lo que se considera importante el marco general en el que se aloja la práctica. Es decir, los contextos socioculturales son base de validación y valoración de las dinámicas productivas, en este caso la lógica y las estrategias campesinas, que ciertamente marcan acento en tres elementos: se construyen en la práctica, se transmiten generacionalmente y se aprovechan de forma comunitaria (Olivé, 2005).

Por otro lado, la versatilidad de la agricultura campesina igualmente se encuentra en las prácticas agrícolas mismas; si bien tiene ésta como ámbito físico prioritario la parcela, las actividades productivas no se circunscriben sólo a los límites de un predio. Las dinámicas agrarias, procesos de minifundización, cambios de expectativas, entre otros factores, llevan a que las unidades campesinas cuenten con diferentes predios productivos. Así, en los diversos estudios campesinos se reporta una amplia pluriactividad como estrategias que se llevan a cabo en diferentes partes del país, las cuales combinan actividades no agrícolas con cultivos anuales, intercalados con frutales, cafe-tales, ganadería, traspatios; así es, por ejemplo en el oeste de Chihuahua, la región de la Frailesca de Chiapas, la Sierra Norte de Puebla, la sierra de Nayarit, la región purépecha (Quintana, 2014; Cobo y Paz, 2014; Paz y Meza, 2014; Rivera, Garrafa y Real, 2015; Ayala-Ortiz y García-Barrios, 2009), por mencionar algunos casos. En Morelos la minifundización a lo largo de las generaciones de sucesión ejidal ha llevado a que los productores activos no cuenten con tierras propias o sólo con parcelas sumamente pequeñas, que pueden ser de una o dos “tareas”,⁴ de manera que se ha observado que la renta de parcelas a ejidatarios que ya no se dedican a esta actividad ha sido una opción común, la cual pueden cambiar de lote en las diferentes temporadas, e ir adecuando los cultivos a las ubicaciones de los predios.

⁴ La “tarea” es una denominación en las tierras de Morelos y aledañas, correspondientes a porciones de tierra de la décima parte de una hectárea, es decir 100 metros cuadrados. Se considera que es la superficie aproximada que se puede abarcar en un día de labor agrícola.

Así, por ejemplo, en el cultivo de hortalizas, se trata de que éstas ocupen zonas más frías, para lidiar mejor con ciertas plagas, como los virus.⁵

En las prácticas campesinas se cuenta con una serie de actividades que funcionan como adaptaciones para enfrentar las indiversificadas con sinergias, defensas y usos múltiples son eje de este tipo de agricultura, en que se fundamenta el principio de la milpa como sistema diversificado con núcleo maíz/frijol/calabaza. Cultivos en terrazas o diversos desniveles, barreras vivas, selección de plantas y semillas, fertilizaciones orgánicas. Estas técnicas de reconocimiento del ambiente resultan funcionales e incluso fundamentales para lidiar con los cambios ambientales y en especial los climáticos. De manera que lo experimentado y que comúnmente se ha realizado en las labores agrícolas, frente al cambio climático hoy en día se lleva a cabo con más intensidad. Esto implica que se vuelve necesario reforzar la observación de los fenómenos climatológicos y ecológicos, es decir, dar seguimiento a los indicios cambiantes del clima, comportamientos de animales y plantas, reconocer heladas y granizadas atípicas, cambio de periodos e intensidad de lluvias y variaciones en periodicidades estacionales. Estos cambios ponen en tela de juicio las perspectivas conocidas y los indicadores locales de predictibilidad climática, por lo que la observación campesina actualmente busca replantear dichos indicadores, cambiar los principios en los calendarios estacionales agrícolas, modificando fechas de siembra, experimentando siembra por etapas, reajuste de espacios agroclimáticos, selección de semillas y plantas

⁵ Los virus del mosaico son los patógenos responsables de una enfermedad conocida como “mosaico”, y su propagación ha tenido consecuencias importantes en las dinámicas hortícolas. Dado que las hortalizas tienden a sembrarse como monocultivos, las mosquitas blancas, portadores de dicho virus, se propagan de manera muy importante, y si ataca en los primeros días del desarrollo de la planta, ésta ya no puede recuperarse y se muere. En los Altos de Morelos se ha observado que en las zonas más cálidas, debajo de los 1 400 msnm, se propagan más ya que su control se ha vuelto cada vez más difícil, a decir de los productores, y en las más altas, entre 1 400 y 2 000 msnm, la zona de subtropical o templado húmedo, las infestaciones son menos severas.

en parcela, combinaciones de cultivos, búsqueda de variedades resistentes, protección de cultivos, etc. Es aquí donde retoman importancia los procesos de adaptaciones de diversidades de cultivos y variedades. El caso más claro es el maíz, para el cual se cuentan variedades adecuadas para distintos climas y resistencias, las cuales pueden ser la base para readecuar los procesos adaptativos a las condiciones climáticas cambiantes (González y Ávila, 2013; Soares y García, 2014; Munguía-Aldama *et al.*, 2015).

Se ha observado en múltiples casos que gracias a estas técnicas es que las agriculturas campesinas subsisten y se mantienen en constante adaptación, se recrean. También es necesario reconocer los altos costos sociales, dado que las experimentaciones, especialmente en el contexto de cambios climáticos, implican riesgos que a veces no pueden evitarse o minimizarse del todo; esto significa pérdidas para las unidades campesinas, las cuales son compensadas o subsanadas con la pluriactividad. Los riesgos se conocen, las previsiones se contemplan y los costos se asumen. Los recursos son propios.

Manos y trabajo de las mujeres

Agricultura campesina, unidad familiar y trabajo femenino son elementos de un mismo sistema que se contienen mutuamente. Estos tres elementos guardan en sus funciones la garantía de la seguridad y las permanencias de lo campesino. Son parte de los ámbitos doméstico y de autoconsumo en el análisis de las estrategias campesinas de vida (Guzmán, 2005). Sostienen las bases del alimento y la vida propia, a partir de lo cual se podrán arriesgar cambios, en mercados, en migración.

El papel de la mujer como base de la organización del núcleo familiar es remarcable, por lo que se vuelve necesario reivindicar y valorizar como articulador del ámbito doméstico y de autoconsumo. Ya se ha hablado de la unidad productiva familiar; aclaremos su definición con una reconocida, entre las muchas existentes: “una organización estructurada a partir de redes de relaciones sociales establecidas entre individuos unidos o no por lazos de parentesco, que comparten una residencia y organizan en común la reproducción cotidiana” (De Oliveira y Sa-

llés, 1989:14). Dicha cotidianidad alude al trabajo, producción de la unidad y fuera de ésta, consumo, responsabilidades, gastos y beneficios, teniendo como elemento importante en su seno la reproducción biológica, social y cultural de los individuos. En general, se marca el eje de familia nuclear, actualmente más común, pero en algunos lugares fuertes elementos de familia extensa, que se pierden y se retoman, según las necesidades y circunstancias.

En cuanto a la organización interna y las tendencias de cambio actuales, mencionamos a la unidad familiar como entidad colectiva y funcional. Al interior de ésta existen diferencias entre sus integrantes, por género y generación, que son las pautas que definen la distribución de tareas, control de los recursos y el ejercicio de la autoridad. Es ante todo un espacio de poder, ejercido bajo jerarquías, cuya supremacía no siempre representan un interés común. Como núcleo socializador tiene la marca patriarcal de la sociedad misma. Sin duda, existe interacción y organización; ahí se crean y recrean relaciones de poder a través de las cuales se distribuyen las tareas, intercambios, solidaridades, intereses propios y colectivos. Las relaciones de parentesco en que se apoya la unidad doméstica funcionan como “elementos fundamentales en la estructuración de las identidades de los sujetos y en la distribución desigual de los recursos y del poder al interior de la familia” (Kabeer, 1998:73).

El papel y reconocimiento del trabajo de las mujeres en las unidades familiares se vuelve importante, porque esto permite resaltar el espacio de trabajo que es base de la persistencia campesina y, sobre todo, porque no es valorizado por las esferas económicas de la sociedad. Esto se vincula con la naturaleza de la articulación campesino-capitalismo, de donde forma parte el maíz y explica las relaciones contradictorias que se establecen en el mercado, y que analizaremos más adelante. Así como es un espacio en que pueden problematizarse subordinaciones sistémicas, de la cultura y del maíz, también pueden reconocerse potencialidades de resistencias.

El primer ámbito del trabajo invisible de las mujeres es el doméstico, que implica el de los cuidados de la alimentación, de la casa, de la salud, de niños y ancianos. Aunque existe la certeza

de lo indispensable, y en cada hogar rural hay al menos una mujer que lo realiza. El conjunto de trabajos abarca tanto tareas físicas como de educación y socialización; es decir, es el espacio de endoculturación de los integrantes del núcleo. La invisibilización está dada, por un lado, porque el trabajo doméstico femenino no reporta ganancia directa a la acumulación de capital, aunque genere la reproducción de la fuerza de trabajo y, por el otro, porque no se considera trabajo, sino que se ha naturalizado como actividad propia de las mujeres; bajo este supuesto no se requiere o merece pago. Esto, igualmente se reproduce en el seno de la propia unidad familiar, y representa una traba para la valorización de lo campesino, de la agricultura campesina y del maíz en nuestra sociedad.

Los cambios hacia la feminización del campo, de la mano de la desjuvenización (Espinosa, 2015) y envejecimiento de la población, representan otro espacio de discusión sobre el papel de las mujeres en la unidad familiar. En las sociedades agrarias, por tener como eje de organización lo patrilineal, la mujer ha sido excluida de heredar recursos ya que al casarse y trasladarse a la casa de sus parientes políticos pierde su acceso a la propiedad paterna en su grupo doméstico de origen; además, su mano de obra se pone a disposición del jefe de su nueva familia política. La legislación agraria en México abre la posibilidad de que las mujeres obtengan derechos sobre la propiedad social por mecanismos directos, no únicamente como herencia como madre de familia; sin embargo, la consideración cultural de que la tierra es para los hombres no permitió que muchas de ellas pudieran hacerse acreedoras. Así, actualmente se cuenta más como poseionarias de lotes domésticos, y que llegan a poseer tierra en edad avanzada al enviudar. Esta cuestión habla de la dificultad actual para que las mujeres accedan no sólo a la tierra, sino al reconocimiento de posesión y control sobre los recursos naturales y productivos. Hoy en día, se reconoce que 20 por ciento del padrón ejidal es de mujeres, lo cual habla de cambios, ya que en 1970 era de uno por ciento, pero igualmente de las dificultades de asumirlo, tanto por hombres como mujeres, ya que encontramos que todavía hay resistencia para dejar sucesiones agrarias a las hijas por parte de los ejidatarios o ejidatarias (León

et al., 2005). Esto en el contexto en que las encargadas de los procesos productivos en los hechos van siendo sobre todo mujeres, debido a la migración masculina, lo que representa grandes dificultades para la adopción de decisiones productivas de las mujeres encargadas en el seno de su propia unidad y con el conjunto de actores de la producción, como pueden ser las asambleas, autoridades agrarias y las instituciones gubernamentales.

Las mujeres no sólo son residentes mayoritarias en los pueblos rurales, sino que con ello asumen, además de los trabajos domésticos, los productivos, los compromisos comunitarios, responsabilidades económicas de los hijos y personas mayores. En realidad, las mujeres siempre han participado en actividades agrícolas en el surco, en especial en el maíz, además de que por costumbre acuden a llevar la comida a las parcelas y viabilizan de múltiples maneras el trabajo agrícola. Ahora, ante la ausencia migratoria masculina al hacerse cargo —en los hechos— de las actividades productivas, no necesariamente en todos los casos pueden adoptar decisiones de acuerdo con las experiencias que ellas tienen en esos rubros, sino que éstas son tomadas desde fuera por sus maridos, pero sí asumen múltiples trabajos, incluyendo el de las parcelas.

La multiplicidad de cargas de trabajo de las mujeres ante los escenarios de mudanzas se agudizan, cuando tomamos en cuenta que las dinámicas económicas han llevado a que a los jóvenes del campo les sea cada vez más complicado asumir el trabajo de las tierras, y que las preferencias y transmisiones generacionales se encuentran hoy día desfasadas. Esto lo que hace es que sean las mujeres que se quedan al frente de la unidad familiar —aunque no siempre reconocidas como jefas de familia—, quienes asumen la responsabilidad económica de toda la unidad familiar, llevando a la adición de actividades comerciales, e incluso de migración de corta distancia o temporalidad para cubrir necesidades de consumos y cuidados.

Llevando estas ideas a la siembra de maíz, que no siempre representa la mayor ganancia para los ingresos monetarios de la unidad familiar, la invisibilización del trabajo de la mujer, de las decisiones que se toman en la unidad familiar, lleva a que no se vislumbre el papel socioeconómico y cultural del maíz en

la reproducción, y que el apoyo de las instituciones se deje a definiciones desde meros criterios económicos. El planteamiento es que la participación y decisiones de las mujeres es un factor que no se ha considerado en el impulso y defensa del cultivo de maíz, incluyendo el nativo. Así, las dificultades productivas globales frente a esta feminización también implican fragilidades en los sistemas agrícolas de maíz.

DE MAÍCES A MAÍCES, DE MAICEROS A MAICEROS

Heterogeneidades socioeconómicas

El maíz, como cultivo forjador de cultura a lo largo de la historia, sigue marcando devenires regionales de las tierras del país, al menos entre las 7.4 y ocho millones de hectáreas que han sido ocupadas con éste en los últimos años. Es el cultivo predominante en términos de ocupación de superficie en el nivel nacional, ya que de las 21.93 millones de hectáreas sembradas agrícolamente, 7.76 millones, 35 por ciento, correspondió a maíz. En cuanto a los volúmenes de producción, fluctúan arriba de 20 millones de toneladas. En 2016 fue de 28.25 millones de toneladas de maíz (SIAP-Sagarpa, 2018), las cuales se destinan al consumo nacional, de acuerdo con la información disponible y oficial. Esta cantidad sostendría la demanda de consumo alimenticio básico en la dieta del mexicano. Es decir, parecería que en el país existe lo que se considera seguridad alimentaria, aun en el término que contempla la autosuficiencia en el nivel mundial en cuanto a este grano. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿seguridad alimentaria para quién?

En efecto, podríamos decir que en el país existe un potencial técnico y en volumen producido para garantizar la autosuficiencia del maíz. Sin embargo, la producción nacional no garantiza las mejores ni las mismas condiciones a todos los productores, en cuanto a posibilidad económica y opciones frente al mercado, acceso a insumos y condiciones de vida. Es decir, en México existe una gran heterogeneidad en cuanto a las condiciones de

cultivo de maíz, y a las posibilidades y potencialidades que éste genera en las 7.762 millones de hectáreas en que se cultivó en 2016 (SIAP-Sagarpa, 2018), dentro de los 6228 terrenos agrícolas, de acuerdo con el Marco Censal Agropecuario 2016 (INEGI, 2016). Así, las diferencias de las formas de cultivo existen de acuerdo con las condiciones orográficas y agroclimáticas del país, pero igualmente con las diferencias tecnológicas, económicas y culturales, tales como las superficies disponibles, el acceso a riego, manejo de tecnología, uso de insumos, manejo de la semilla, variedades, etcétera.

México vive en una estructura productiva y comercial sumamente polarizada. Algunos elementos tienen origen en la formación histórica del país más allá de los resultados del reparto agrario de principios del siglo XX. Si bien este reparto implicó que los campesinos pudieran sembrar en parcela propia, no resolvió las diferencias en cuanto a una posesión en cantidad y calidad equitativa de la tierra para los productores. Otras diferenciaciones se han agudizado de acuerdo con las condiciones socioeconómicas de las regiones y los productores, y en especial en las últimas décadas, con los vacíos que las políticas gubernamentales han dejado en el sostenimiento de los servicios agropecuarios.

En cuanto a la producción, 82 por ciento de las tierras cultivadas con maíz, se siembran en condiciones de temporal; de ahí se cosecha 60 por ciento de la producción nacional. Entonces, 18 por ciento de las tierras de riego, que en general se cultivan con tecnología moderna, genera 40 por ciento de la producción nacional. Estas diferencias lo que están proyectando son las diferencias en los rendimientos de producción, dado que para 2016, en cosechas bajo condiciones de riego, se tiene un promedio nacional de 8.29 ton/ha, mientras que en temporal este promedio llega a 2.43 ton/ha. Aunque, en realidad, la heterogeneidad nacional tiene rangos más amplios que los promedios; así, para el mismo año de los rendimientos registrados, entre todos los estados se encuentra que las diferencias van desde 0.46 ton/ha, en Quintana Roo bajo temporal, hasta 10.58 ton/ha, en Sinaloa, en régimen de riego (SIAP-Sagarpa, 2018).

No es de extrañar, entonces, que los grandes productores, cuyo valor de producción supera el millón de pesos, poseen 2.4 por ciento de los terrenos agrícolas en el nivel nacional y los que corresponden al 17 por ciento de la superficie total que funciona con tecnología moderna y que obtiene excedentes que se canalizan al mercado; en contraste, las tres cuartas partes de los productores producen maíz sin alta tecnología, en superficies menores de cinco hectáreas y no tienen excedentes productivos ni económicos. Ciertamente, estos rendimientos están asociados, no sólo a formas de producción, sino también a calidades de las tierras. Turrent, Wise y Garvy (2012a) mencionan que las tierras de temporal incluyen cinco millones de hectáreas de tierras de baja calidad para el cultivo, de las cuales 3.5 millones de hectáreas son de mediana productividad y 1.5 millones son tierra de calidad baja y marginal.

Estas condiciones marcan posibilidades diferenciadas de producción, de acceso al mercado, así como a decisiones distintas de los productores frente a sus tierras. En realidad, dichas diferenciaciones dibujan escenarios de proyectos distintos de los grupos sociales en el país con respecto al maíz, marcando posturas y tendencias opuestas en tensión.

Así, por ejemplo, el gran grupo de pequeños y medianos productores de maíz conforman la agricultura campesina, marcada por grandes dificultades para sostener año con año la producción, lo que ha desembocado en la disminución del cultivo de las superficies dedicadas, debido a las contradicciones frente a las tendencias de la estructura productiva y comercial de polarización. En este grupo de tierras es donde se concentra el mayor potencial productivo, en tanto se aplican formas tradicionales de conservación y mejoramiento de semillas, pero bajo condiciones de baja inversión y apoyo gubernamental que podrían optimizar sus resultados (Turrent, Cortés y Espinosa, 2012b; Espinosa *et al.*, 2009).

Por el contrario, las unidades productivas industrializadas han utilizado los paquetes tecnológicos para incrementar sus rendimientos, cuentan con infraestructura de riego y constantemente están mejorando las condiciones de producción. Turrent, Cortés y Espinosa (2012b) afirman que en estas unidades el déficit de

rendimiento —la diferencia entre el rendimiento potencial y el actual en parcela— no es alto; es decir, no se puede elevar mucho más, ya que operan al 90 por ciento de su productividad.

Para los medianos productores significa un reto mantenerse cultivando, con rendimientos altos y teniendo excedentes frente a un mercado en el que tienen que participar con sus propios recursos; es decir, sin créditos ni seguros agrícolas, y pocas veces en los programas gubernamentales para comercialización. A productores con superficies más grandes, con altas y costosas tecnologías, la competencia en el mercado también les representará dificultades, en especial frente a las agroempresas intermediarias, que cada vez más imponen las condiciones para comprar el grano y la viabilidad misma de cultivo. Sólo un pequeño grupo de grandes productores con fuertes vínculos a los procesos de comercialización serán los que salgan con verdaderas ganancias de este sistema de mercado, en donde la especulación adquiere más y más importancia, frente al trabajo de la tierra, la cultura y la alimentación de la población.

Datos de 2016 muestran que los principales estados productores de maíz blanco son: Sinaloa, que aporta 22.8 por ciento del total; Jalisco, 12.9 por ciento, y el Estado de México, con 8.35 por ciento; Michoacán, Guanajuato y Guerrero contribuyeron ese año con 18 por ciento entre los tres; a estos estados se suman Chiapas, Chihuahua, Tamaulipas y Veracruz que en conjunto aportaron 80 por ciento de la producción total. En el ciclo de invierno, con agricultura de riego, en Sinaloa se produce 79.8 por ciento de la producción de dicho ciclo (SIAP-Sagarpa, 2018). Este escenario, con algunas variaciones entre los años en varios estados, mantiene las tendencias y marca la concentración de producción en los estados y productores más fuertes.

En México, una parte importante del maíz blanco se produce para autoabasto, cerca de 30 por ciento de la producción nacional no se comercializa; SIAP-Sagarpa (2010) lo reconoce como producción no comercializable en la balanza de disponibilidad-consumo; es decir, esta porción es la cantidad de maíz que se queda en las familias y comunidades campesinas para su propio consumo y en los circuitos cortos de comercialización.

Considerando las posibilidades de solventar la autosuficiencia alimentaria nacional del grano, el planteamiento es que los déficits de rendimientos son mayores entre los pequeños y medianos productores de maíz de temporal, ya que funcionan al 57 por ciento de su potencial productivo, y en algunas regiones incluso a menos de 50 por ciento. Por lo que los apoyos tendrían más sentido, ya que eliminar este déficit de rendimiento añadiría más de nueve millones de toneladas a la producción nacional (Turrent, Wise y Garvy, 2012a, Turrent, Cortés y Espinosa, 2012b), que favorecería la autosuficiencia alimentaria, para consumo humano y otros usos, y también significaría la construcción de una estructura productiva más equilibrada. Sin embargo, los apoyos gubernamentales de créditos y subsidios se han canalizado a las grandes unidades productivas tecnologizadas desde los inicios de la “revolución verde”, e incluso siguen operando en estas áreas bajo la idea de que son las únicas tierras productivas (Turrent, Wise y Garvy, 2012a; Fox y Haight, 2010).

Subsidios para la heterogeneidad de productores

Retomando la idea de la diferenciación de los productores de maíz en México, se sostiene que la historia de los subsidios nacionales ha fortalecido las diferenciaciones en la estructura productiva. Las políticas gubernamentales relacionadas con el campo y con la producción del maíz han llevado al desplazamiento de la producción campesina y a la polarización económica de los productores, en tanto que los subsidios y posibilidades brindan ventajas a los grandes productores y a las empresas comercializadoras nacionales y transnacionales. Las consecuencias en las zonas rurales campesinas son diversas, en donde se distinguen cambios y abandonos pero igualmente persistencias del cultivo y de los usos del maíz.

En primer lugar se puede mencionar que la vertiente de competitividad dentro del presupuesto del Programa Especial Concurrente del país (PEC) no ha variado en números absolutos desde 2003 a 2013, disminuyendo en los años posteriores. En especial, es notorio el comportamiento del componente de com-

petitividad frente al social, con tendencias contrarias. Para el PEC de 2017 se encuentra que al rubro de impulso a la productividad se asigna 14.4 por ciento y para financiamiento 0.8 por ciento, frente al 60 por ciento para los componentes de salud, social y educativo, lo que incluye el combate a la pobreza; es decir, la estrategia rural se mantiene enfocada hacia servicios asistencia- listas, más que al impulso productivo (Robles, 2016). Sobre esto las tendencias desiguales de distribución de los apoyos se vislum- bran más graves, en tanto que para los estados y unidades pro- ductivas menos favorecidas, los apoyos presupuestales serán menores. Veamos.

Una primera aproximación a la manera en que se distribuyen los subsidios actuales dedicados al campo es a través de los destinos estatales, considerando el nivel socioeconómico y el número de unidades productivas que existen en cada estado. Así, por ejemplo, del total de éstos entre 1994 y 2009, 10.7 por ciento se destinaron a Sinaloa, entidad que cuenta con sólo 1.8 por ciento de las unidades de producción del total del país, mientras que a Oaxaca, que abarca 9.5 por ciento de las unida- des de producción, se destinó, en el mismo periodo, el 3.8 por ciento de los subsidios (<www.subsidiosalcampo.org.mx>).

De todos los cultivos, el maíz recibe el mayor subsidio, del cual más de la mitad se canaliza a Sinaloa. Con la desaparición de la Conasupo⁶ para la cobertura a las funciones de compra, finan- ciamiento, almacenamiento y distribución de granos y oleagino- sas, se crea el Programa Aserca,⁷ en 1991, que sustituye dichas funciones, pero con la particularidad de que se apoya a un gru- po selecto de productores, dado que de casi cuatro millones de

⁶ Conasupo, Compañía Nacional de Subsistencias Populares, empresa paraestatal. De 1962 a 1999 se encargó de acopiar, distribuir y estable- cer precios de garantía para los productos de la canasta básica, especial- mente del maíz, lo que permitió subsidios generalizados. A partir de las políticas neoliberales este organismo desapareció.

⁷ Aserca, Apoyos y Servicios a la Comercialización Agropecuaria es un órgano desconcentrado de la Sagarpa (Secretaría de Agricultura, Ga- nadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación). Creado en 1991, busca impulsar la comercialización de granos y oleaginosas, de manera se- lectiva.

ellos, sólo son considerados en su padrón 300 mil, quienes cuentan con excedentes de producción, aunque tampoco el total de este grupo recibe los apoyos. Así se ha visto que, en términos de créditos, de 1980-1989 a 1990-1999 éstos disminuyeron 76 por ciento (Meza, 2010).

En 2008, cuando en el marco del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) se liberó la totalidad de importación de productos agropecuarios, igualmente se les siguió pagando a los importadores.

Como parte de esta política, los subsidios existentes se van canalizando de forma mayoritaria a la comercialización, se busca el pago a los grandes comercializadores de granos del producto nacional al mismo precio que en el mercado internacional, pagando la diferencia para la comercialización, beneficio que, por supuesto, no llegaba a los productores. El subsidio, otorgado a través del Subprograma de Apoyos Directos al Ingreso Objetivo⁸ (Aserca), es inequitativo al privilegiar los apoyos a los estados con agricultura comercial; en 2012 los apoyos a coberturas de precios privilegiaron a Sinaloa, Sonora, Tamaulipas, Chihuahua y Baja California, ya que se les otorgó 92 por ciento del total nacional, siguiendo Jalisco y Guanajuato (Echánove, 2013), manteniendo la tendencia de los años anteriores, con lo que los estados y productores con agricultura no comercial quedaron prácticamente fuera de la cobertura.

El balance que el propio programa realiza es de todo un éxito. Vislumbrando sólo los datos globales, sin mención ni reconocimiento de las diferencias entre los beneficiarios y los no beneficiarios (Aserca, 2017).

Ante este escenario, en términos generales, lo que se encuentra es que las más grandes corporaciones vinculadas al mercado agropecuario son las que realmente se han beneficiado. Por ejemplo, entre las comercializadoras, las ganancias de Cargill en el primer

⁸ El Subprograma de Apoyos Directos al Ingreso Objetivo busca compensar las deficiencias estructurales de los procesos productivos y de comercialización en el sector agropecuario al otorgar un complemento al productor definido por la diferencia entre el precio de mercado y el ingreso objetivo mínimo. Forma parte de Aserca (<www.aserca.gob.mx>).

trimestre de 2008 crecieron 86 por ciento; ADM creció 65 por ciento en 2007; en la venta de semillas, Monsanto obtuvo ganancias de 44 por ciento en 2007 con respecto al año anterior; en la venta de agroquímicos, Syngenta alcanzó 28 por ciento más en el primer trimestre de 2008 con respecto al año anterior (GRAIN, 2008), en plena crisis agroalimentaria. Diez años después continúan estas tendencias, así como sus similares.

De 1993 a 2010, los apoyos a los productores agropecuarios han pasado de 28 a 12 por ciento del presupuesto; además de que las nuevas reglas para ingresar a programas, como agricultura por contrato a partir de 2012, representa riesgos para los productores, pues les implica la adquisición de créditos de avío, con los compromisos que ello conlleva la comercialización con intermediarios financieros (Echánove, 2013). Los productores han tenido que enfrentar el desplome de las compras nacionales de granos básicos ante las importaciones masivas que provocan saturación del mercado y caída de precios internos de la producción (Steffen, 2003). Esto claramente ha llevado al abandono de parcelas y cambios de opciones agrícolas y laborales para los agricultores, en especial pequeños y medianos productores, alimentado en gran medida por el riesgo de cultivar sin créditos, seguros, ni precios convenientes.

Se calcula que 60 por ciento de la producción nacional se comercializa en el interior del país, lo que correspondería entre 13 y 15 millones de toneladas anuales, teniendo uso para la alimentación humana, semilla para siembra y alimento para el ganado, quedando fuera de este cálculo sólo pequeñas proporciones para la importación y lo que corresponde a los inventarios iniciales de cada ciclo (SIAP-Sagarpa, 2010). Entre las cosechas y ventas, existen intermediarios dentro de una red variada y heterogénea. Aquí sólo interesa anotar que los destinos de las cosecha también plantean heterogeneidades entre los productores, existiendo tensiones entre los distintos perfiles de los actores, grandes productores, y distintos tipos de comercializadores e intermediarios, tema que se abordará más adelante.

Claramente, las decisiones y prácticas gubernamentales no impulsan ni son sensibles a las condiciones de producción y la relación del maíz en el marco de la agricultura campesina. Dado

el fuerte sesgo cultural de este cultivo, aleja la política de la visión de seguridad alimentaria, además de que al considerar la heterogeneidad, la vuelve aún más lejana. Entonces, anteriormente se planteaba que a pesar de que las cosechas nacionales de maíz son el consumo alimentario de la población nacional, la situación está lejana de la seguridad alimentaria.

Para hablar de seguridad y soberanía se requieren incluir otros elementos, además de una producción interna suficiente para el consumo del alimento básico o más importante de la población nacional. Implicaría, en primer lugar, que dicha producción significara las ventajas económicas que el mercado debe brindar a los propios agricultores; que el grano generara un alimento sano acorde con los gustos y preferencias locales. Este último aspecto implica vincular preferencias productivas y de consumo.

Se considera que la producción agrícola de maíz no garantiza beneficios económicos a todos los agricultores; por un lado, porque no existe un sistema de apoyo e impulso productivo que garantice que dichas producciones se lleven a cabo y, por el otro, porque el mercado no garantiza un precio que permita a los productores solventar sus gastos y obtener ganancias directas de la producción y comercialización.

De igual forma, la discusión sobre la calidad del maíz merece al menos tres aspectos: las preferencias subjetivas, el valor nutritivo y la presencia de transgenes. Las elecciones del tipo de maíz que se cultiva, selecciona y amasa se apoya en la preferencia que la gente tiene respecto a estas acciones, y resulta en la calidad construida desde percepciones y gustos propios. Se ha visto que el gusto como criterio de calidad tiene un papel importante en la prevalencia del grano mismo, así como en la diversidad de razas y variedad, por lo que debe ser considerado en los criterios de seguridad alimentaria, lo cual, por supuesto, no sucede.

Si el producto de mayor consumo es la tortilla, además del gusto por ésta, también la aceptación se da por el reconocimiento como nutritiva; sin embargo, en las tortillerías, en especial en las grandes urbes, se aleja cada vez más de una tortilla sabrosa y sana, de acuerdo con los criterios de calidad que los mexicanos hemos establecido a lo largo de la historia de la tortilla.

Así, también es importante mencionar que en este momento se tienen resultados de una investigación amplia que arroja el

alarmante dato de que 94 por ciento de los productos de maíz que consumimos contienen algún nivel de transgenes. Es decir, estamos consumiendo maíz transgénico en los alimentos procesados, incluyendo las tortillas, sin haberlos aceptado y ni siquiera saberlo. Esto es, frente a los criterios de calidad y gusto por los alimentos, las dinámicas alrededor del maíz, igualmente llevan a cuestionar el marco de la seguridad alimentaria (Álvarez-Buylla *et al.*, 2017; Piñeyro, González y Álvarez-Buylla, 2017).

Lo que resalta es que el paradigma de seguridad alimentaria que sostiene las tendencias nacionales se encuentra sujeto al mercado mundial, existe un proceso de subordinación creciente de los consumos alimenticios a las compras del exterior. Actualmente, México importa 67.9 por ciento de arroz, 42.8 de trigo, 8.2 por ciento de frijol e incluso 30 por ciento de maíz en relación con los consumos nacionales, que deja fuera de posibilidades de intensificar la producción y comercialización por parte de pequeños y medianos productores hacia la participación en el abasto nacional autosuficiente, lo cual, a partir de potencializar sus recursos, se vislumbra posible.

Estos últimos datos adelantados al análisis sirven para plantear la distancia existente de las voluntades y políticas gubernamentales, las dinámicas comerciales y las realidades entre las agriculturas y maíces campesinos. Dichas distancias, y las heterogeneidades en la estructura productiva, empañan las posibilidades de hablar de seguridad alimentaria en el país, a pesar de que las producciones de toneladas de maíz cubran los consumos nacionales de alimento humano.

TIERRAS DE MORELOS, ENTORNOS DIVERSOS DEL MAÍZ

Este capítulo aborda algunas características de las tierras y ámbitos productivos de la agricultura en Morelos en que se sustenta el grano, cultivo y cosecha del maíz. El maíz como tal sigue siendo el eje de la vida campesina, pero en cada acercamiento se reconocen y valoran las interacciones que las prácticas construyen para su persistencia y recreación. Así, se presenta una ambientación diversificada de la entidad, la cual en este caso es tomado como ventana para un acercamiento a la población campesina y su maíz.

El estado de Morelos cuenta con una diversidad de ecosistemas en los 4960 km² que lo contienen. El territorio se delimita dentro de un sistema de barrancas que derivan de la Sierra del Ajusco, perteneciente al Eje Volcánico. En la parte norte del estado hay una topografía accidentada, con altitudes variables arriba de los 1500 msnm, clima templado y vegetación de bosque de pino y pino-encino. Hacia el sur se encuentra el Plan de Amilpas, conformando los valles centrales del estado o región intermontana, con climas cálidos subhúmedos en altitudes descendentes hacia el sur, llegando a 700 msnm en la Reserva de la Biósfera Sierra de Huautla, región montañosa, de clima cálido y vegetación de selva baja caducifolia, al igual que la región central. Sobre este entorno natural se ha llevado a cabo la historia cultural de los pueblos que viven y construyen mutaciones constantes.

La cercanía del territorio morelense con la Ciudad de México ha influido en el sentido de la transformación del patrón de cultivos y sobre la agricultura. A partir del siglo XX, años después

del movimiento armado revolucionario y del reparto de la tierra, los campesinos del estado fueron retomando sus formas de producción y vida, con lo que se reconfiguró la agricultura campesina posrevolucionaria del siglo XX; si bien esto se dio a partir de la recuperación de tierras y pueblos, los mismos se adaptaron y modificaron en nuevos territorios y maneras de organización diferentes.

La superficie de propiedad social se fue conformando con las peticiones, repartos y restituciones agrarias que se dieron en su mayoría entre 1919 y 1929, hasta llegar a los 204 ejidos y 33 comunidades agrarias existentes actualmente, los cuales ocupan 396 526 hectáreas, 80 por ciento del total del estado (INEGI, 2013a). Poco a poco se fue ocupando de cultivos, que con el auspicio de las políticas gubernamentales se encaminaron hacia la modernización del campo; se acopló a las tendencias y dinámicas del crecimiento del mercado nacional.

Se fueron dando cambios, primero lentos; luego acelerados por la llegada de medios de comunicaciones y servicios, se instaló la modernización agrícola. La intercomunicación de las cabeceras municipales en la década de 1930, con la construcción de las carreteras de Tlalnepantla-Tlayacapan, en el norte, y de Alpuyecá-Michapa, en el oriente, y para los años sesenta la comunicación con México-Cuautla-Cuernavaca (Tapia e Ibarra, 1993), posibilitó el transporte de mercancías, la vinculación a plazas y con intermediarios. En la década de 1940, con el inicio del uso de tractor y las posibilidades de uso de los agroquímicos, el trabajo en las tierras se intensificó. Así, los productos se empezaron a canalizar al mercado más grande del país. A partir de la segunda mitad del siglo XX, el uso de las parcelas ya tenía claros giros comerciales por la introducción de hortalizas, ante el éxito en la adaptación de estos cultivos y la gran demanda de múltiples productos en un país en pleno incremento y transición poblacional, hacia una predominancia urbana, a través del sistema centralizado de distribución y abasto alimentario nacional. La modernización agrícola llegó con sus contradicciones, y lo hizo de la mano de la urbanización e industrialización del estado, lo que significó la competencia por el espacio y los recursos con la agricultura. Este escenario es en el que el sector rural, en general, ha convivido desde entonces.

La modernización agrícola, con la visión de la intensificación productiva en el sentido de la introducción de paquetes tecnológicos, tales como maquinaria, riego, insumos químicos, tuvo sus peculiaridades en el estado de Morelos, dado que la influencia de extensionistas e impulsos gubernamentales se dio hacia los pequeños agricultores campesinos, con fuerte arraigo agrario, minifundios, unidades productivas familiares y de poca capacidad de inversión. También la orografía ondulada de algunas regiones, como en el norte, en Los Altos, y en la Sierra de Huautla, dificultó la posibilidad de la tractorización, por lo que no ha sido un proceso amplificado, ni siquiera en las tierras en que la horticultura se ha instalado, lo que en términos de trabajo y recursos económicos se hubiera posibilitado.

Así, en las tierras morelenses se dio una adaptación de nuevos cultivos, sin ser de manera extensiva, apoyada principalmente por su cercanía a mercados que demandaban alimentos para centros urbanos en crecimiento y por los climas cálidos y semi-cálidos, con precipitaciones y condiciones de riego, en algunas regiones, para garantizar un buen desarrollo agrícola. Los productores mayoritariamente campesinos han adaptado sus pequeñas parcelas y experiencias en la adopción de los conocimientos y las tecnologías necesarias para manejar cultivos hortícolas. Aprendieron a insertarse en el mercado desde cierta vulnerabilidad por su condición campesina, ya que se considera que las actividades hortícolas y el ámbito mercantil representan múltiples riesgos como la dependencia al temporal y las posibles sequías, la infestación de plagas a la que esos cultivos son sumamente susceptibles y las fluctuaciones de precios en el mercado de los productos percederos. Dicha vulnerabilidad significa que a los pequeños productores las pérdidas por siniestros o afectación de las condiciones anteriores, pueden llevarlos a no recuperar la inversión que realizan a lo largo del ciclo agrícola, y difícilmente restablezcan su situación económica con sus propios recursos.

A pesar de las aparentes limitaciones y riesgos, en el estado de Morelos se estableció un patrón de cultivos diversificado. Si bien para la década de 1940 se contaba prácticamente sólo con maíz y frijol, además de la caña que se retomó en la década an-

terior después de haber dejado de funcionar el ingenio durante la revolución, para los años setenta ya se contaba además con sorgo, cacahuete, aguacate, flores y algunas hortalizas, predominando el jitomate, el cual se encontraba en pleno auge.

La década de 1970 fue de experimentación, conocimiento de nuevos cultivos, adaptación a sus propias condiciones de producción y riesgos para comercializarlos; todo ello permitió una apertura al exterior, nuevas relaciones con mercados, centros urbanos y agentes económicos y políticos. Esto trajo nuevos aires a la región con lo que las condiciones de vida se fueron modificando sustancialmente; desde la obtención de las primeras ganancias fueron adquiriendo bienes materiales, para mejorar sus viviendas, aparatos electrónicos y electrodomésticos, estudios para los jóvenes, nuevas perspectivas (Guzmán y León, 2008).

La integración de nuevos procesos productivos a las rutinas agrícolas se dio sin abandonar las formas campesinas de producción y de vida, introduciendo tecnologías en los cultivos hortícolas y manteniendo las milpas con pocos cambios, con frijol y chile hasta donde podían, a partir del trabajo familiar, utilizando yuntas y arados. Los cultivos comerciales les permitieron obtener ganancias sin trabajar directamente para otros, establecieron en sus propias tierras cultivos comerciales, típicamente capitalistas; de esta forma se puede reconocer una actividad nueva para los campesinos, lucrativa y capitalista, aunque no pura, debido precisamente a las condiciones mezcladas bajo la que se da la producción. Así se dio la apropiación de cultivos comerciales de los productores morelenses, como una expresión particular de dos modelos de agricultura en un mismo espacio: la agricultura comercial y la tradicional (Guzmán y León, 2008).

Este proceso de apropiación de hortalizas se implementó con más profundidad en Los Altos de Morelos con la adopción del cultivo del jitomate, pero en realidad es el inicio de la historia hortícola en todo el estado. Posteriormente se llevó flores, plantas de ornato, frutales y otros cultivos introducidos a diferentes municipios, como el ejote y la cebolla en Ayala; el angú y flores en Puente de Ixtla; aguacate en Zacuapan; los frutales en diferentes municipios. El camino ha sido lo que llamamos en investigaciones anteriores la “especialización diversificada” (Guzmán y León,

2008). En esta modalidad los productores han buscado invertir recursos, innovaciones y tecnologías en los cultivos con destino a la comercialización, siguiendo los criterios y las exigencias de calidad de los productos, pero manejando el cultivo bajo pautas propias, acoplando la recomendación del paquete tecnológico a sus propias posibilidades, adaptado a sus condiciones, vivir y producir campesino, incluyendo una producción diversificada. Han logrado abrir espacios nuevos, posibilidades de superación económica, también de participar en el mercado nacional de manera importante —a fin de cuentas, éste está conformado por toda la diversidad rural del país—, aunque con dificultades: sólo en los últimos tiempos algunos han arribado a la exportación, ya que los patrones son rígidos para la producción campesina en lo general.

Así, bajo estos nuevos esquemas se fueron incorporando otros cultivos como sorgo, tomate de cáscara, pepino, melón, cempasúchil, nardo, ebo, nopal, etcétera; en el transcurso de los años, fueron retomando otros productos de los que antes cultivaban, probando nuevos y adaptándolos a las condiciones particulares de cada lugar.

Si bien la experimentación y aprendizaje a lo largo de los años ha permitido a los productores jitomateros de todo el estado, conocer y especializarse en hortalizas, flores o frutales, las condiciones particulares del estado no son precisamente las apropiadas para una especialización típica —grandes superficies, tierras planas, paquetes tecnológicos estrictos incluyendo tractORIZACIÓN y riego, altas inversiones constantes— requerida para el cultivo comercial como tal. Las bajas en la producción, las fluctuaciones de un ciclo a otro, la diversidad de cultivos y la producción para autoconsumo, nos hablan de una adaptación de estrategias particulares a necesidades propias. Es un hecho que con la producción especializada, exclusivamente, no podrían sobrevivir las familias campesinas, tampoco les sería posible hacerlo sólo con el resto de actividades agrícolas campesinas y básicas de autoconsumo o comercialización mínima; así que en la búsqueda de alternativas para reproducirse, han encontrado la combinación particular que se los permite, bajo el contexto global que les atañe. Su inserción al mercado capitalista es una rea-

lidad incuestionable; a pesar de no tener elementos de control y poder dentro de éste, sacan ventaja de la mejor manera para hacer más redituable el conjunto de sus estrategias. Los costos del manejo de las huertas de hortalizas y frutales bajo condiciones no capitalistas típicas son: la cantidad de riesgos y condiciones inestables a las que se tienen que enfrentar, la transferencia de excedentes al mercado, la imposibilidad de exportar como alternativa de comercialización segura, así como las modificaciones permanentes de la producción para acoplarse a una realidad cambiante, que en general les es desfavorable. Entonces, la base para arriesgar es fortaleciendo la diversidad para mantener la especialización.

Se remarca la importancia desde el arraigo que el cultivo de maíz con toda su carga cultural, ha tenido en la presencia de los cultivos comerciales del estado de Morelos y en la participación en el mercado nacional. Las unidades de producción, con lógicas campesinas y organización familiar, han sostenido la persistencia del maíz para asegurar sustento y espacios controlados y propios de producción, y con éstos competir y arriesgar en el mercado. Si no se pueden controlar las plagas o enfermedades, o el temporal no fue bueno o adecuado para una buena fructificación, o hubo helada, o bien, a la hora de vender no hay precio suficiente para vender con ganancia, entonces se vive del maíz. Se vende sólo maíz, se consume maíz y se recuperan a partir de éste.

Hoy día, hay procesos de permanente transformación en la diversidad de cultivos, ganadería y actividades forestales que llevan a cabo 43 061 unidades de producción agropecuaria y forestal. En los registros agrarios se tienen 64 157 ejidatarios y comuneros y 14 047 posesionarios, que trabajan 396 526 hectáreas, de las cuales 205 592 hectáreas tienen uso agrícola; 143 823 son de uso común, mayoritariamente agrícolas, superficies promedio de 2.6 hectáreas; es decir, son minifundios con predominancia de temporal en 75 por ciento de ellas, y 25 por ciento con riego agrícola, con limitada infraestructura para ello, ya que existen bordos sólo en 88 ejidos (INEGI, 2013a), además de los riegos complementarios realizados con sistemas artesanales, aumentando la disponibilidad de agua para los cultivos. La tracto-

rización tampoco es amplia, como ya se había comentado, y es lógico en condiciones de minifundio y de la orografía escarpada del estado. En el año 2007 se contabilizaron 30 tractores en 22 ejidos.

Así, se cuenta que el uso predominante de las tierras sociales es precisamente el agrícola; en 222 ejidos y comunidades está presente y en 204 la mayoría de la población se dedica a ella (INEGI, 2013a).

En las tierras de Morelos, de acuerdo con datos de 2016, sorgo, caña de azúcar y maíz ocupan 63 por ciento (SIAP-Sagarpa, 2018). En todas las regiones se cultiva una diversidad de especies, como aguacate, nopal, cebolla, jitomate, ejote, frijol, pasto, tomate verde, durazno y pepino. Igualmente, de manera específica y en cantidades menores se registran diversos cultivos, tales como amaranto, flores (girasol, terciopelo, crisantemo, polar, pastos, nochebuena, agapando), hortalizas (berenjena, calabaza, chilacayote, chícharo, cilantro, haba verde, rábano, zanahoria, okra, nopal) y frutales (caimito, coco, guaje, lichi, mandarina, nanche, pitaya, chirimoya, zarzamora), además de especias y plantas medicinales. En las tierras de riego se pueden probar nuevos cultivos, que en pequeñas superficies implica la incursión en mercados nuevos, combinando cultivos tradicionales como nuevas incursiones. En las tierras de temporal la diversidad de cultivos es menor, dada la restricción hídrica; sin embargo, el uso de las tierras es más amplio, encontramos que a pesar de que no hay infraestructura para esto, se aprovechan las tierras dado que, en general, en el estado los temporales brindarán agua suficiente (véase el cuadro 1) (SIAP-Sagarpa, 2018).

Dentro o al lado de huertas y parcelas de dichos cultivos, en todos los municipios convive el maíz. Seguramente la presencia de cosechas de otros cultivos en los mercados nacionales, regionales y locales ha llevado a que las superficies para maíz disminuyan a lo largo de las décadas, así como otros factores como la urbanización, el abandono de las tierras por migración o por búsquedas laborales diferentes al campo, lo que suele actualmente llevar a algunos jóvenes fuera de los surcos. Otros salen y regresan, o participan por temporadas combinándolo con actividades no agrícolas.

CUADRO 1
 CULTIVOS ANUALES Y PERENNES DE MORELOS. SUPERFICIE SEMBRADA Y VOLUMEN DE PRODUCCIÓN,
 RIEGO Y TEMPORAL (2016)

Cultivo	Total anual		Temporal		Riego	
	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)
<i>Cultivos de temporal y riego</i>						
Agapando (gruesa)	7.6	2 239.20	6	1.260	1.6	979.2
Aguacate	4 233.40	32 447.68	4 037.40	31 417.48	196	1 030.20
Aroz palay	1 339.40	13 392.86	16	0	1 323.40	13 392.86
Berenjena	13.5	164.6	4	45.6	9.5	119
Cacahuate	995.8	1 792.86	778.5	1 326.94	217.3	465.92
Calabacita	1 415.74	19 693.13	226.7	2 735.68	1 189.04	16 957.45
Camote	121.52	1 119.63	93.6	832.99	27.92	286.64
Cebolla	2 837.95	69 600.97	92.7	2 091.49	2 745.25	67 509.48
Chilacayote	47.5	512.95	38.5	418.75	9	94.2
Chile verde	108.6	991.28	73	516.48	35.6	474.8
Ciruela	457.5	2 541.85	430	2 353.20	27.5	188.65
Durazno	1 499.00	10 231.60	1 409.00	9 519.60	90	712

CUADRO 1 (CONTINUACIÓN)

<i>Cultivo</i>	<i>Total anual</i>		<i>Temporal</i>		<i>Riego</i>	
	<i>Superficie sembrada (ha)</i>	<i>Producción (ton)</i>	<i>Superficie sembrada (ha)</i>	<i>Producción (ton)</i>	<i>Superficie sembrada (ha)</i>	<i>Producción (ton)</i>
Elote	9 842.26	107 044.42	410	4 141.00	9 432.26	102 903.42
Frijol	1 085.88	1 178.94	842.1	856.15	243.78	322.79
Gladiola (gruesa)	635.2	696 969.50	100	93 903.00	535.2	603 066.50
Guayaba	15.7	112.4	5	29	10.7	83.4
Higo	793.5	4 121.10	577	2 822.10	216.5	1 299.00
Maíz grano	31 248.76	91 373.09	29 020.10	83 003.32	2 228.66	8 369.77
Pastos y praderas	1 827.50	25 641.45	1 812.00	25 425.55	15.5	215.9
Pepino	1 590.55	29 795.70	387.9	6 454.33	1 202.65	23 341.37
Sandía	98.3	1 645.64	91.6	1 519.79	6.7	125.85
Sorgo grano	31 330.00	152 419.97	30 080.00	145 914.50	1 250.00	6 505.47
Tomate rojo (jitomate)	2 263.08	122 959.07	1 698.00	36 592.65	565.08	86 366.42
Tomate verde	1 492.49	19 994.88	1 250.40	16 658.89	242.09	3 335.99
Yuca alimenticia	146	1 957.60	29	472.7	117	1 484.90

CUADRO 1 (CONTINUACIÓN)

Cultivo	Total anual		Temporal		Riego	
	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)
<i>Cultivos sólo de temporal</i>						
Agave	74	1 407.00	74	1 407.00		
Amaranto	250	340	250	340		
Avena forrajera en verde	2 172.00	70 303.60	2 172.00	70 303.60		
Calabaza semilla o chihua	23	32.2	23	32.2		
Chícharo	5.5	18.43	5.5	18.43		
Chirimoya	21	199	21	199		
Ebo (janamargo o veza)	411	2 709.80	411	2 709.80		
Granada	70	364	70	364		
Haba grano	64	209.9	64	209.9		
Haba verde	72	465.6	72	465.6		
Manzana	11.5	132	11.5	132		
Manzanilla	24	115.2	24	115.2		
Nopalitos	3 905.00	367 826.00	3 905.00	367 826.00		
Papa	82	2 214.00	82	2 214.00		
Pera	379	2 007.50	379	2 007.50		

CUADRO 1 (CONTINUACIÓN)

Cultivo	Total anual		Temporal		Riego	
	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)
Pitaya	15	90	15	90		
Terciopelo (manejo)	8.9	8 944.50	8.9	8 944.50		
Trigo grano	283	837.2	283	837.2		
Zanahoria	11	240.9	11	240.9		
Zarzamora	11.5	29.9	11.5	29.9		
<i>Cultivos sólo de riego</i>						
Albahaca	45.8	299.69			45.8	299.69
Alfalfa verde	144.62	6 537.63			144.62	6 537.63
Bangaña	8.7	63.96			8.7	63.96
Café cereza	34	45.28			34	45.28
Caimito	1.5	10.65			1.5	10.65
Caña de azúcar	20 759.75	2 048 861.72			20 759.75	2 048 861.72
Carambolo	9	122.4			9	122.4
Cilantro	45.2	315.25			45.2	315.25
Coco fruta	1	15.8			1	15.8

CUADRO 1 (CONTINUACIÓN)

Cultivo	Total anual		Temporal		Riego	
	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)
Crisantemo (gruesa)	46.7	62 244.10			46.7	62 244.10
Ejote	2 815.20	26 217.90			2 815.20	26 217.90
Espicias y medicinales	36	189.7			36	189.7
Fresa	6	83.4			6	83.4
Girasol flor (gruesa)	2.95	2 372.60			2.95	2 372.60
Guaje	491.8	7 632.11			491.8	7 632.11
Guanábana	1	12			1	12
Jamaica	30.6	29.07			30.6	29.07
Jícama	856.6	27 856.73			856.6	27 856.73
Limón	443.08	4 582.60			443.08	4 582.60
Litchi	7	48.3			7	48.3
Mamey	22	278.25			22	278.25
Mandarina	11.2	195.2			11.2	195.2
Mango	352.93	5 079.99			352.93	5 079.99
Membrillo	6	30			6	30
Nanche	40.5	228.59			40.5	228.59

CUADRO 1 (CONTINUACIÓN)

Cultivo	Total anual		Temporal		Riego	
	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)
Naranja	180.8	4 883.80			180.8	4 883.80
Nardo (gruesa)	175.5	176 976.90			175.5	176 976.90
Nochebuena (planta)	113.95	6 670 612.50			113.95	6 670 612.50
Nuez	12	26.48			12	26.48
Okra (angú o gombo)	342.5	4 771.82			342.5	4 771.82
Pápalo	61	497.15			61	497.15
Papaya	123.4	4 161.19			123.4	4 161.19
Pasto tapete (m ²)	160	1 593 915			160	1 593 915.00
Plátano	12	342				
Polar (gruesa)	9.5	12 777.50			9.5	12 777.50
Rábano	10.89	70.79			10.89	70.79
Rosa (gruesa)	348.2	647 750.50			348.2	647 750.50
Sábila	82.4	4 045.70			82.4	4 045.70
Semilla de caña de azúcar	412	49 038.80			412	49 038.80
Sorgo forrajero en verde	358.8	15 171.83			358.8	15 171.83
Tamarindo	25.2	81.96			25.2	81.96

CUADRO 1 (CONTINUACIÓN)

Cultivo	Total anual		Temporal		Riego	
	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)
Toronja (pomelo)	5	126.72			5	126.72
Uva	1	0			1	0
Verdolaga	211.1	2 454.61			211.1	2 454.61
Zapote	26.5	280.6			26.5	280.6
Zempoalxóchitl	20.8	253.4			20.8	253.4
Total (superficie)	132 251.80		81 401.90		50 849.90	

FUENTE: SIAP-Sagarpa (2018).

En las series históricas de maíz se observa la caída notoria en la superficie que se dedica al maíz; de 1980 a 2016 ésta disminuyó en 43 por ciento, tanto en tierras de riego como de temporal. Sin embargo, la caída de la producción no se da en la misma proporción, dado que para este mismo periodo es de 14 por ciento. Esto se debe al incremento en los rendimientos a lo largo de los años en que los aprendizajes y manejo de tecnología lo han permitido. Quizá también sea que en los últimos años el monocultivo se ha priorizado, y lo que hoy se cosecha de maíz, anteriormente también incluía otros o más productos de las milpas. En efecto, las tendencias de las producciones son erráticas, ya que las proporciones en siembras de temporal y riego varían, así como los manejos de las parcelas y los siniestros; se puede observar que en los años de 1984 a 2015 las cosechas de maíz de temporal cayeron significativamente, en este último año se reportaron como siniestradas.

Entonces, lo que se observa son paisajes diversos y complejos; si bien las actividades agrícolas se llevan a cabo en el marco de dinámicas que hoy día señalan transformaciones constantes hacia acercamientos a lo urbano, también se observa la dependencia de dichos paisajes a los usos agrícolas ligados a los ciclos productivos, a la temporalidad pluvial alternando verdes y secas, las temporadas de zafra de la caña, los cultivos perennes siempre verdes, como nopal y frutales, el uso de tecnologías que transforman los paisajes, como los acolchados plásticos sobre los surcos de manera temporales o los invernaderos con durabilidad mayor. Los minifundios distinguen mosaicos de minúsculas parcelas, la diversidad muestra tiempos, ciclos, texturas y prácticas diversas, las carreteras, brechas y caminos de saca delimitan los usos de los espacios, construcciones antiguas como cascos de haciendas comparten vista con presas, infraestructura y maquinarias producto del avance tecnológico y de las nuevas visiones productivas.

Estos paisajes se construyen y reconstruyen a través de las manos y los usos de recursos naturales y productivos que sus pobladores llevan a cabo para su reproducción, así como la integración a los entornos y la presión sobre los recursos de asentamientos humanos, urbanos y rurales, con los caminos, instalación de in-

CUADRO 2
PRODUCCIÓN DE MAÍZ EN MORELOS, RIEGO Y TEMPORAL (1980-2016)

Año	Total anual		Temporal		Riego	
	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)	Superficie sembrada (ha)	Producción (ton)
1980	55.022	105.901	45.878	79.312	9.144	26.589
1985	52.032	62.514	44.609	44.633	7.423	17.881
1990	42.689	95.954	32.933	70.186	9.390	25.768
1995	46.323	115.943	33.491	79.322	12.832	36.621
2000	42.939	83.718	32.393	57.138	10.537	26.580
2005	29.761	84.419	25.100	68.317	4.661	16.101
2010	29.295	94.008	25.709	84.018	2.586	9.988
2015	24.423	55.919	21.945	46.782	2.478	9.134
2016	31.248	91.373	29.020	83.003	2.228	8.369

FUENTE: datos de SIAP-Sagarpa (2017, 2018).

fraestructura de servicios requerida por éstos, y con los procesos extractivos y productivos que se llevan a cabo.

Estos cambios se muestran con algunos datos, con tendencias aparentemente encontradas; por ejemplo, en el estado de Morelos se tiene una población rural de 286 889 en localidades de menos de 2 500 habitantes, que representa 16.1 por ciento de la población. Sin embargo, tomando en cuenta las ruralidades actuales, se ha considerado como población rural a localidades hasta de 15 mil habitantes, lo que significaría una población rural de 742 981, equivalente a 58 por ciento del total estatal. Independientemente de los números, se puede observar la prevalencia de una población rural entreverada con los procesos de urbanización. Al mismo tiempo se ha visto la proliferación de localidades de menos de 250 habitantes, llegando a 55 148 (INEGI, 2018), y un proceso amplio de dispersión poblacional que complejiza los escenarios.

En este marco, la consideración de la población económicamente activa agropecuaria toma mayor desproporción, dado que ésta se contabiliza en 12 por ciento de la población estatal, mientras que en el sector secundario se incrementa hasta 30 por ciento, y en el terciario a 57 por ciento (INEGI, 2018). Mientras tanto, el PIB del sector primario es de tres por ciento, el del secundario es de 32.4 por ciento y el del sector terciario es 64.7 por ciento (INEGI, 2013b). Esto muestra, ciertamente, la tendencia general de la caída de los indicadores económicos del sector agropecuario y plantea un contrasentido, ya que significa que el sector que sostiene los recursos naturales y la producción de alimentos es, en términos de trabajo y valor generado dentro de la economía global, el menos dimensionado. Éste es el marco y uno de las tendencias relacionadas a la desvalorización del maíz y la agricultura campesina, compatible con las tendencias nacionales.

Los escenarios rurales poseen un sello predominantemente campesino; entre los usos de recursos resalta el agrícola, en contraste y disputa con los avances de urbanización que claramente se tienen, desde los crecimientos de las grandes urbes del estado (Cuernavaca, Cuautla y Jojutla); las presiones por cambios de uso del suelo que se dan ante la cercanía con la Ciudad de Mé-

xico, que ha tenido preferencias por las tierras cálidas para usos turísticos; hasta los cambios que las vías de comunicación van llevando en su paso cercano a tierras ejidales y la factibilidad que esto significa para cambiar la agricultura por servicios que satisfacen las necesidades de las comunicaciones, como gasolineras, restaurantes, tiendas, grandes supermercados, etcétera.

MILPAS Y ESTRATEGIAS CAMPESINAS

En este apartado nos aproximamos al maíz desde las estrategias campesinas, para establecer sus vínculos y articulaciones con los componentes de éstas. Este acercamiento se hace no sólo como el objeto grano, mazorca o planta, sino al conjunto de procesos que sostienen dichos objetos y detonan posibilidades de reproducción social en el marco de la vida campesina, considerándolos como parte del complejo de procesos de maíz.

El concepto de estrategia campesina se plantea desde las lógicas propias con las que los grupos campesinos definen objetivos y acciones en la construcción de una forma de vida particular; interesa reconocer el papel que tiene el complejo de procesos de maíz en dichas definiciones. Así, las estrategias campesinas están conformadas por el conjunto de búsquedas, decisiones y actividades, desde las unidades familiares, comunidades y grupos sociales que reflejan maneras de conocimientos, percepción y uso de los recursos, apoyados en historias y experiencias, válidas en las definiciones de respuestas a corto plazo y en perspectivas generales, con lo que se construyen tendencias y reproducción de modos de vida, en el marco de un universo cultural campesino.

Siguiendo la perspectiva de estrategias campesinas que he desarrollado a lo largo de mis trabajos (Guzmán, 2005; Guzmán y León, 2008; Guzmán, 2015) y en los capítulos anteriores de este escrito, retomo la idea de que las estrategias comprenden un conjunto de actividades que proyectan dos objetivos fundamentales:

1. Objetivo de seguridad: incluye el ámbito doméstico y el ámbito de producción para el autoconsumo.

2. Objetivo de vinculación al mercado: el cual se integra por un ámbito de producción agrícola comercial y otro de multiactividad y movilidad.

Estos dos objetivos han permitido, en su conjunción, la permanencia así como los cambios en las formas de vida, ambos procesos no pueden existir de manera separada. En general, las permanencias sustentan el objetivo de seguridad, y los cambios se producen en el marco de la multiactividad y movilidad, aunque no sólo en dicho marco, y en su conjunto y complementariedad dan lugar a la recreación cultural. El maíz forma parte del balance entre seguridad y riesgos, entre lo propio y los cambios, entre las permanencias y la recreación; por eso decimos que funciona como articulador de la estrategia.

DESDE EL ÁMBITO DOMÉSTICO Y LA ORGANIZACIÓN FAMILIAR

Las decisiones adoptadas en las unidades familiares campesinas de Morelos están fuertemente vinculadas con las decisiones que conllevan al cultivo, usos y arraigos del maíz. Ciertamente no en todas las comunidades, y menos en todas las unidades se cultiva maíz, pero sí podemos decir que la población campesina está vinculada a los procesos del maíz. En las unidades donde se siembra el cultivo, todos los integrantes, en algún momento del ciclo, participan en éste, aun los que tienen trabajos habituales fuera de la unidad o incluso del pueblo. La siembra, cosecha y desgranada son actividades colectivas, los jóvenes ayudan en algunas tareas específicas como labores, deshierbes y fertilización. Las unidades que no siembran maíz dependen de la siembra y compran a otras familias vecinas o en el mercado, pero deberán ajustar sus recursos a la compra de éste; pueden sembrar a medias con otros productores, dejando las tierras propias o utilizando las del otro. A veces trabajan a jornal en las épocas de cosecha, especialmente, o en la formación de manojos, en el desgranado o algún trabajo de acondicionamiento de las cosechas, o incluso en el cuidado de animales para engorda en la temporada de secas en donde se aprovechan los esquilmos, como

en Yecapixtla, El Rincón, Cuentepec, Miacatlán y Temixco. Los que no cultivan también pueden dedicarse a vender al menudeo, después de comprar un bulto en la central de abastos o con algún vecino. Algunas personas mayores venden en las plazas parte de la producción de sus familiares. Así que de alguna manera, toda la población está vinculada con el cultivo de maíz a lo largo de su ciclo.

Para esto, en la unidad familiar se organizan las actividades que llevan a cabo los integrantes, y se adaptan las rutinas con respecto al conjunto de tareas y usos que el maíz implica. Así, se observan relaciones entre la organización familiar y las labores del maíz en dos sentidos:

1. Algunos integrantes participan en las tareas del maíz desde los diferentes lugares y ocupaciones que cada uno realiza.
2. Otros integrantes cambian sus rutinas u opciones laborales para participar en ellas.

En el ámbito doméstico, las mujeres realizan primordialmente los trabajos de la casa y muchos más, entre ellos participan en las siembras, en las pizcas, desgranadas, selección de semillas, forman manojos con *totomoxtle*,⁹ llevan los tacos a los trabajadores en las parcelas, en las ventas de productos del traspatio, cosechas al menudeo, elaboración de tortillas, así como otros objetos varios, y todo lo referente a la preparación de alimentos.

En todas las casas, al menos una mujer está al frente de la misma, de los traspatios, de toda labor del maíz fuera de la parcela, y participa complementando los trabajos en ésta. Por supuesto son ellas las que cuidan a los niños, enseñan e integran a las actividades del maíz a cada una y uno de acuerdo con el sexo y la edad que le corresponde, para que lo aprendan y poco a poco lo puedan realizar de manera independiente.

⁹ *Totomoxtle* es el nombre en náhuatl de las hojas que cubren las mazorcas de maíz. En el campo se reconocen comúnmente de esta manera. Los manojos consisten en el acomodo de las hojas limpias formando una especie de capas para guardarlas o venderlas y usarlas como envolturas de tamales. En algunos lugares, como en Yecapixtla, y muchos otros lugares del país, se elaboran artesanías a partir de estas hojas.

Los niños aprenden desde la casa tareas de producción y acondicionamiento del maíz; yendo a las milpas aprenden a usar el machete, el azadón y poco a poco la yunta. Esta práctica se encuentra sostenida por conocimientos locales, adicionados de nuevas prácticas y de adecuaciones constantes a las condiciones y estrategias cambiantes. A veces también las niñas van al surco para ciertas actividades, así las conocen, las viven. Las niñas van aprendiendo a tortear y cocer tortillas, arreglar la casa y la visión y obligación de cuidado. Desgranar es tarea colectiva, la realizan los que están en la casa, y destinan tiempos de cada día para dicha tarea; durante ésta los hijos y nietos aprenden a seleccionar y cuidar la semilla para guardar y utilizar; también es un momento de convivencia. La transmisión de dichos conocimientos se da con el acompañamiento de menores y jóvenes a estas prácticas a lo largo de sus vidas, y los prepara para llevar a cabo las prácticas de manera independiente en el futuro.

Entonces, en las labores se forman habilidades, pero también valores con respecto al trabajo, a la alimentación y a los apegos. Esto implica reproducir los conocimientos pero también las diferencias, con todo su costo genérico de desvalorización y poder que existe en las unidades familiares con bases patriarcales.

El alimento es de elaboración y sabor a maíz, se trata de la tortillas de todos los días, además de todas las otras formas de consumo como tamales, atole, “gorditas”, que forman parte de la cotidianidad en la mesa y almuerzos en el campo; incluye desde el resguardo de la semilla, la preparación del nixtamal, las tortillas y demás alimentos, en el acompañamiento que el grano siempre tiene. Las mujeres resguardan la idea de calidad que sostiene el consumo de maíz propio, base importante del autoconsumo; es el “maíz que nos gusta”, dice la gente, “el de nuestro pueblo”.

La práctica de elaboración de tortillas, como labor conocida y prácticamente obligatoria de las mujeres, ha llevado a ponerla como opción económica; de manera que se ha instaurado, en especial en el pueblo de Santa Catarina Tepoztlán, pero sucede igual en los pueblos aledaños del mismo municipio de Tepoztlán, así como en otros, el vender masa y tortillas de mano o comal. La actividad representa en sí una de tantas maneras de

integración de la mujer a las actividades productivas remuneradas y su participación en la generación de ingresos económicos de la familia, que combina y acopla a sus rutinas diarias. Los puestos pueden estar en la misma entrada de su casa, en la esquina, en un negocio compartido en la carretera o en mercados cercanos, donde acuden a tiempos y destiempos. También pueden llevar la mercancía fuera de ese entorno, a distintos lugares de Cuernavaca, por ejemplo el tianguis, en los alrededores de escuelas grandes, en condominios habitacionales, etcétera. También se hacen tortillas para vender a las mismas familias de los pueblos, cuando las mujeres tienen otras ocupaciones, y con lo que tienen otra opción además de la compra en tortillerías. En épocas de secas, a veces, se observa a algunos productores ayudarles a sus esposas en la venta de tortillas de comal. Así, cada uno, desde su trabajo en la casa y en la parcela, realiza los trabajos del maíz a lo largo del año.

Por otro lado, las actividades fuera de la casa tienden a organizarse en función de los ciclos agrícolas del maíz. En vacaciones los hijos trabajan en los surcos. Los que salen a trabajar a otras partes del estado o del país lo hacen preferentemente después de sembrar y regresan a fin de año, para la cosecha además de regresar, por supuesto, a las fiestas del pueblo y de la familia. Cuando trabajan fuera del predio, pero cerca de la comunidad, acuden por tiempos y labores a dar seguimiento a la parcela, así pueden tener dos actividades simultáneamente y lo combinan, por ejemplo, con comercio o albañilería, ya que el maíz requiere menos atención que otros cultivos. Quienes deciden ir a trabajar a Estados Unidos, en general lo hacen cuando ya la combinación de actividades agrícolas no les permite obtener ganancias, quizá por pérdida en hortalizas, como con frecuencia sucede a los jitomateros; entonces se van a trabajar y regresan justo a invertir las ganancias obtenidas en el inicio del ciclo, y restablecer el equilibrio entre pérdidas y ganancias de maíz-hortalizas.

Es así como desde el ámbito doméstico se extienden los trabajos de cuidado para el sostenimiento de la casa, el alimento, el espacio de descanso, educación y arraigo, como base para las actividades productivas, tanto para adquirir fuerzas y recuperar

las pérdidas en parcelas, como para incursionar en el mercado, pasar los lapsos entre jornales, los regresos migratorios. Desde el hogar se establecen vínculos hacia los otros ámbitos, encimando, coordinando o empalmando los ritmos de la vida del ámbito doméstico, el ciclo agrícola, el escolar, los de trabajo de hijas, hijos, nueras, y todos los que se integran en algún momento a los procesos del maíz. Es innegable que el vínculo mujer-maíz construye un pivote importante en la coordinación de la organización familiar.

SEMBRAR, CONSUMIR, VENDER

El cultivo de maíz destinado para autoconsumo y los elementos complementarios son integrantes de la historia y de la cultura campesina, siguen constituyendo engranajes de la reproducción de las familias y pueblos, y se mantienen como procesos productivos importantes que definen la relación de la gente con su entorno, recursos y territorios con prácticas cotidianas, con la adquisición de experiencias y la transmisión de conocimientos.

Este grupo social a lo largo de su propia existencia se ha caracterizado por encargarse de producir su propio alimento, y en tanto la población rural crece y se urbaniza, ha cargado con la responsabilidad de surtir mercados locales y nacionales para hacer llegar alimentos a la población y a las agroindustrias. A lo largo de la historia del país y del estado, los maiceros también han sido los productores de alimentos de campesinos que se dedican a otros cultivos en Morelos, por ejemplo la caña de azúcar desde épocas coloniales, y para otras regiones y poblaciones urbanas.

En Morelos, prácticamente en todas las comunidades en donde se produce maíz, éste es consumido por las propias familias que lo cultivan, independientemente de que se venda o no. Este cultivo ha disminuido en los últimos años, al pasar de sembrarse en aproximadamente 55 mil hectáreas en 1980 a 29 mil en la actualidad (SIAP-Sagarpa, 2017), esto se debe, entre otras razones, a los usos hortícolas y a los cultivos comerciales, que frente al precio de venta del maíz prefieren cambiar, dado que el de

este último no resulta suficiente para pagar los gastos que se le invierten, con lo que las familias campesinas prefieren sembrar más bien para consumirlo.

Autoabasto y consumo

Es el autoconsumo, aunque en realidad el término de autoabasto es más claro, un destino generalizado del maíz, así como una de las razones mismas de su cultivo. La disminución de las superficies de Morelos se ha sucedido tendiendo a mantener el autoabasto de las familias productoras, en primera instancia, así como procurar el abastecimiento de la comunidad. Se reconoce que los campesinos han optado por fortalecer sus cultivos maiceros para garantizar el consumo familiar como respuesta a las difíciles condiciones económicas.

En los estudios locales hemos encontrado que el consumo de las familias, considerando un promedio de cinco personas, es equivalente a la cosecha entre una y dos hectárea. Este rango incluye los diversos usos que tiene el maíz, no sólo estaría contemplado el alimento de las personas, que según datos del Coneval (2012), en el medio rural es de 53.7 kilogramos de maíz por persona cada año, lo que equivale a 79.5 kilogramos de tortilla, y de acuerdo con los registros de caso el promedio es de una tonelada; sino también incluye el maíz que se usa para alimentar a los animales, como aves, puercos, becerros para engorda, animales de trabajo, lo cual es muy variable en las distintas temporadas del año, así como de casa a casa.

Por ejemplo, en Santo Domingo, Tepoztlán en 2010 se produjeron 302 175 toneladas, que para una población de 1 379 habitantes en familias de cinco integrantes cubrirían las 275.8 toneladas anuales que el consumo de maíz requeriría (Núñez, 2012). En la comunidad de El Rincón, Miacatlán, se reporta que el maíz y frijol representa el consumo total de maíz y 50 por ciento del ingreso de las familias, sembrado en parcelas de alrededor de una hectárea. Se usa para autoconsumo y se vende en la comunidad; los que siembran un poco más de una hectárea venden en tortillerías de las comunidades cercanas, como Palpan, El Paredón, Rancho Viejo (Gómez, 2013).

En general, en las comunidades maiceras estudiadas, hemos encontrado un patrón de producción de las unidades familiares, en donde la media productiva es el consumo familiar. Los que siembran entre una y dos hectáreas y obtienen entre una y tres toneladas, esto cubre su propio consumo eventualmente, es decir, consumen lo que cosechan; otras, que disponen de menos de una hectárea y por lo tanto cosechan menos de una tonelada de maíz, no alcanzan a cubrirlo, por lo que en primera instancia compran dentro de la comunidad, a lo largo del año, poco a poco, según las necesidades de compra y venta de cada familia. Esto puede hacerse porque también hay unidades de producción que cosechan más que su propio consumo y siembran más de dos hectáreas contemplando una escala mayor que el autoabasto, ya que saben que los propios vecinos y parientes del pueblo comprarán y preferirán el maíz de la comunidad, “maíz propio”, como le dicen. En todas las comunidades con las que se han tenido acercamientos, se nota que algunos productores ya no siembran maíz; en Ahuehuetzingo, Cuauhichinola, Coatetelco y Cuautlita —en el poniente— se calculó 12 por ciento (Guzmán, 2005); en Nepopualco entre 30 y 40 por ciento ya no siembran maíz al haber cambiado a nopal y otros cultivos (Mares, 2011); en Amatlán se contabilizó 31 por ciento (Román, 2013), y en Santo Domingo, 40 por ciento (Nuñez, 2012).

Las razones pueden ser diferentes, en general se asocian con el ciclo de vida de la unidad familiar, dado que algunas jóvenes tienen que trabajar fuera para costear los gastos de la casa o de los niños en etapa escolar; por ejemplo, en Santo Domingo, Tepoztlán, se registró la relación inversa entre estudio de los hijos y dedicación al maíz. Considerando que la asistencia de varios hijos en la educación básica requiere gastos, la opción agrícola de los jefes de familia tendía hacia cultivos hortícolas u otras actividades más remunerativas; en cambio, en unidades familiares con hijos más grandes que ya laboraban, los productores retomaban el cultivo del maíz como una opción más allá de las búsquedas económicas y en torno al autoconsumo (Nuñez, 2012). Pero cuando los hijos dejan la familia de origen, los padres son de edad avanzada y ya no cuentan con hijos que puedan ayudar, prefieren dejar de sembrar.

Algunas familias siembran sólo en pedacitos de terreno, en las orillas de los traspatios o casas, “para sacar aunque sea para elotes”. Por un lado se tiene un gran aprecio por comer elotes y productos elaborados con éstos en la primera temporada de cosecha, como atole, itacates, esquites, pan; por el otro, para no ser señalados por robo de mazorcas, para “mantener el honor”, como explican.

Esto sucede a la par de la siembra y venta de las unidades que pueden hacerlo a una escala mayor que el autoabasto, ya que saben que los propios vecinos y parientes del pueblo comprarán y preferirán el maíz de la comunidad, maíz propio. Así, los productores que tienen excedentes prefieren vender en las tortillerías de sus comunidades; así sucede, por ejemplo, en Ahuehuetzingo, Quilamula y El Rincón, que se encuentran en alguna medida alejadas de las plazas municipales. También en otras localidades en la región de producción de maíz pozolero, en Los Altos, como en Tlayacapan y Nepopualco.

A pesar de la disminución en la siembra, en las comunidades en que se siembra maíz existe una producción suficiente para el consumo de toda la población, pasando por los procesos de compra-venta intracomunitaria. Es decir, la media productiva comunitaria es el consumo familiar y el proceso que lo permite es el circuito corto y seguro, que da como resultado el autoconsumo comunitario y un acercamiento a la autosuficiencia alimentaria. Esto nos lleva a la idea de que la producción de maíz local se mantiene en la escala en que se resguarda la autosuficiencia en el nivel comunitario.

Ciertamente existen algunas en que ya no se siembra; por ejemplo, en San Juan Tepoztlán, las tierras de cultivo se encuentran alejadas del pueblo, se siembra muy poco y no alcanza a cubrir el autoconsumo, por lo que se ha optado por comprar el maíz en las comunidades cercanas de Tepoztlán. Ahí se dedican al cultivo de nopal, flores y frutos de temporada que las mujeres venden en distintas plazas del estado, por lo que algunas compran maíz y preparan tortillas de comal para vender a quienes regresan de las plazas. Así tienen maíz, si no del pueblo, sí cercano y tortillas como les gustan. Las ventas intercomunitarias también complementan cuando la autosuficiencia en la comunidad no lo cubre.

Alrededor de 80 por ciento de la producción comunitaria se consume y comercializa al interior de la misma, y los excedentes de algunos productores medianos, ciertamente los menos, se llevan a las plazas, a las ventas regionales, como los que venden a escalas mayores, que pueden llegar hasta 10 toneladas, fuera de la comunidad, a molinos, tortillerías, en las diferentes plazas de la región o en la central de abasto de Cuautla, donde los productores del norte del estado venden el maíz ancho o pozolero.

El autoconsumo del maíz implica la obtención de múltiples productos que tienen diversos usos en la unidad familiar, tales como las hojas, granos, tallos, mazorcas, para alimento de animales y de las personas. Con el grano se elaboran tortillas, gorditas, tamales, atoles, tlacoyos, que están presentes en la mesa diaria de las familias campesinas e incluso de algunas citadinas, pero también en las ceremonias, altares y fiestas. Por esto es que las familias campesinas prefieren seguir sembrando maíz, aunque sea en pequeñas cantidades: para tener acceso a todos estos productos que se irán utilizados a lo largo del año, cotidianamente o durante las fiestas. Las provisiones anuales consideran el maíz que se usará en las fiestas de cada pueblo, en las que cada familia tiene invitados, y también para algún festejo civil especial en el año. Desde el plan de siembra se considera si habrá consumo importante en los eventos del año, se busca que haya maíz suficiente y, quizá, que éste sea azul, que es muy apreciado en el caso. Asimismo, se espera contar con hoja suficiente para los tamales de la fiesta, como sucede en San Miguel Totolapan, donde se observa el almacenamiento de manojos de *totomoxtle*, ya que en la fiesta correspondiente la preparación de tamales es en gran escala.

Estos productos, son acompañados con múltiples productos que también forman parte del autoabasto, tales como frijoles, calabazas y chiles, en los espacios de las milpas; en ellas también se recogen quelites, en las orillas de las parcelas se tienen árboles frutales. Todo ello se complementa con productos que se recolectan en el monte y que también forman parte del alimento diario. En realidad, toda la gama de alimentos forma parte de un paisaje y complejo alimentario. El maíz no existe ni

funciona solo, siempre está acompañado en las siembras, como milpa, en los puestos de las plazas, siempre vinculado con una diversidad de variedades de frijol, chiles, hojas para tamal, guajes, etcétera (Guzmán y León, 2012) y, por supuesto, en la cocina y en las mesas para el alimento de la familia. Cuando hablamos de autosuficiencia, los datos se manejan en relación con el grano de maíz, pero en realidad éstos van junto a hierbas y frutos; hablamos de tortillas, pero éstas se consumen con guisados que contienen múltiples productos del campo y del traspatio, cultivados y recolectados.

Al autoabasto se añaden, entonces, los productos de la recolección y caza; en los alrededores de los pueblos, en los trayectos de éste hacia el campo, en las idas al monte para recolectar leña y como combustible complementario para el fogón diario. En las parcelas mismas se recolectan hierbas como hierbamora, pipiscas y diferentes tipos de quelites, estafiate, epazote, hongos en tiempo de lluvias, depende de cada región y clima, si hay suerte un ave, conejo o hasta un tlacuache. Esto se adquiere a pequeña escala, sobre todo porque los animales ya escasean, pero siguen figurando en los recuentos de los campesinos y en las dietas diarias de niños y adultos como fuentes de proteínas, calorías, vitaminas y minerales.

El entorno natural, sus elementos y ciclos, forma parte de los recursos que permiten a la familia campesina llevar a cabo actividades de recolección. El reconocimiento de plantas y animales representa parte del aprendizaje necesario de los niños y niñas para seguir vinculándose y realizando el conjunto de actividades en el campo. En realidad hay partes donde el monte está prácticamente desarbolado y sólo lo usan para llevar chivas y animales cuando hay retoño y buscar hierbas. Entonces, aunque son escasas las plantas y sobre todo la variedad que se colecta, son elementos que la gente platica, con que se cuentan en todas las casas, y se sabe en qué parte y épocas buscarlas; si es posible se posibilita su crecimiento con un poco de cuidado y agua.

Esta relación con las plantas del monte se vincula con los espacios de traspatio doméstico. En la Sierra de Huautla se considera que en estos huertos se reproducen plantas que algunas

veces ya escasean en el propio monte, y están presentes especies silvestres de árboles y otras (Morales, 2011); en zonas secas la diversidad es escasa, en zonas frías hay frutales, como en Los Altos. En todos estos casos la función es complemento alimenticio, pero de manera especial son multifuncionales. Los traspatios cumplen la función esencial de recreación cultural, son espacios de vida. En estos traspatios se tiene animales diversos, matas de chiles, plantas de ornato, hierbas medicinales y especias, distribuidas entre las áreas de servicios, como la pileta o tanque de agua, la estufa de leña, de descanso de animales de trabajo, de almacenamiento de aperos de trabajo de campo como arados, azadones, palas; incluso, allí se descansa después del trabajo y se hacen las reuniones familiares y reciben visitas. Aquí también se desgrana el maíz, se preparan los manojos, se despuntan los granos de maíz, se encostala la cosecha, se seca el frijol, se guarda el rastrojo.

Sobre milpas, diversidades y maíz nativo

La milpa como la denominación tradicional de la parcela de maíz, por lo general es un policultivo; es decir, la milpa es un sistema complejo, que mantiene sinergias entre sus distintos elementos —plantas cultivadas, arvenses— permitiendo características como tolerancia, protección, fijación de nutrientes y manejo de plagas (Caballero y Cortés, 2001; Eyzaguirre y Linares, 2004). Las plantas más comunes que se asocian al maíz son frijol, chile y calabaza. A lo largo de las milpas del país se presentan variaciones de acuerdo con las condiciones ecológicas, culturales y económicas; en general, mantienen el principio de la diversidad. Pueden llegar a tener muchas especies diferentes, como las de la región maya, que cuentan con más de 20 tipos de plantas cultivadas y arvenses para usos múltiples, alimenticios y otros en la misma parcela. Las milpas son sistemas vivos, dinámicos y adaptables a las situaciones particulares, y en la actualidad la diversidad tiene un abanico que va de policultivos múltiples a prácticamente monocultivos, de acuerdo con las necesidades, a los suelos, al mercado o el destino de sus ingredientes. Las prácticas

y contenidos se adaptan, van cambiando y lo siguen haciendo, pero parece que el frijol, junto con la calabaza y el chile, son los acompañantes más cercanos del maíz adoptando múltiples formas a lo largo de la heterogeneidad ecológica y cultural del país.

Si bien el cultivo de maíz se enfrenta a una crisis ante un mercado insuficiente y precios bajos, la producción para autoabasto de las familias campesinas de unidades productivas pequeñas, tradicionales, sin capacidad de inversión económica se ha mantenido por el aporte y seguridad alimenticia que representa. Se puede afirmar que el maíz y sus complementos se siembran porque se consumen —se comen y usan—, así como se venden. Producción, consumo y venta son tres elementos ensamblados que sostienen la milpa, que buscan la autosuficiencia alimentaria de maíz. La milpa incluye la diversidad en la parcela —y fuera de ella—, sostiene los principios campesinos de complementariedad y diversidad; por eso, aunque se transforme, siempre se encontrará la estrategia de adicionar diversidad en los bordes, entre surcos, entre temporadas, fuera de la parcela, para así aprovechar la tierra, el agua, el trabajo, la simultaneidad, que se asemeja a lo socialmente colectivo.

La milpa está en las lógicas que sostienen a las parcelas de maíz, al consumo de los complementos y la venta de los múltiples productos campesinos. En este conjunto de elementos —siembra, consumo, venta— se encuentra, en realidad, la diversidad de la milpa, las sinergias, los complementos y las búsquedas campesinas.

También se puede pensar a la milpa mucho más allá de las parcelas. Bartra (2014) la vislumbra como un paradigma de la vida y la organización campesina, sustentado en la estrategia de diversificación de cultivos, actividades, funcionalidades, participación social, en el aprovechamiento de las condiciones de cada región, con sus limitantes e incertidumbres ambientales; así como aprendizajes tecnológicos, innovaciones, organización y contracorriente al capital. Hacer milpa es hacer comunidad, organización, diversificar de manera holística, defender el principio del buen vivir.

El trabajo, como sentido de la vida y elemento de dignidad, atraviesa a la milpa, genera alimento y mucho más, con toda la

complejidad histórica y el arraigo vinculado a lo agrario y a la cotidianidad desplegada a través de éste. Las personas en el campo, mientras vayan a la milpa y puedan trabajar no son viejas: esto también plantea un contrasentido a la visión oficial etárea de la vejez y la vida. Así lo muestra la gente del campo, la que hace milpa.

La noción de milpa se asocia a la de maíz nativo o criollo por la práctica misma, más que por definición. Guardar y resguardar al maíz se hace con maíz nativo, ya que es del que se selecciona semilla, se guarda y se siembra en el ciclo siguiente, sin tener que comprarlo. Éste es conocido por los campesinos como criollo; se aprecia por el sabor que le da a los alimentos que se preparan, por la facilidad para tortear, porque tiene “olor a maíz”, según nos dicen. En efecto, en algunos lugares también se usan maíces híbridos, que se han integrado a las prácticas del nativo. En Morelos, tanto en el norte como en el sur, se encuentran maíces conocidos como criollos-híbridos, los cuales han sido adaptados a las condiciones del lugar y de manejo para guardar y usar las semillas año tras año; es decir, a partir de variedades mejoradas o híbridos, se fueron sembrando, seleccionando y resemebrando hasta lograr un maíz con cierta apariencia de híbrido, pero mejorado en su manejo. Entonces el “acriollamiento” y el uso de híbridos forma parte de los cambios, de las variaciones que se han dado dentro del maíz campesino. En el marco de la insistencia institucional de cambiar todas las semillas por híbridos, a lo largo de las décadas ha sucedido también lo contrario, los híbridos se integran a las semillas campesinas. Este proceso se da dentro del manejo campesino de selección en campo y en el momento de desgranar; a veces mezclan semillas de diferentes razas para sembrarlas en un mismo lote, o dar lugar al entrecruzamiento por la cercanía en las siembras de una variedad y otra, y continuar el proceso de selección. Se ha reconocido que los maíces criollos son poblaciones genéticamente dinámicas, ya que forman un todo heterogéneo y están constantemente en procesos de cambio como mecanismos permanentes de adaptación a las variabilidades climatológicas y a los distintos manejos, conservando la capacidad de adaptación ante las presiones de selección (Aceves *et al.*, 2002).

En este proceso de selección campesina, los productores van aplicando sus propios criterios de calidad, como decisiones que adoptan de acuerdo con experiencias y necesidades. Estos elementos han sido reconocidos incluso desde la investigación agronómica (Hellinn *et al.*, 2013; Fernández *et al.*, 2003), encontrando que esto hace posible incorporar elementos como beneficios y riesgos a las prácticas productivas, las cuales son de hecho procesos de innovación autóctona, como lo llaman Polanco y Flores (2008), que se recrean culturalmente en métodos de selección recurrente para lograr mejorías en rendimientos, tamaño de mazorca e incluso, en algunos casos, resistencia al acame. Pérez, Molina y Martínez (2002); Romero (2013); García *et al.* (2002); Coyoac *et al.* (2013); Fernández *et al.* (2003); Carballo y Hernández (s/f); Aceves *et al.* (2002), entre otros investigadores, muestran que la selección recurrente, como proceso de mejoramiento cíclico, es efectivo en la búsqueda de ventajas productivas en poblaciones de maíces. La selección campesina, año tras año, es una práctica recurrente, de experimentación campesina.

En las tierras morelenses no es fácil contabilizar cuánto maíz nativo se cultiva, dado que cada ciclo cambia, ante las decisiones en el conjunto de la estrategia. Si no se siembran otros cultivos, se aumenta el maíz; si se tienen recursos para arriesgar con cultivos comerciales, se restringe; las decisiones pueden variar, pero siempre se asocia al temporal. En Morelos, 85 por ciento de la superficie sembrada por este grano —nativo e híbridos— es cultivada en condiciones de temporal, en general en minifundios, con distintos niveles tecnológicos. En su trabajo se alternan y complementa la siembra con palo y con tractor, con agroquímicos y sin ellos, el trabajo familiar y el pago a jornaleros, las semillas locales con las variedades mejoradas. Se puede encontrar tanto maíz en pedacitos en huertas, traspatios, veredas, rincones, linderos, como organizando la estrategia familiar global, con particularidades de acuerdo con las regiones y comunidades. En este mosaico se resguarda el maíz nativo.

En todas las regiones se encuentran semillas locales; de hecho, generalmente se prefieren sembrar éstas. Se conocen con diferentes nombres de acuerdo con sus características: ancho, pepitilla, pinto, azul, en condiciones agroecológicas distintas. La

gama no es muy amplia frente a las casi 60 razas que se reconocen en el país (Kato *et al.*, 2009), pero sí es amplia su distribución en las tierras maiceras morelenses. Como todos los maíces nativos en el país, las razas actuales son producto de adaptaciones, experimentaciones en parcelas y domesticaciones dinámicas. Y éstos se han retomado para la liberación de otras variedades de maíces mejorados e híbridos por instituciones gubernamentales y académicas, así como agroempresas transnacionales, para buscar el mejoramiento de las variedades existentes, indagar sobre sus susceptibilidades de modificación y manejo diferente.

En Morelos se han llevado a cabo varias colectas en distintas regiones agroclimáticas; en la de 2010, realizada por INIFAP, se encontraron razas nativas: ancho, elotes occidentales, vandeño, elotes cónicos, tuxpeño, cónico, chalqueño, olotillo, pepitilla, arrocillo, bolita, cacahuacintle, ratón y palomero toluqueño, de éstos se reconocen diversas variedades. Los anchos, occidentales, vandeño y pepitilla, y diversos pigmentados, son los que se han encontrado con mayor presencia (Gobierno del Estado de Morelos, 2014). El maíz ancho, en su carácter de pozolero, tiene especial importancia, en la estrategia de las unidades familiares de las comunidades en donde se cultiva —en el norte del estado— como en la presencia en el mercado de dicha especialidad. Los otros, incluyendo los pigmentados, se utilizan más para consumo y en la venta de tortilla y antojitos.

La diversidad de las milpas en las distintas regiones de Morelos contiene, además de la integración de distintas razas de maíz, los complementos y lugares en que éstas se ubican.

Así, por ejemplo, en la Sierra de Huautla, al sur del estado, se reconocen distintos tipos de sembradíos de maíz, reconocidos en las comunidades todos como milpa: milpa tradicional, milpa de traspatio y milpa de maíz, que forman parte de un uso múltiple de los recursos naturales. La milpa tradicional se encuentra en las tierras encrespadas, pequeñas porciones de sembradíos en el monte rodeados de vegetación secundaria, se siembran con coa y se conforman con una gran diversidad de cultivos: jamaica, cacahuate, distintos tipos de frijol y calabazas; plantas arvenses tales como múltiples quelites, hierba limón y árboles tolerados: limón, anona, guamúchil, mango, entre otros,

que abarcan un abasto de productos medicinales, comestibles y de múltiples usos domésticos, así como nueve variedades de maíz criollo conocidos como blanco costeño, blanco cuaresmeño, amarillo, negro, rojo, pinto, pinto especial, blanco ancho, blanco arroceño. Las tierras se abren con roza y quema y se van rotando cada dos o tres años, para dejar descansar a la tierra y que vuelva a crecer el acahual. Las milpas de monocultivo se siembran de maíz nativo o híbrido, pero se busca mayor volumen de cosecha del grano para venderlo, por lo que se siembran casi en monocultivo y se riegan, por lo que tienen que estar ubicadas en terrenos planos con posibilidades de llevar agua. En los traspatios también se destinan espacios variables para sembrar maíz, entremezclados con la multiplicidad de usos y plantas del mismo; se conocen como milpas de traspatio, se siembran de maíz nativo y se destinan para el autoabasto. Tienen la función principal de resguardar la semilla; si las milpas del monte no se dan, siempre habrá en el patio para comer y guardar semilla, que por estar más cerca de los espacios de la casa se tienen bajo cuidado (Morales y Guzmán, 2015).

En el poniente del estado encontramos igualmente diferentes condiciones de cultivo, hay milpas de temporal y de riego. Por ejemplo, en las tierras secas y arenosas de Ahuehuetzingo y Coatetelco las parcelas de temporal contienen dos o tres variedades de maíz nativo; se aprovechan los quelites y verdolagas que crecen, los que serán consumidos por la familia, compartiendo espacios con parcelas de cacahuate. En Mazatepec, en las tierras de riego, el maíz se siembra junto con hortalizas para la venta como calabacita italiana y jitomate, en los bordes, intercalándolo entre las matas, para aprovechar tierra y agua. En ambos casos el maíz se usa primordialmente para el consumo familiar, mientras que el cacahuate y las hortalizas se venden a intermedios (Guzmán, 2005).

En el norponiente, Cuentepec, municipio de Temixco, el maíz que se siembra es la base de la alimentación, se cultivan variedades conocidas como tehuacán, sentle, rojo, blanco y negro, se siembran junto con diversos tipos de frijol: cacahuatillo, peruan, negro, mayo, y crecerán acompañados de pipiscas, quelites, quintoniles (Ortega, 2016). En la comunidad de El Rincón, el

maíz y frijol representa 50 por ciento del ingreso de las familias, sembrado en parcelas de alrededor de una hectárea, se usa para autoconsumo y para su venta en la comunidad; los que siembran un poco más de una hectárea venden en tortillerías de las comunidades cercanas, como Palpan, El Paredón, Rancho Viejo. Estas parcelas las combinan con ganado de pastoreo libre en el monte y siembra de agave que venden a destiladoras y para producción propia artesanal de mezcal para fiestas o consumo propio. El ganado lo venden en pie y para la producción de leche, algunos siembran un poco de sorgo para complementar la alimentación del ganado (Gómez, 2013). En Cuentepec las siembras se complementan con ganado que se tiene al libre pastoreo. Éste igualmente representa una actividad importante por las tierras de Mazatepec, la cual ciertamente ha disminuido por el cambio de uso del suelo y el abigoteo, lo que provoca que las familias prefieran tener sólo unas cuantas cabezas de ganado de engorda en temporadas cortas. Este cambio de opción va igualmente liberando tierras que se decide utilizarlas en cultivos comerciales, cuya adopción disminuye preferencias hacia el maíz para venta (Guzmán, 2005).

En el norte, en la región de Los Altos, se localizan municipios que tienen la mayor producción de maíz del estado, Yecapixtla y Ocuituco, aunque también Totolapan y Tepoztlán se han caracterizado como graneros de maíz nativo. La raza predominante es el ancho, tipo pozolero. Se siembra y selecciona para vender e integrarse a una ruta comercial a lo largo del país y fuera de él, ya que es una de las variedades con las que se prepara el pozole, guisado que es ampliamente consumido en México. Por supuesto que también se siembra para el consumo local. Los productores que siembran para vender separan los granos más grandes, que son los que tienen precios más altos, después de seleccionar éstos van separando por tamaños para vender a menores precios y para guardar para su propio consumo. El maíz ancho tiene un juego de diferentes aristas: por un lado tiene una venta segura con intermediarios en la central de abasto, que lo pagan en efectivo; entonces, se siembra con un interés comercial importante, además da lugar a la venta de manojos de *totomoxtles*, pero existe una dependencia del intermediarismo

(Guzmán y León, 2012). Por otro lado, sostener dicha comercialización igualmente viabiliza la continuidad del cultivo, y el cultivo complementario de otras plantas, como frijoles de distintos tipos, frutales, calabaza, incluso con otras variedades criollas, como el azul, pepitilla o blanco, así como la combinación con hortalizas que tienen mercados distintos, lo que da lugar a una estrategia diversificada. El interés de consumo de productos de calidad de las milpas es lo que justifica seguir sembrando, sin vender toda la producción a pesar de realizar las ventas de manera subordinada a los llamados “coyotes”.

En Coajomulco, localizado en una zona fría, en el municipio de Huitzilac, los rendimientos de maíz son muy bajos, entre 0.9 y 1.3 ton/ha. Se siembran principalmente las razas palomero, pepitilla y cacahuacintle. Si bien el maíz no es el cultivo preponderante, ya que se ha ido cambiando a la avena, en la milpa los surcos se alternan entre maíz-frijol, maíz-haba, maíz-calabaza y chile. Con esto se asegura la alimentación base consistente en tortillas, frijoles, habas, chiles y quelites (Gómez, 2017).

En el centro-norte del estado se encuentra el municipio de Yau-tepec; cuenta con zonas de riego y productores fuertemente vinculados con la agricultura comercial, ahí se combinan diversos cultivos de hortalizas y caña. Se tiene como eje el maíz híbrido; si bien el precio es bastante bajo (no más de tres mil pesos la tonelada de acuerdo con el año), se siembran tres o cuatro hectáreas y se complementa con otras actividades.

En Tepoztlán, colindando con estas tierras, se encuentran varias comunidades maiceras cuyas milpas tienen diversos formatos. En San Andrés de la Cal, por ejemplo, un grupo de productores decidieron sembrar maíz híbrido en agricultura de labranza-conservación, para vender a tortillerías, esto trajo un reajuste en la siembra de milpas con maíz nativo en pequeñas parcelas. En Santo Domingo la tendencia es mantener la diversificación de milpas, lo que ha permitido sostener una lógica de autoabasto tanto en la producción comunitaria como en el resguardo de semillas para siembra (Nuñez, 2012). Santa Catarina ha tenido una presión importante por la venta de terrenos para urbanización; sin embargo, se ha sostenido la siembra de maíz nativo y existe un grupo de viejos productores que lo está im-

pulsando y participa en programas de diferentes instituciones para sostener el maíz nativo y su cultivo de manera orgánica y agroecológica. La siembra de diferentes tipos de frijol es característica, como negro, vaquita, peruano, pero de manera especial se encuentra como un acompañante especial del maíz el frijol cuaresmeño, muy apreciado en la comunidad, que se siembra con el maíz y se cosecha hasta la cuaresma siguiente, cuando ya se acabaron los otros.

Esta rápida revisión de algunas características de las milpas de Morelos muestra similitudes y particularidades. Esta gama de prácticas y adaptaciones están sostenidas por las lógicas campesinas que la milpa lleva implícita, tales como la diversidad, el trabajo, ayuda mutua, experiencia, arraigo a la tierra, lo propio, alimento, organización familiar, vida cotidiana, preservación de prácticas y saberes agrícolas, costumbres, fiestas. Por eso persisten, a veces no dejan beneficio económico monetarizado, o las familias no lo buscan, pero saben que los sacan de apuros, que con el “maicito” se compensan, que al menos sale para comer y cubrir otras necesidades.

CAMPESINOS Y MERCADO CAPITALISTA

En el mercado capitalista se concreta la transferencia de valor al capital como elemento intrínseco de los grupos y el trabajo de los campesinos, esto se lleva a cabo, como se mencionó en el primer capítulo, en condiciones inequitativas y contradictorias entre la subordinación y la persistencia, siendo elementos de la reproducción y vigencia de los campesinos de hoy.

En las sociedades capitalistas actuales, el mercado rural conjuga vínculos entre la reproducción campesina y la reproducción capitalista, como una relación estructural que tiene manifestaciones a partir de las características particulares de los grupos campesinos. En dicho espacio se encuentran actores con orígenes, objetivos y formas de producciones diferentes y contradictorias, cuyas interacciones están entrelazadas por relaciones de poder, lo que configura un ámbito de negociación y confrontación entre diferentes actores de la sociedad quienes, a través de la compra y venta de productos agrícolas, realizan una parte de su propia reproducción social y ponen en juego la reproducción de las relaciones sociales.

Los productos campesinos confrontan las propias formas de producción y vida de los grupos sociales que los llevan al mercado, a las de otros actores. Esto significa la competencia de elementos como formas de producción y valorización que, sin negociarse en el mercado, se disputan en forma de los productos con otros completamente ajenos a la cultura campesina, provocando que en su conjunto, se definan ciertas maneras de ejercer las estrategias de reproducción.

Para los campesinos de Morelos, la participación en el mercado de productos agrícolas les ha permitido diversificar sus estrategias de reproducción y expandir las formas y posibilidades de ser campesino. De esta manera, se han insertado en una estructura, un armazón organizado para los intercambios comerciales, que al mismo tiempo sostiene diferentes tipos de prácticas productivas y de distribución (Mintz, 1982). Es decir, el mercado es mucho más que relaciones económicas y procesos en un solo sentido y objetivo; no hablamos del mercado como espacios puros ni de interacciones plenamente predecibles ni perfectas, sino de un sistema de relaciones sociales con múltiples espacios, actores y procesos, modalidades, nodos e intersticios, que se van acoplando y funcionando de acuerdo con el mismo sistema y estructura global, logrando ciertos niveles de ajuste de la misma.

Los mecanismos de mercado a los que se han insertado los campesinos de Morelos se constituyeron en el marco de la modernización del país a partir de la década de 1960, con las transformaciones tanto en la demanda de producción agrícola, como de la tecnología en la agricultura. Así correspondió a la necesidad de una sociedad de intercambiar productos y servicios entre regiones y grupos sociales. Dichos intercambios se han dado a distintas escalas y distancias, creando redes que dan forma al mercado particular como sistema económico concreto, el cual funciona mediante la generalización de precios que articulan las transacciones de todo tipo de bienes y servicios.

En el sistema capitalista, se visualiza a un mercado global como articulador de distintas formas productivas y a los sistemas sociales como subsistemas conformantes del todo, interconectando puntos lejanos y cercanos de producción y consumo como partes del contexto global (Alarcón, 2008).

Lo que articula formal y económicamente al mercado son múltiples ofertas y demandas, de tal manera que los precios se convierten en el elemento formal que reconoce al mercado como proceso institucionalizado (Polanyi, 1974). Entonces, la participación de distintos actores en el mercado significa participar en el sistema de generación de precios, desde las regiones de producción y concurrencia de productos, con todas las diferencias que puedan existir.

Hoy día, hablar de mercado es hacer referencia a la economía mundial, ámbito último en que se conforma el mercado como ente de reproducción del sistema económico capitalista, al dar lugar a los procesos de acumulación de capital con interacciones de regiones, nichos y actores en su extensión global. Este mercado es en sí un ensamblaje que desde el lado de los diferentes países, pueblos y grupos sociales, los absorbe e integra en distintas escalas e intensidades. En éste se encuentran vinculados desde Estados hasta individuos.

El análisis del mercado también implica reconocer las dinámicas actuales de las estrategias campesinas, dado que esta perspectiva reconoce la absorción de economías no capitalistas; es decir, el mercado como sistema no sólo incluye, sino que relaciona y confronta distintos modos de producción, nuevas formas de vida, de producción, consumo e intercambio. Es más, el mismo sistema se sustenta en redes complejas que cruzan múltiples formas de organización, de producción y vida, no necesariamente capitalistas.

Para los pequeños productores morelenses la comercialización es un gran nudo, ya que en ella radica una buena parte del riesgo que les implica el cultivo, al tener que enfrentarse a un mercado con precios muy variables, sin posibilidad de definirlos. Las fluctuaciones de los precios agrícolas se originan en la concurrencia de oferta de productos, en los ámbitos nacional e internacional. Esto hace que los productos pagados en la misma región con destino nacional sean marcados por las dinámicas de sobreproducción, siniestros, entradas o salidas de productos en los límites territoriales y en las fronteras internacionales.

En la definición de los precios la participación de las diferentes regiones es fundamental. Así que de las pérdidas en la producción de una región se beneficiará en la comercialización otra que comparta el mismo tiempo en el mercado. Asimismo, problemas en la exportación de unas regiones perjudicarán a otras, ya que implica saturar el mercado nacional con productos de primera calidad, y el precio tendería a disminuir. En este sentido, para los productos de Morelos, si bien se destinan al mercado nacional en general, la definición de los precios dependen de los resultados de las ventas en la frontera, lo que subordina las multitudes de ofertas nacionales.

Ante esto, los pequeños productores utilizan mecanismos para defenderse ante las fluctuaciones de las demandas y precios en el mercado, garantizar mejores pagas a sus cosechas y no perder los recursos y el trabajo invertido; así, ponen en juego un conjunto de elementos, algunos en el terreno de la producción, otros en la organización familiar, en las redes de parentesco, así como meramente en los mecanismos de comercialización; no obstante, lo importante es la conjunción y complemento de todos estos elementos.

Si bien la estructura de mercado es, o aparece como aplastante, también se tiene que reconocer el carácter estructurante de las acciones y cambios de los elementos articulados, de las culturas y procesos que incluye y lo conforman. Es decir, en términos de Manzano (2009), no se puede separar al sistema que funciona, los objetos que construye y las acciones que le dan lugar, es decir, el cómo se construye.

La paradoja mayor del propio sistema de mercado, o de dicha flexibilidad, es que para su reproducción, a pesar de tender a homogeneizar las múltiples formas sociales que integra y a la mundialización de determinadas formas culturales, da lugar a la persistencia, reforzamiento y recreación de las culturas locales, de la heterogeneidad y diversidad, constituyendo parte de la replicación del propio sistema.

En Morelos la particularidad productiva es la especialización campesina, denominada en un inicio del análisis como “especialización diversificada”, y la diversidad productiva. En estas estrategias distintas las unidades familiares campesinas vuelcan los recursos a la producción agrícola comercial sosteniendo la producción de maíz, la cual les permite la seguridad de alimentación y venta de un producto seguro.

La comercialización de hortalizas y otros productos como sorgo, cacahuete, caña o arroz, implica relaciones sociales construidas por productores y múltiples agentes comerciales, con opciones particulares que construyen escenarios de transacción. En general, estos escenarios muestran la vulnerabilidad para los productores en tanto no tienen manera de garantizar espacios de una negociación participativa y menos para la fijación de precios, pues no cuentan siquiera con la garantía de un pre-

cio favorable. Ante esto los campesinos han aprendido a configurar distintas opciones para lograr los resultados menos adversos. Ello va desde la calidad del producto que debe adecuarse de la mejor manera a las condiciones establecidas, al mismo tiempo que consideran distintas posibilidades de venta y, de acuerdo con el escenario de comercialización existente (precios inmediatos, información sobre las tendencias), definirán de qué manera colocar su mercancía en el momento y canal que más les convenga. Las opciones de comercialización se restringen o se amplían de acuerdo con los precios, participación de intermediarios, abriéndose las posibilidades de venta y ganancia si el precio es alto.

Entonces, desde sus particularidades participan y se articulan al funcionamiento y estructura global, al reconocer que el aparato los subsume; esto vierte importancia y objetivos para sí.

El mercado en el nivel nacional ha estado caracterizado por la existencia de grupos hegemónicos de control de la compra y abasto de la producción y consumo. Éstos generan ciertos tipos de relaciones mercantiles en las que los campesinos no tienen capacidad de negociar las condiciones de comercialización de sus productos, ni en términos de la calidad, ni del precio de venta, centralizando de esta manera las transacciones en el ámbito nacional.

Ante cualquier escenario, los productores requieren contar con un conjunto de relaciones establecidas con diferentes agentes de comercialización y mantenerse actualizados constantemente de los movimientos, cambios y tendencias existentes, a través de estos canales o de acuerdo con la información de otros productores. Es necesario conocer el precio al que se paga en los distintos puntos de venta. De acuerdo con las condiciones de su propia cosecha, consideran los márgenes de precios existentes y sus tendencias, cuando es posible, dentro de la incertidumbre e impredecibilidad, y definen al comprador más adecuado.

Los productores morelenses han aprendido que frente a la comercialización de productos perecederos, como hortalizas y frutas, lo adecuado no siempre es buscar el precio más alto, a veces es preferible:

1. La venta inmediata a cualquier precio, aun bajo, si requieren el dinero (que también es una manera de asegurar la venta).
2. Vender la mayor cantidad de producción cuando el precio es suficientemente alto para obtener ganancias sin seleccionar y venderlo a granel.
3. Vender seguro en cualquier momento, aunque no sea inmediato, si ya tiene el producto y el precio va bajando.

La comercialización de hortalizas ha ido pasando de la concentración monopólica de la central de abastos de la Ciudad de México a un sistema más variado y complejo, formado por comerciantes y acaparadores de distintas partes de la república que ya no pasan por dicha central, aunque siga teniendo preponderancia, especialmente en etapas clave como la fijación de precios. Esta diversificación de posibilidades está vinculada a las políticas neoliberales y la apertura del mercado, que ha implicado también la ampliación y movilidad de las zonas de producción de hortalizas y de centros de acopio, lo que ya no sólo se da en las grandes zonas productoras. Actualmente dicha centralización se ha flexibilizado, pero no el control de los mecanismos de comercialización, el cual en buena medida depende del control y fijación de precio de los resultados en las grandes zonas productoras, como Sinaloa y el Bajío.

Este marco establece fluctuaciones permanentes. Por un lado, las normas de calidad de los productos y los precios, que obligan a los campesinos a cambiar y adecuar la estrategia elegida de comercialización, como en la producción, a lo largo del ciclo y en el siguiente. La calidad exigida para pagar las cosechas lleva a los productores al uso indiscriminado de los múltiples agroquímicos, así como a la actualización con las innovaciones de productos que surgen a la par de las exigencias, gustos y preferencias del mercado. Por otro lado, los precios a los que son compradas sus cosechas, no sólo son regidos por factores ajenos a los productores e incluso a las condiciones de la región, sino también cambian de un momento a otro, incluso de manera brusca.

Acorde con el panorama del momento y al precio, los productores elegirán a quién, el cómo y el cuándo vender, en tanto

reconozcan la trama de agentes a lo largo de la comercialización, quienes van participando en diferentes formas hasta llegar la producción a manos de los grandes mayoristas. Fleteros, tráileros foráneos, compradores-revendedores locales, intermediarios regionales, bodegueros en la Ciudad de México, en realidad, son el final de una trama compleja de agentes que participan en el proceso productivo.

La manera en que los productores se relacionen con dichos mecanismos del mercado significará la posibilidad de vender o de no poder hacerlo. Esto último implicaría que se pierda toda la inversión realizada durante el ciclo productivo, con consecuencias graves en la estabilidad económica y la subsistencia inmediata de la unidad familiar. Cada elección representa condiciones económicas y productivas, es la gran diversidad de productores y agentes de las cadenas comerciales en general, compartiendo un mismo mercado para resolver cada uno su reproducción hasta diferentes niveles de acumulación.

Para que los pequeños productores campesinos puedan participar en el mercado y desplegar las estrategias mencionadas, tienen que echar mano, igualmente, de aprendizajes y redes en los costados del mercado; es decir, mecanismos no mercantiles de tipo parentales, comunitarios y familiares, que pueden ser, por ejemplo, préstamos, trabajo conjunto, formas laborales propias, alternancia en el uso de recursos, de acuerdo con la costumbre y modalidades locales. Estas formas pueden estar fuera formalmente del mercado o incluidas en éste. Siguiendo a Polanyi (1974), decimos que el mercado tiene incrustado y enredado, un costado subjetivo en forma de economía empírica, no institucionalizada. Las pautas de este elemento se encuentran en una concepción distinta de las relaciones sociales, ya que no corresponden necesariamente a la perspectiva de la dinámica económica, sino a la reciprocidad, redistribución e intercambio.

Así, en las prácticas actuales puede distinguirse que las dinámicas campesinas, en el seno de las relaciones familiares y comunitarias contienen reciprocidades, como vínculos subjetivos, simétricos socialmente; intercambios que hacen referencia a movimientos de redistribución hacia un centro y luego hacia el exterior, en un sentido y en el contrario. Estas dinámicas sub-

jetivas se dan sobre la base de las interacciones sociales, organizaciones de individuos, procesos de negociaciones estructuradas que trascienden los intercambios empíricos, pero con distintas pautas al sistema de mercado.

Para afianzar las prácticas productivas y las comerciales de los campesinos, se ha observado que en Morelos los grupos familiares despliegan relaciones con sus congéneres que les permitan tener las mejores condiciones para poder competir en el mercado en el momento de tener las cosechas. Los diferentes tipos de relaciones son para la producción, para el trabajo y para la comercialización misma.

En el terreno de la producción, para cultivar cada ciclo, los productores buscan las tierras adecuadas a sus decisiones, lo cual no se queda en las parcelas propias, sino que se dinamizan diversas formas de arreglos de arrendamiento, préstamos, mediería para hacer uso de la tierra. Esto depende de las relaciones que se tengan con los poseedores de las tierras, bien pueden ser parientes, tener deudas o hacer convenios en donde la búsqueda es la menor inversión económica, en el terreno más adecuado al cultivo o cultivos que se llevarán a cabo.

Para producir, igualmente se requiere hacer inversiones, que a veces los productores no tienen en el momento justo; para esto existen tres formas posibles: endeudarse con usureros que hoy son bastante comunes en sistemas de pagos en tiendas comerciales, arreglar una estrategia propia de cultivos y actividades escalonadas para obtener ingresos y lograr inversiones subsecuentes y acudir a sistemas de préstamos familiares, quizá con acuerdos en términos de intercambios de favores. Para cualquiera de estas opciones se requiere contar con redes sociales de apoyo, dinámicas y que fluyan en distintos sentidos, para los momentos en que cada productor o familia lo requiera.

El tema de la adquisición de insumos también requiere echar mano de algunas prácticas no comerciales. En general, las tiendas de agroquímicos son las que aprovisionan de agroquímicos a los productores, los recomiendan, venden, asesoran y proponen nuevos. Esto ha creado el manejo de una gran gama de productos que los campesinos van agregando a sus bodegas y a sus acervos. Por un lado, han aprendido que los comerciantes

suelen hacer parcelas demostrativas, y hoy en día también procesos de validación de tecnologías en las parcelas de los campesinos, por lo que han aprendido a mantener buenas relaciones con ellos para conseguir aplicaciones sin costo, bajos precios, promociones, etcétera. Igualmente, algunos agroquímicos los pueden recibir por la vía de los programas gubernamentales, fertilizantes para maíz, de manera que lo que obtienen para un cultivo, lo utilizan para otro. Últimamente reconocemos búsquedas de los productores por utilizar nuevos productos no tan contaminantes, combinando algunos productos orgánicos, lo que requiere nuevas redes de información y de vendedores diferentes a los habituales, mismas que están aprendiendo a tejer.

Las relaciones laborales son también un aspecto que mezcla múltiples elementos no comerciales, generando relaciones particulares tanto entre las familias y productores, como entre productores y jornaleros. En cuestión de trabajo, en las comunidades aún existen formas colectivas o mutuas que propician ayuda y reciprocidad. En Morelos el trabajo colectivo existe como obligación civil ante obras requeridas por las ayudantías municipales, la gente las considera importantes para el bienestar de los pueblos y acude con convicción. En el trabajo agrícola ya no existe de manera organizada ni amplia, pero sí es común y necesario en términos de tratos personales, en modalidades de “mano vuelta”, con nombres y particularidades en cada región, pero en momentos de trabajos importantes o urgentes se solicita ayuda a otra persona, la que se retribuirá igualmente con trabajo en otro momento. Esto entra en la categoría de dones, en término de reciprocidades (Castaingts, 2004). También existe la modalidad de contratar a parientes o amigos cuando ellos lo requieren; se tienen labores específicas para realizar estos tratos, lo cual refuerza los lazos y la ayuda económica, en lugar de realizarlo con personas ajenas.

Una relación particular es la que en las zonas de cultivos comerciales se da con el contrato de jornaleros migrantes. Tales cultivos requieren en ciertos periodos trabajo intensivo, por lo que desde hace varias décadas se han establecido flujos de trabajadores provenientes de zonas marginadas de los estados de Oaxaca y Guerrero, principalmente, para contratarse en la zafra de la caña

en Tlalquitenango y Jojutla, hortalizas en Los Altos, ejote y cebolla en Ayala, el angú en Puente de Ixtla, fresa en Yautepec, jitomate en Coatlán y Mazatepec y diversos cultivos en menor escala en otros municipios. Los pequeños productores son los patrones de los jornaleros, y en sus estancias temporales o en algunos casos ya establecimientos permanentes, fundan vínculos particulares. Si bien existen claras marcas culturales, étnicas y económicas que constituyen vínculos subordinados, con elementos discriminatorios para los jornaleros, también se dan solidaridades prestándoles un terreno para establecer familia y vivienda, preferencias en contratos por recurrencias en las visitas laborales, amistades, compadrazgos y relaciones en general más cercanas que las de los vínculos entre empresas-jornaleros. Reconociendo lo imprescindible de esta mano de obra, se vuelven parte de un eslabón, si bien subordinando, necesario para la multiactividad y participación en el mercado de los productores del estado de Morelos.

En cuanto a la comercialización, además de las opciones que mencionamos anteriormente sobre diferentes agentes comerciales, agregaríamos que los productores de cualquiera de los cultivos a los que se dediquen, de manera permanente requieren mantenerse actualizados sobre los movimientos de los mismos en el mercado, demandas, normas de calidad, trucos para vender, precios, agentes. Para esto deben estar comunicados, no sólo con las cadenas comerciales, sino con los propios productores de su localidad y región, lo cual logran, en buena medida, a través de los espacios festivos y de convivencia, sean los cotidianos como visitas a compadres, amigos, como de manera más importante en fiestas y ferias que de manera constante existen entre días de santos patronos, son visitas intercomunitarias que cumplen con la función de mantener flujos de comunicación.

Estas prácticas combinan elementos subjetivos, dones, vínculos comunitarios e intereses comerciales. Mezclas o hibridaciones que forman mosaicos que dan márgenes de seguridad dentro de la vulnerabilidad que la subordinación en las redes comerciales les genera al competir. Son redes que permiten sostener en el nivel de unidades productivas la multiactividad, los riesgos de la comercialización y los vínculos parentales y de amistad.

Por supuesto que estos mecanismos incluyen la producción y comercialización del maíz. Por un lado, como ya se mencionó, permiten sostener la multiactividad, es decir, la combinación de producción para el mercado y para el autoconsumo. Pero en esencia la producción del maíz, aunque sea sembrada para vender, sigue cumpliendo las funciones en la articuladoción de la estrategia, vínculos con los arraigos agrarios, con la alimentación familiar, los sentidos de calidad de los alimentos y los aprecio locales al grano.

En las distintas regiones morelenses se produce maíz ancho o pozolero, y otros maíces nativos, los cuales tienen mercados específicos para la elaboración de pozole, que traspasa los límites estatales, y mercados de especialidad para la elaboración de antojitos, al mismo tiempo que sostiene una vida en términos campesinos organizada por los propios procesos del maíz.

De manera local, los distintos tipos de maíz morelense tienen diferentes formas de venta en vías de comercialización contrastantes; por un lado, existen las plazas campesinas y, por el otro, las centrales de abasto dominadas por los acaparadores, pero que no están completamente separadas, al tener articulaciones en las formas de producción y en las plazas mismas.

Para la venta regional existen las plazas que en general se ubican en las cabeceras municipales, son los tianguis semanales de productos varios: en Los Altos de Morelos se ubican en Tepoztlán, Tlayacapan, Totolapan y Yecapixtla; también los hay en Cautla, Zacualpan, al oriente; Xoxocotla al surponiente, y en otros pueblos. Estas plazas cuentan con espacios de comercialización de diferentes productos campesinos. Por supuesto que cada plaza merece un estudio particular, al tener especificidades de acuerdo con la historia, usos del espacio, diversidades estacionales, confluencias de productores y compradores actuales.

Los productos más importantes de estos tianguis son el maíz y el frijol, que se acompañan de una gama amplia de productos destinados principalmente a la alimentación. Estos productos provienen de las milpas, los traspatios o la recolección en el monte. Así, se encuentran puestos que ofrecen distintos tipos de granos de maíz: en el norte, criollo ancho o pozolero seleccionado en tres tamaños y colores blanco y azul, así como en las otras

plazas, azul, pepitilla, pinto, amarillo, rojo, criollo-híbrido, híbrido, los que, al igual que en las milpas de las diferentes comunidades, comparten espacio con variedades de frijol. En estos tianguis se ofrecen otros productos, como hojas de maíz o *totomoxtles* preparadas para utilizarse en la elaboración de tamales, maíces para semilla o para adornar altares, calabazas, miel de abeja, garbanzos, entre otros productos. En las plazas o tianguis, dentro del grupo de puestos de productos campesinos, se encuentran los que ofrecen, por temporadas, productos como ciruelas, nopales picados, limones, granadas, huevos de gallina, cacahuates asados o cocidos, guajes, tamarindos, chiles, dulces de amaranto, elotes asados o hervidos, tortillas hechas en comal, duraznos, quelites, chilacayotes, rabanitos, flor de calabaza, ajos, plantas de macetas y flores ornamentales.

Existen algunos puestos fijos, con vendedores que ya se han establecido y se dedican a la venta permanentemente, así como en los puestos temporales. Se observa que mayoritariamente las personas grandes atienden los puestos familiares. Estos productos y las temporadas en que se ofrecen reflejan los productos de consumo de las familias campesinas en las comunidades de Morelos; muestran la persistencia de prácticas agrícolas y alimentación basadas en el arraigo, la tradición, el gusto local, elementos que pueden ser reproducidos por la oferta regional que permite el acceso a una población que gusta de ellos y no siempre los produce. De esta manera, el proceso de producción-recolección/comercialización/abasto es una tríada inseparable y necesaria en la alimentación y reproducción campesina.

Es de notar que estos puestos en las plazas están en permanente tensión con los puestos del mercado, los cuales venden todo tipo de mercancías, provenientes de diferentes partes del estado y de otros lugares del país. Productos agrícolas que forman parte de las redes nacionales de acopio y distribución, así como de compras directas de frutas y hortalizas de otros estados. Los puestos campesinos no tienen lugares fijos y tienden a disminuir, a ser marginados frente a dinámicas comerciales ampliadas por otras redes.

De manera paralela existen en la región dos grandes centros de acopio para la venta de maíz. Ahí, en el transcurso de la sema-

na se venden y compran los productos de las cosechas de la temporada (jitomate, pepino, cebolla, tomate verde, etcétera), y el domingo, desde muy temprano en la mañana llegan productores con sus cosechas de maíz a venderlas. En la plaza se encuentran desde productores que llevan varias toneladas de maíz para venderlas hasta aquellos que llevan uno o dos costales solamente; se da la venta a gran escala (la cosecha completa), por costales o por cuartillos; se vende maíz pozolero clasificado en tres tamaños diferentes o sin clasificar; maíz azul, maíz criollo y descabezado, que es el que alcanza mayor precio, cada uno a diferentes precios por sus calidades diferenciadas que se destinarán a usos múltiples; también se ofrecen manojos de *toto-moxtles* en paquetes grandes de 100 o de tres a cuatro manojos.

El encuentro de compradores es amplio, los más notorios son los grandes acaparadores que desde el fondo de la plaza dominan la compra de maíz, cuentan con varios empleados que están completando, acomodando y cosiendo los costales del maíz comprado, mientras otros encargados compran, supervisan y registran lo comprado. Traen tráileres para cargar los costales adquiridos y transportarlo a su bodega. En el resto de la plaza se distribuyen vendedores a los que acuden compradores que se llevan costales para reventa a pequeña escala en otras tiendas o mercados de los pueblos, o para el propio consumo de varios meses eligiendo entre los diferentes tipos de maíz, según el uso destinado. Los precios de las diferentes calidades definidas por tamaños de los granos, y si están descabezados o no, es fijado por los grandes acaparadores. Algunos compradores van adquiriendo costales, acudiendo y comprando cada domingo, especialmente en las temporadas en que el precio es más bajo, cuando recién acaba de pasar la cosecha, para después, en mayo o junio que el precio es más alto, venderlo a los grandes acaparadores y obtener ganancia.

A final de cuentas, una parte importante del trabajo, recursos y maíz es canalizada hacia los acaparadores, pasando por una cadena de productores-jornaleros, intermediarios a diferentes escalas; posteriormente se vinculará con la red de distribución hasta llegar a los consumidores finales que seguramente se encontrarán lejanos de la procedencia del maíz. De manera para-

lela a estos centros de acopio, pero entrelazada, se encuentran diversos vendedores en redes libres que, en general, llegan de fuera de Morelos a ofrecer sus productos. Esto se complementa con la compra que diversas personas en mercados de pueblos aledaños, para después vender en alguna plaza de Morelos, para complementar su producción y ofrecer mercancías variadas. Así, las redes de venta y compra del maíz entrelazan distintos espacios físicos, centros de acopio, tianguis, como vendedores libres, lo que implica redes de relaciones de actores que muestran la predominancia de dos procesos contradictorios pero complementarios en su reproducción: la permanencia campesina y el acaparamiento del grano.

Así, la comercialización de productos agrícolas, tanto en los tianguis, centros de acopio, como en las redes de venta, articulan un conjunto de relaciones de actores de distintos tipos y permiten espacios de encuentro y negociación que dan lugar a la reproducción de los distintos actores, de sus formas de producción, de intercambio y de vida; es decir, el proceso de comercialización representa la participación en el ámbito externo que supera los marcos de la familia y lo campesino, lo que constituye una manera particular del espacio público.

En esta dinámica compleja, el precio como aglutinador y dinamizador funciona como la proporción cuantitativa que permite el intercambio entre bienes de distintas clases (Polanyi, 1974). Si bien los precios dan lugar a la articulación de la equivalencia económica, también va más allá, ya que las multitudes de ofertas y demandas que participan en el mercado exponen, en el mecanismo mismo, sus subjetividades y valores sobre el maíz, es decir, en general, sus propias realidades culturales, así como sus diferencias, y es a través de ellas que participan en el mercado y se insertan subordinadamente a la ganancia de los acaparadores.

El sistema de mercado es un mecanismo de integración de heterogeneidades culturales. Esta integración tiene distintas perspectivas: una es espacial o interespacial, y la otra horizontal y vertical. Estas perspectivas, en realidad son más que eso al formar subsistemas o sistemas locales de mercado con mecanismos propios que, a su vez, terminan ensartándose en la estructura global, pero de maneras y caminos específicos. Así, la integra-

ción espacial acercará y propiciará intercambios de distinta índole entre las localidades y regiones, mientras que lo característico de los intercambios horizontales y verticales se refiere a la equivalencia o a la desigualdad. El primer tipo refiere las interacciones entre grupos social y culturalmente equivalentes para consumos campesinos del maíz, los verticales hablan de intercambios desiguales e inequitativos, que involucra a actores con orígenes socioculturales y económicos diferentes, que en este caso toma la figura de intermediarios y acaparadores que movilizan el maíz pozolero de las localidades a las centrales de abasto regionales, nacionales e incluso mundiales.

Esta perspectiva nos acerca a la visión de Long (1994), sobre el análisis centrado en el actor, que considera en primer lugar que los procesos de mercantilización transgreden, o presumiblemente configuran las vidas cotidianas y las estrategias de diversos actores económicos, pero que busca trascender la interpretación desde el poder rescatando las participaciones, el valor y fuerza transformadora de las negociaciones que los actores realizan en el marco de la estructura, a través de las cuales los sujetos obtienen beneficios relevantes para sí, que en términos de la reproducción campesina podemos decir que la fortalece, en tanto el mercado se vislumbra como el ente a través del cual se puede obtener ingresos económicos, que complementan los componentes no mercantiles de la estrategia campesina.

De esta manera, se plantea que los actores, en este caso los campesinos, cuentan con espacios de maniobra para las negociaciones mercantiles fundados en sus propios espacios y relaciones, construyen posibilidades de impulsar sus propios objetivos e incluso de defenderse ante las incertidumbres de los precios, los riesgos de la desigualdad o inequidad y la subordinación en el sistema. Esto mezcla redes, alianzas, solidaridades propias y fundadas en los valores culturales anteriores o precedentes a los procesos mercantiles.

Entonces, podemos decir que el sistema de mercado se encuentra apoyado en las acciones, organizaciones y culturas de la diversidad de individuos y grupos sociales, pero éstas no son suficientes para dinamizar los intercambios necesarios y existentes hoy en día; es decir, el mercado se funda en los actos de

intercambios empíricos, pero asimismo y fundamentalmente, en la trascendencia de éstos.

Desde otra perspectiva, la actividad agrícola comercial se integra y aporta al proceso de acumulación general de capital, contribuyendo a un modelo de desarrollo capitalista, que al mismo tiempo que transforma a los propios campesinos, ellos configuran un modelo de desarrollo campesino caracterizado por las formas particulares del trabajo familiar y no familiar, conocimientos y aprendizaje desde la práctica, maneras particulares de negociación con parientes, autoridades y funcionarios, tierras en minifundio y temporal.

De acuerdo con el paradigma del mercado y a la lógica neoliberal que actualmente rige su funcionamiento, la capacidad de capitalización es la base de la obtención de altos rendimientos y la eficiencia productiva es requisito para la participación en el mismo. Ante esto, la participación de los campesinos morelenses en el mercado debería implicar capitalización y especialización tecnológica en el sentido de la modernización agrícola, con la consecuente eliminación de la agricultura campesina, por no ser competitiva para el mercado. Pero como se ha visto, la realidad morelense muestra campesinos que desde una condición histórica marcada por una situación de vulnerabilidad social y económica ajena a la capacidad de capitalización de sus unidades productivas, participan, compiten y ganan en el mercado.

Estos campesinos temporaleros se insertan en el mercado para mejorar su condición de vida de una manera propia, contra toda lógica neoliberal, para lo que han tenido que recuperar conocimientos ancestrales, adaptaciones al medio, una forma campesina de producir esencialmente diversa, con herramientas como la experiencia y la innovación, el trabajo familiar, inventando una estrategia campesina competitiva frente al mercado. Ganar significa prever, defenderse o recuperarse del riesgo de perder, lo cual se logra mediante el uso de los principios campesinos de su estrategia, diversificando cultivos, complementando objetivos, optimizando recursos.

Es decir, la ganancia en el mercado capitalista es sostenida y garantizada por la lógica campesina de subsistencia, sostenida por gente ligada a la tierra, al clima, al temporal, con una histo-

ria profunda que va cambiando en un país y mundo incierto, cuyas estrategias buscan el cambio a través de una cultura propia, construyendo estrategias campesinas particulares e irrepetibles.

Entonces, a pesar de que estos productores recrean transformaciones importantes en los niveles particular y regional, no pueden dejar de producir, vivir y reproducir la forma campesina, dado que en ésta se encuentran igualmente pautas para enfrentar la situación de vulnerabilidad estructural. Esto es, las transformaciones que ellos protagonizan no rompen las relaciones sociales estructurales, sino que se dan en el marco de éstas, y mantener las lógicas y características campesinas les permite no desaparecer como grupo al formar parte del propio sistema. Así, ser campesino se convierte en una necesidad que da lugar al mejoramiento de las condiciones de vida, la persistencia en permanente cambio y a la invención e innovación económica, social y tecnológica.

Para los campesinos morelenses insertarse en el mercado les significa direccionar sus decisiones y acciones con intencionalidades definidas. Dentro del engranaje del sistema, de los distintos vericuetos de las redes de comercialización, de los subsistemas del propio sistema, de la intervención estatal o no, de la modernización de la agricultura y la adaptación y la negociación, se encuentran los actores desde la perspectiva de Long (1994).

En este espacio se generan procesos que los individuos, grupos, organizaciones y comunidades encaminan hacia la resolución de problemas inmediatos, proyectos, procesos productivos que permitan, por ejemplo, abatir pobreza; concretamente, han permitido el acceso a los recursos y servicios con que antes la población no contaba, los hijos pueden estudiar, viajar, obtener camiones para comercializar mejor, ampliar casa y almacenes, y les permite tener perspectivas más amplias que la mera sobrevivencia, y les evita la necesidad de migrar. Servicios y opciones que legalmente toda población tendría derecho a tener, pero que el espacio estatal no les permite, como ocurre dentro de una sociedad con divisiones de clase, diferencias políticas, elites y grupos marginados.

Desde este punto de vista, y en el presente análisis del mercado, se busca reconocer la construcción del espacio público,

como un ámbito de interacciones ubicado entre lo público estatal y el ámbito privado, a partir del concepto de Habermas y Sommers (citado en PNUD, 2007). Esto es, se trata de una esfera desde los propios actores, pública no estatal, en la cual, en esencia, se resaltan los procesos de negociación, de encuentro y desencuentro entre diferentes actores de la sociedad que definen tendencias y alcances en términos de su reproducción y posicionamiento dentro de la sociedad, y traspasan los límites de las contenciones del Estado.

En la conformación de dicho espacio público se pone en juego la forma de vida de los campesinos, en los términos ya mencionados, su propia concepción, decisiones, necesidades individuales, identidades colectivas, relaciones con la naturaleza y con recursos productivos, las experiencias, así como las formas de interacción social. En el marco de lo campesino, el espacio público se concreta con la extensión de la acción individual, desde las actividades productivas hacia la vinculación e interacción con ámbitos colectivos, institucionales, económicos y específicamente el mercado, para la configuración de las estrategias de reproducción y nuevas formas de acción y pertenencia de los individuos en los ámbitos comunitarios, familiares, productivos, institucionales y relacionales.

El espacio público es en sí mismo una construcción política, ya que en él se disputan, negocian y acuerdan objetivos, intereses y recursos que dan lugar a la reproducción social de los diferentes grupos, en el nivel familiar, comunitario y de la sociedad en general (Bolos, 2008); esto significa que desde los actores y las actividades cotidianas, productivas y comerciales, se están disputando espacios en la sociedad y formas de reproducción dentro de ella.

La confluencia de espacios, las interacciones culturales y económicas, de lógicas mercantiles y de mercado, de decisiones morales y de acumulación, las prácticas campesinas aplicadas al mercado, el mercado local como defensa al mercado mundial, entre otras, son formas de resignificar el mercado como sistema, esto, dice Long, interpela a la racionalidad capitalista, la cual se encuentra constituida en la participación, producción y comercialización en el mercado. Desde esta perspectiva, desde los

actores, encontramos, otra vez, los dos caminos distintos y contradictorios en la construcción del mercado campesino: la reproducción del sistema como mercado y la reproducción campesina como defensa y subsistencia frente y gracias al mercado.

Estas acciones dan lugar a negociaciones frente a diferentes actores y rejuegos sociales que conforman relaciones sociales específicas dentro de la sociedad, representan igualmente procesos generadores de agencia, al ampliar opciones y oportunidades de desarrollo a dichos grupos e individuos, que en términos de Sen (2000) son, en sí, procesos de expansión de libertad.

Dichas oportunidades de desarrollo se plantearán a contracorriente de los procesos globales que actualmente han configurado tendencias más agresivas con grandes corporaciones agrocomerciales transnacionales como protagonistas, tal como veremos más adelante.

BLANCA

PRIVATIZACIÓN Y DESPOJO COMO PARADIGMA DE DESARROLLO

EL PARADIGMA

En la actualidad vivimos la concreción de un paradigma neoliberal de privatización y despojo, producto a la vez que justificación de la modernización, eficiencia, saneamiento de finanzas y anticorrupción de las prácticas de los Estados, como mandato del Banco Mundial. La concreción de este paradigma tiene como principio para la acumulación de capital el dominio y subordinación de los otros actores a las fuerzas de control, acaparamiento de recursos y procesos de valorización.

Para esto se llevó a cabo, en México por ejemplo, un proceso de desincorporación de empresas estatales, que fueron siendo reemplazadas en sus funciones por la iniciativa privada. A partir de la década de 1980 se desarticuló el sistema paraestatal¹⁰ que fungía para el otorgamiento de servicios agropecuarios a los productores; es decir, capacitación, financiamientos, impulsos productivos, acceso a insumos y mecanismos de comercialización como precios de garantía.

¹⁰ Algunas de las empresas que conformaban dicho sistema para servicios al campo son: Compañía Nacional de Subsistencia Populares (Conasupo), Programa de Apoyo al Comercio Ejidal, Productora Nacional de Semillas (Pronase), Banco Nacional de Crédito Rural (Banrural), Comisión Nacional de Fruticultura (Conafrut), Fertilizantes Mexicanos (Fertimex), Aseguradora Nacional Agrícola y Ganadera (Anagsa), Bodegas Rurales Conasupo (Boruconsa), Almacenes Nacionales de Depósito (ANDSA), Instituto Mexicano del Café (Inmecafé).

Las características actuales de los procesos de despojo en el marco global, incitan la liberalización de las economías e inducen a la desnacionalización, al poner los recursos de los países en el entorno del capital global de las grandes corporaciones, las que consolidan sus participaciones para fortalecer el control de los recursos-materias primas y la subordinación de las poblaciones del mundo en el acceso a ellos.

Una sociedad controlada por el mercado, cuyo principio es la exclusión de los derechos y beneficios sociales a través del desarraigo y desposesión, significa la regulación y mercantilización de la naturaleza, el trabajo y el dinero. En este modelo de ganancia-control, hoy en día se recrudecen las nuevas formas de apropiación del territorio por medio de concesiones sobre los recursos a largo plazo, agricultura por contrato, que permiten, legalmente, la expoliación de las cualidades de los mismos a través de contaminaciones, erosiones y excavaciones profundas, e inviabilizan parte de los recursos campesinos, avanzando marcha hacia otros territorios. Los efectos incluyen los procesos de desabasto, devastación, pérdidas de semillas propias, contaminación, deforestación-desertificación, desastres, pobrezas de 17.7 por ciento de la población mundial que vive con menos de 1.90 dólares diarios (The World Bank Group, 2017), la hambrunas de más de 800 millones de la población mundial, guerras que forman parte de las externalidades del desarrollo, en donde las poblaciones y las culturas son invisibles al capital.

Si bien la explotación es la base para la acumulación del capital, ésta puede adquirir formas distintas; lo que actualmente se muestra es el objetivo de convertir a las poblaciones dependientes de los recursos mediante los cuales aseguran su reproducción. Esto incluye a lo que Harvey (2005) denomina acumulación por desposesión, al calificar las prácticas depredadoras que inducen a la privatización sobre los derechos a la tierra y recursos comunes; a ello se agrega el arrebato de conocimientos que implica la pérdida de sus recursos, llevando incluso a que las poblaciones dependan de las corporaciones para subsistir y construir su futuro. Es decir, se despoja de la capacidad de reproducirse y de su futuro mismo.

En este sentido, los territorios campesinos son en sí mundos de bienes comunes. Por ejemplo, en México contienen al maíz, el cual forma parte de la historia de los pueblos, es una historia de todos.

Los mundos de bienes comunes, como sistemas susceptibles de gestionarse comunitariamente (Ostrom, 2009), incluyen, en términos del maíz, aspectos materiales e intangibles naturales, productivos y relacionales. Asimismo estos inician en el origen biológico de la planta, la cual cuenta una historia natural-cultural de evolución. De ahí hasta ahora la adaptación del maíz a los distintos hábitats ha implicado trabajo, conocimientos, experiencias ciclo tras ciclo. La reproducción de razas y variedades nativas ha sido la base para la generación de las variedades mejoradas, híbridas e incluso transgénicas. Hablar de maíz hace referencia a todo lo que anteriormente se ha expuesto, lo cual contiene un bagaje de saberes técnicos campesinos y científicos que permite llevar a las búsquedas actuales para enfrentar sinistros ante el cambio climático, las nuevas necesidades y condiciones ante el trabajo, la migración; los mercados especializados —nuevos y viejos—, las diversidades de usos y consumos, el alimento nacional con una rica base culinaria. Todos estos ámbitos están sostenidos por redes sociales, espacios de interacciones y negociación que conforman encuentros de múltiples actores en espacios públicos, los que se despliegan a partir de las vidas de mujeres y hombres de las unidades productivas y las estrategias campesinas que desarrollan.

El despojo a partir de las privatizaciones de recursos que significa el cercamiento de bienes comunes exige a las poblaciones, en términos de producción, pasar de la búsqueda de autosubsistencia —manteniendo ámbitos de producción propia para autoabasto y para el mercado con ganancias para sí—, hacia la dependencia total de la participación de corporaciones privadas para obtener recursos, al tener que comprar semilla, insumos, rentar su propia tierra, vender su fuerza de trabajo. Esto, en última instancia, lleva al despojo de territorios, la desestructuración de la producción local por las reglas del mercado y el abandono obligado de las parcelas por los campesinos; al éxodo forzoso de las familias de sus formas de vida, tierras, pueblos y

del país, con lo que se les despoja igualmente de su historia, vida y futuro.

De manera contundente, la crisis alimentaria de 2007-2008 muestra las tendencias del poder para acomodar el mercado agroalimentario en favor del capital en el marco de este paradigma de control y despojo. Para Rubio (2016) no es en sí una crisis del capitalismo, ya que no representa la pérdida de ganancias por las grandes empresas capitalistas; por el contrario, se trata de un proceso de sobreacumulación y sobreproducción impulsada por una inversión financiera y especulativa. En esta coyuntura, las tasas de los capitales trasladados al sector financiero se elevaron considerablemente. Mientras tanto, los productores de granos básicos han seguido en francos problemas económicos. Esto ha sido parte del ejercicio del control agroalimentario de Estados Unidos para recuperar la hegemonía mundial.

Dicha crisis significó, más bien, el alza de precios de los alimentos por procesos de especulación de las agroempresas, teniendo como consecuencia la afectación severa al ingreso de los pequeños productores de los países dependientes. Los precios internacionales subieron 54 por ciento entre abril de 2007 y 2008, aunque ya tenían un incremento paulatino anterior. Esto repercutió, igualmente, en los incrementos de precios en México: de 2006 a 2008 el precio del arroz se incrementó 84.40 por ciento, el pan blanco 33.20 por ciento, el pollo en piezas 27.94 por ciento y las tortillas 29.63 por ciento (Tépach, 2009).

El antecedente de la crisis alimentaria es la financiarización que en los años noventa del siglo pasado llevó a un crecimiento temporal económico y pronto estalló (Rubio, 2016). La hegemonía de Estados Unidos ha repercutido en la ruptura de las estructuras productivas de los países dependientes, iniciada desde la apertura neoliberal, en específico en el tema agrícola-alimentario con el inicio del TLCAN, afectando directamente a los ingresos de los pequeños productores. Bajo este dominio de las transnacionales, los precios agrícolas internos se han ido a la baja, mientras que los precios de insumos a la alta, influidos por el ascenso de fertilizantes, con lo que los productores no han logrado incrementos reales en los pagos a sus cosechas.

Los subsidios de las potencias a sus agriculturas, que han representado un tema álgido de condición y disputa en el marco de la Organización Mundial del Comercio (OMC), y han mantenido el desequilibrio en la competencia en el mercado, en tanto que Estados Unidos protege sus agricultura, en países dependientes como México, con la desestructuración de subsidios en los servicios agropecuarios, han llegado a atrofiar la producción y oferta de productos nacionales, lo que se ha traducido en la dependencia del consumo a la compra de alimentos en el mercado mundial (León y Guzmán, 2008). Por ejemplo, México es el primer mercado para las exportaciones de maíz, algodón y sorgo de Estados Unidos y el tercer mercado para el trigo y la soya (Logeril y Pouch, 2004), y prácticamente el único exportador de maíz amarillo a nuestro país. Además, se compran granos de calidades que no se controlan y no cumplen necesariamente criterios que convengan nacionalmente, como lo han demostrado las documentaciones de transgenes en las siembras y alimentos en México. Lo anterior se agrava al considerar la importación de maíz amarillo de Estados Unidos, que se ha incrementado desde la apertura comercial con el TLCAN; en 2006 se importaron seis millones de toneladas, y con una tasa media de crecimiento de 6.5 por ciento anual llega a superar las 11 millones de toneladas para 2015 (FIRA, 2016).

En el marco del mercado neoliberal, en 2007, bajo la crisis alimentaria, en México se reportaron 25.8 por ciento de unidades que no se cultivaron (INEGI, 2013b), lo cual habla de las dificultades que los productores tuvieron en esos años. En el transcurso del tiempo esto ha intensificado la polarización de la estructura productiva del país. Asimismo, la dependencia del país de la producción de granos hace más vulnerables a los pequeños productores, lo cual se agrava ante la incertidumbre climatológica y la falta de visibilidad y apoyos institucionales frente a las siniestralidades agrícolas causadas por cambios de fechas, recurrencias e intensidades de los fenómenos climatológicos, tales como sequías, variabilidad en el inicio de lluvias, heladas y granizadas a destiempo, que son producto del cambio climático.

En términos generales, las tendencias de los mercados de alimentos marcan el control de éstos con fines de hegemonía

política, como ingrediente estratégico en las disputas mundiales. La utilización de los alimentos y el hambre con dichos fines es una de las grandes perversiones del sistema, pues se trata de elementos básicos para la sobrevivencia de los pueblos. No obstante, esto es sólo un elemento, entre otros, a través de los cuales los agentes del dominio del planeta, en especial las corporaciones transnacionales, sustentan los procesos de acumulación de capital pasando por diferentes recursos para el control y el despojo de recursos materiales y conocimientos a las culturas actuales para la subordinación económica.

Las acciones de despojo en el sector agroalimentario y en el ambiente, así como las consecuencias sociales y económicas en la población y países dependientes, conjugan una crisis total, en tanto afectan a los propios elementos con los que el capitalismo se enriquece; como dice Bartra (2013), es un sistema cuya voracidad es suicida, lo que configura una crisis profunda de carácter civilizatorio.

La desposesión y dominio lleva al despojo cultural de países y poblaciones dependientes, con el objetivo no sólo de la ganancia económica, sino de la expoliación de los recursos propios materiales e inmateriales, para inhabilitar la generación de la subsistencia de los pueblos y convertirlos en dependientes para ello, todo elemento de consumo será mercancía producida en los términos de las agroempresas, de la artificialización de la naturaleza, que deberá regirse necesariamente por el mercado.

El escenario de despojo total implica la ausencia de prácticas propias, de los múltiples espacios de disputa y defensa de los recursos y cultura por parte de los pueblos de resistencias, o la inhabilitación de las resistencias, lo cual ciertamente no se ha alcanzado y consideramos inviable, pero no le quita la esencia e intereses al despojo como paradigma de poder actual.

GLOBALIZACIÓN Y POLÍTICAS PARA EL DESPOJO

El telón de fondo del paradigma neoliberal de privatización y despojo se encuentra en los tratados comerciales internacionales que han forjado las bases de las hegemonías mundiales actua-

les y funcionan como marco para la acción de empresas transnacionales. El camino de éstos ha ido avanzando desde el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) que funcionó como marco de 1947 a 1994, en que se plantearon las pautas de la liberalización del comercio y la Organización Mundial del Comercio (OMC), a partir de 1995, que amplió sus funciones de meramente comerciales a servicios financieros, de comunicación y otros, hasta las confrontaciones entre los bloques de países y conflictos al interior de la organización, y el paulatino avance de los tratados de libre comercio, como el Tratado Transpacífico de Asociación Económica (TTP) firmado en febrero de 2016 por 12 países (Estados Unidos, Japón, Australia, Brunei, Canadá, Chile, Malasia, México, Nueva Zelanda, Perú, Singapur, y Vietnam), a cuyas negociaciones se integra México en 2012 (SE, 2012). Sin haber iniciado su funcionamiento, a fines del año 2016 dio un giro en su supuesta desaparición o cambios importantes ante el retiro de Estados Unidos del mismo, debido a la política proteccionista ante la fuerza de trabajo migrante hacia ese país. Hoy existen posturas para retomarlo, pero sus definiciones son todavía inciertas.

Como parte de los acuerdos comerciales internacionales y las disputas en la OMC, se ha priorizado los tratados de libre comercio con funcionamiento bilateral. De manera particular el TLCAN, a partir de 1994, ha significado para México un parteaguas en la definición de los grandes ejes de las políticas nacionales, así como los ejercicios particulares de sus programas gubernamentales, al reubicar las dinámicas y políticas productivas nacionales en relación con el mercado mundial y mandatos internacionales (León y Guzmán, 2008).

Con esto, México inició una etapa negociando la apertura comercial después de que en los años anteriores el sistema de abasto y apoyos para los productores de maíz había tenido grandes cambios ante la recesión, el ajuste macroeconómico y la reestructuración institucional que ya venía viviendo el país; ante este escenario, los productores hubieran requerido protección, no un sistema de abasto del maíz en manos del comercio internacional (Hewitt, 1991).

Este proceso profundo de cambio significó, en realidad, articulaciones globales-locales en las que el papel del Estado se ajustaba a toda una trayectoria neoliberal con nuevas funciones frente a la nación y al mercado mundial, asignadas por el Banco Mundial (Banco Mundial, 1991), orientando el sentido de los cambios mediante un conjunto de reformas constitucionales que favorecen los procesos de descentralización y la transferencia de recursos y servicios al mercado. Las determinaciones desde las instituciones supranacionales, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, han dirigido las políticas de estructuración económica, políticas de ajuste en los países no hegemónicos, como los latinoamericanos, asignando un nuevo papel a los Estados con respecto a las funciones que antes de la década de 1980 habían venido realizando dentro de la visión de los Estados benefactores.

En México, el Estado en pleno neoliberalismo ha propiciado el manejo de recursos por parte de los propios usuarios sin participación estatal, financiera ni administrativa. La descentralización del manejo de recursos en los ámbitos relacionados con el agro es uno de los cambios que el nuevo papel del Estado ha marcado a partir de la década de los años noventa. Así, se encuentra el manejo de los distritos de riego, con los cuales deslinda participación y responsabilidad a partir de la modificación de la Ley Federal de Aguas. En cuestión de la tierra, el Estado ha garantizado el traslado del recurso tierra de un estado de protección de la propiedad social a un proceso de liberalización al mercado con la modificación del Artículo 27 Constitucional y la Ley Agraria, para garantizar el proceso de descentralización, retiro de la función estatal de protección y propiciar la privatización. Esto, en última instancia, significa priorizar las dinámicas de mercado en el acceso a los recursos naturales y productivos. De esta manera, la intervención del Estado, y en particular la política agrícola nacional, se ha delineado a partir de cuatro tendencias fundamentales, las cuales encaminan el desarrollo rural:

1. La liberalización del mercado, enfatizando el levantamiento de cuotas de exportación, aranceles facilitando las acciones de comercializadoras de productos agropecuarios

de carácter transnacional, expresado en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

2. La prioridad a la exportación de productos hortícolas y frutícolas en manos de grandes empresas agropecuarias, representando una pequeña minoría de productores primarios nacionales.
3. La importación de productos básicos, lo que implica el levantamiento de programas de créditos, inversión y apoyos productivos, en general a la producción nacional de estos productos para dar lugar a su compra en el exterior.
4. Apoyos asistencialistas y focalizados para aminorar las consecuencias de dicha apertura, así como para el control de orden social.

Así se abrió el camino para la liberación total de aranceles para la exportación, incluso de productos alimenticios básicos; se establecieron facilidades a las empresas transnacionales para su establecimiento y el derecho efectivo a demandar al gobierno mexicano cualquier decisión u omisión en materia de políticas que directa o indirectamente les afecte. Esto da lugar a la apertura sin condición para la transferencia de los excedentes productivos agrícolas de Estados Unidos a México, para la explotación de la fuerza de trabajo y la extracción de recursos nacionales por parte de nuestro vecino del norte (León y Guzmán, 2008). Es decir, entre los países las posibilidades y los beneficios son diferenciados; en especial, la intervención de empresas transnacionales funciona de Estados Unidos hacia México, de manera unilateral. Es el marco en que las acciones de despojo de la agricultura campesina se han venido dando desde diferentes frentes de incidencia de dichas empresas, como es la desposesión de tierras, dependencia de insumos productivos, propiedad de semillas, concentración de cosechas, todas se han encaminado hacia la generación de crisis y desposesión, base de la acumulación de los actores preponderantes: empresas mineras, semi-lleras, comercializadoras.

Para México, los procesos de crecimiento de las transacciones en las importaciones y exportaciones de alimentos, la expansión de las relaciones internacionales y la mayor incidencia

de las empresas en el país extranjero no han representado crecimiento económico ni beneficio al conjunto de la economía nacional y menos a los pequeños productores. Esto ha llevado a la restricción de comercialización de alimentos para algunos sectores como frutas, hortalizas, leche y cereales, y a la sustitución de la producción local por productos importados, lo que genera en los productores dificultades en la producción y se pierde el control del mercado local y nacional; por el otro, ha creado beneficios desiguales en los distintos estratos económicos nacionales: para los pequeños productores competir en el marco del mercado internacional con agroempresas con capital y alta tecnología resulta, la mayor parte de las veces, imposible.

De esta manera, es claro el sesgo de las prioridades nacionales en materia agrícola, ya que por un lado las acciones se encaminan a fortalecer la participación del país en el mercado mundial, lo que implica condicionar el tipo de productos que se impulsan en la exportación e importación. Por un lado se busca exportar productos como frutas y hortalizas que son sometidos a fuertes restricciones de inocuidad y de riesgos por ser perecederos con tiempos cortos de anaquel; por el otro, lo que se importa, quitando aranceles, son los productos básicos alimenticios, como maíz grano, creando dependencia en el consumo nacional de éstos, siendo alimento de primer orden para la población nacional.

En el estado de Morelos se ha propiciado el cambio de la agricultura maicera a la comercial, impulsando nichos de exportación de frutas. Asimismo, la apertura comercial implicó la caída de la comercialización nacional y, por lo tanto, la producción de arroz y de cacahuete; mientras que se vieron favorecidas la producción de empresarios con cultivos de angú, módulos de hierbas especias, todas con destinos directos hacia Estados Unidos en mercados convenidos sin pasar por el nacional, utilizando solamente tierra, agua y mano de obra estatal.

Es decir, la política comercial pone a los productores, y al país en general, en situaciones sumamente vulnerables. Además, no se ha logrado establecer políticas de protección de cultivos de exportación, como el café frente a la infestación de la roya sucedida en los últimos ciclos, o a la miel del sureste frente a la contaminación con transgenes por la soya transgénica cultiva-

da. Tampoco se cuida la calidad de los alimentos que ingresan al país, al no contar con ningún tipo de vigilancia ni alerta ante la calidad; el ejemplo más claro y grave es el maíz amarillo proveniente de Estados Unidos. Estas contradicciones llevan a la incapacidad competitiva, en tanto que favorecen la vulnerabilidad de los productores y la pérdida de autonomía de la agricultura nacional frente al comercio mundial.

Entonces, la política agrícola de impulso productivo se restringe a formas de intervención meramente asistencialistas y focalizadas con una mínima cobertura, frente al total de unidades de producción, productos, comunidades y procesos productivos.

A partir de 1990 la banca de desarrollo y la política de subsidios para el financiamiento rural se enfocó en los programas asistenciales, minimizando los apoyos productivos. De 1900-1999 a 2000-2009 la superficie habilitada por Banrural por crédito oficial para la producción cayó 75 por ciento. En 2001 fue sustituido por Financiera Rural, la que prácticamente no otorgó créditos a campesinos, con lo que los pequeños productores han tenido que recurrir a mercados informales de crédito; es decir, a usureros, lo que significa un pago alto de intereses y tasas sobre los mismo, en detrimento de los ingresos y las condiciones de vida de las familias, en especial las de más bajos ingresos (Meza, 2010).

Así, se cuenta en el sector rural con un conjunto de programas atomizados, los principales son el Programa Alianza para el Campo, hoy Activos Productivos, con reducida cobertura e inversión; el Programa de Apoyos Directos al Campo (Procampo) y Crédito a la Palabra que por su baja inversión no representan un impulso productivo, y un conjunto de apoyos sociales, como el de Oportunidades, en sus diferentes versiones, hoy Prospera. Sobre esto se hará un acercamiento al estado de Morelos en el capítulo siguiente, para dimensionar los efectos que tienen más en términos de dependencia que en impulso al desarrollo.

Cada uno de estos programas tienen efectos diversos. Procampo surge en 1993, “como apoyo compensatorio ante la apertura comercial derivada del TLCAN que implicaría una desventaja competitiva para los productores nacionales dados los altos subsidios otorgados a sus contrapartes en los socios” (Sa-

garpa, 2015), con el objetivo de modernizar e impulsar activamente la producción, para sustituir precios de garantía por pagos por hectárea. Otorga montos fijos por hectárea, los resultados a lo largo de los años, en sus diferentes versiones (Procampo, Para Vivir Mejor [en 2011], Procampo Productivo [2013], Proagro Productivo a partir de 2014) (Sagarpa, 2015) no ha significado la mejoría competitiva de los pequeños productores, así como tampoco fomenta la organización. Lo que sí se observa es que genera beneficios diferenciados entre los diferentes tipos de productores, ya que los mil pesos, monto otorgado por hectárea, para los grandes productores con más de 20 hectáreas, les significa posibilidades de inversión o apoyo productivo; en cambio, para los que cuentan con menos de cinco hectáreas no representa más que una cantidad de dinero que les ayuda a solventar gastos cotidianos, pero no significa un impulso productivo (Zarazúa, Almaguer y Ocampo, 2011).

La Alianza para el Campo, iniciado en 1996, y actualmente funcionando como Activos Productivos, consiste en un conjunto de programas en diversas vertientes productivas cuyos aportes monetarios han funcionado de manera focalizada y discrecional para la compra de insumos parciales, lo cual ha llevado a la diferenciación entre los productores. En Morelos se canalizan recursos solamente para 10 por ciento de productores, dato obtenido de la revisión de beneficiarios de Morelos en los últimos cinco años, comparados con el número de productores (Sagarpa, 2017b). Además, dicho apoyo ha generado cadenas de participantes, desde los técnicos y los proveedores que a lo largo de ella se van repartiendo los beneficios, sin llegar necesariamente a los productores ni facilitarles el acceso a nuevas y adecuadas tecnologías de acuerdo con las condiciones y preferencias locales y personales. Los productores, aprendiendo los manejos de los programas, se plantean, muchas veces, expectativas de ganancias, participan por obtener prebendas, pero no necesariamente con objetivos productivos, organizativos o mejoramiento de suelos y manejo de recursos.

El programa social Prospera menciona: “Los apoyos económicos dependen de la corresponsabilidad del beneficiario, la persona que sea titular beneficiaria debe asegurarse de que su

familia acuda a los servicios de salud y que los hijos estén inscritos en escuelas autorizadas para el programa” (Sedesol, 2017). Las mujeres, siendo las principales beneficiarias responsables, se han encontrado en la situación de que para recibir beneficios deben organizar sus tareas en función y prioridad de atender requisitos y exigencias del programa —ya que están obligadas a realizar ciertas actividades para recibir el apoyo—, como asistir a conferencias. Esto ha significado para las mujeres de las comunidades y grupos beneficiados, en la mayoría de los casos, trabas en la adopción de decisiones, lo cual les implica cargas de trabajo y responsabilidades extras y, sobre todo, han subordinado las economías de las familias más marginadas en lugar de incentivarlas.

El efecto de estos programas en la mejoría de las condiciones de vida de las poblaciones rurales marginadas es mínimo, o al menos la persistencia de la marginación en las poblaciones rurales es amplia, incluso del hambre. El Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) marca 43.6 por ciento de población en situación de pobreza y 9.4 millones de personas en pobreza extrema (Coneval, 2018b). La vertiente competitiva del presupuesto federal ha perdido peso al caer 50 por ciento de 2008 a 2016, llegando a aproximadamente a 30 mil millones de pesos; mientras que la vertiente social, encargada de los programas asistenciales se incrementa, al pasar de 20 a 100 mil millones de pesos (Robles, 2016), lo cual significa que la estrategia frente a la pobreza es aplicar subsidios sociales, y no el impulso de generación de empleo y reactivación de la economía rural. Esto puede verse en las cifras de Morelos, de 2010 a 2016: el porcentaje de población en situación de pobreza ha aumentado de 43.2 a 49.5 por ciento (Coneval, 2018a).

La restricción de la incidencia de las políticas gubernamentales del ámbito rural en el impulso productivo y el asistencialismo sin perspectiva de desarrollo ha sido parte de la participación del Estado en esta fase, en la que el dominio de los actores transnacionales tienen preponderancia. Esto implica que existe una toma de posición del Estado desde el modelo de desarrollo del país en cuanto a una articulación subordinada del país a la globalización.

Sin embargo, dichos escenarios dejan múltiples espacios vacíos del control neoliberal total en que otros actores, de manera contradictoria a dicha política, sostienen y reproducen dinámicas locales y regionales que desarrollan actividades agrícolas con distintas perspectivas, no sólo globales o neoliberales, construyéndose arenas de disputa. La producción de maíz en México es uno de ellos; partiendo de la historia, cultura y formas económicas que lo sostienen, se entretajan relaciones sociales que disputan intereses diversos, entre los que se cumplen funciones de reproducción social de los actores que participan en los procesos productivos y en el mercado a distintas escalas.

POLÍTICAS PARA EL MAÍZ

En el marco de un conjunto de programas de modernización y desarrollo rural que existieron en el periodo conocido como el “milagro mexicano”, en el que el país tuvo un importante crecimiento agrícola y económico en general, existieron un conjunto de instituciones y programas para el impulso agrícola,¹¹ entre ellos se encontraban los que funcionaron para sostener las cosechas nacionales de maíz, los cuales sucumbieron junto con todo el sistema ante las reformas estructurales neoliberales.

La Compañía Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo) fue fundada en 1962 y tuvo funciones específicas para el abasto, garantizando la compra y la regulación de los precios de los granos básicos, principalmente maíz, dando certidumbre a los productores y subsidios garantizados. Tuvo un papel fundamental durante 35 años en la política gubernamental para el acopio y abasto alimentario en el país, así como en el control o freno de la importación de grano, al sostener precios de garantía.

¹¹ Algunos relevantes fueron el Programa de Inversiones Públicas para el Desarrollo Rural (Pider) surgido en 1973; Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados (Coplamar) en 1977; Sistema Alimentario Nacional (SAM) en 1982; Programa Nacional de Desarrollo Rural Integral (Pronadri) en 1983, y el Programa Nacional de Alimentación (Pronal) en 1983.

Aunque dichos precios oficiales fueran bajos, de la mano de los créditos oficiales se logró sostener el abasto de los productores y los precios bajos para los consumidores urbanos y las tortillerías, manteniendo cierta estabilidad frente a la competencia del maíz subsidiado de Estados Unidos. La presencia fue más clara en las zonas de agricultura tecnificada y en los estratos medios, y pudo extenderse hacia algunas zonas marginadas, enfrentando las acciones de intermediarios locales. Las redes Diconsa tuvieron un papel importante en el flujo de grano a las comunidades alejadas (Hewitt, 1991).

Su desaparición en 1999 modificó las condiciones de compra, abasto y redistribución del grano en los distintos ámbitos del país, repercutiendo fuertemente en la estructura productiva y de comercialización de las diferentes regiones, y en el país en general, al dar paso a la ruptura de las redes existentes y la entrada de nuevos actores, como las agrocomercializadoras privadas, quienes tomaron el protagonismo en estas acciones, a pesar de existir algunas iniciativas organizativas de productores y programas gubernamentales marginales.

El Sistema Alimentario Mexicano (SAM) fue un programa concebido para incidir en la producción y abasto alimentario. Se veía como potencial por las acciones que planteaba para el acceso al crédito, extensión, precios de garantía, vínculos con la industria e incluso la investigación. Sin embargo, sólo tuvo vigencia de 1980 a 1982 debido a la crisis fiscal. En sustitución de éste, en 1983 se crea el Programa Nacional de Alimentación (Pronal); aunque sin la misma magnitud en el planteamiento de cubrir todo lo largo de la cadena productiva que su predecesor se había planteado (Herrera, 2009), buscaba reducir el gasto público disminuyendo subsidios en estos rubros.

A partir de 1983 los subsidios al sector agropecuario se fueron a pique, junto con los programas que incidían en el sector; con ello posteriormente se viene en cadena la desaparición, desincorporación o privatización de las empresas paraestatales del sector agropecuario. Esto puede observarse también con la reducción del monto de recursos destinados al sector agropecuario por todo el sistema bancario nacional. A partir de 1989 se da una reestructuración de la inversión a la agricultura, afectando a la pro-

ducción y comercialización de productos básicos. Los beneficios se dividían, los productores con potencial productivo serían apoyados por el Banrural, el que acotaba su acción, y los más pobres serían atendidos por el Programa Nacional de Solidaridad (Hewitt, 1991). Con esto se vislumbra el nuevo papel de los programas sociales.

En 1991 se implementa el Programa Aserca; en 1994 Procampo y en 1996 Alianza para el Campo, mencionados anteriormente, los cuales están vigentes todavía, tienen acciones y resultados parciales y limitados en cuanto a los objetivos de regular la comercialización, proteger a los productores de la apertura comercial, así como la generación de impulsos productivos. Éstos plantean una nueva generación de programas gubernamentales en el marco neoliberal, alimentando la estructura productiva desigual actual, polarizada a partir de la falta de una visión de una dinámica productiva incluyente para los pequeños y medianos productores.

De esta manera, los programas que se posicionan en los ejercicios gubernamentales son los que tienen mandato o influencia internacional, como el programa especial para la seguridad alimentaria, hoy Proyecto Estratégico para la Seguridad Alimentaria, conocido como PESA, sustentado por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO). Desde 1994 ha sido promovido en un grupo de países que con los años se han integrado, teniendo como visión la Cumbre Mundial sobre la Alimentación de 1996, en vistas de reducir la incidencia del hambre y la desnutrición. México se integra en una segunda fase, en 2002, a través de la Sagarpa, dependencia que propone el proyecto de Seguridad Alimentaria en Zonas Rurales, atiende 9 800 comunidades de 24 estados del país.

A pesar de que el PESA se plantea el objetivo específico de reforzar la seguridad alimentaria, tiene dificultades en tanto que existe una gran distancia entre la metodología de diagnósticos participativos que plantea la FAO, y las acciones que resultan parciales, ajenas a los diagnósticos realizados, necesidades e intereses de las poblaciones; además de las trabas institucionales en la ejecución de las mismas. Se considera que tanto la estructura institucional con la cual se lleva a cabo y los resultados ob-

tenidos no están de acuerdo con la metodología de desarrollo (Herrera, 2009). De manera especial se hace notar que este programa no tiene acciones específicas que incidan en la producción de maíz nativo, como también se observó en el Estado de México (Mondragón *et al.*, 2016), a pesar de ser un cultivo clave en nuestro país para la alimentación de la población. Las acciones son parciales al no reconocer la visión del maíz dentro de las estrategias campesinas, con objetivos más allá de la productividad, dentro del entorno cultural amplio que lo contiene. Por el contrario, los proyectos implementados de instalación de cisternas y gallineros no corresponden a las necesidades de las comunidades, intereses de los usuarios ni participación de la población, por lo que terminan siendo dádivas con intereses de cubrir metas en el mejor de los casos, o favoritismos y clientelismos en otros.

Otra iniciativa de las instituciones federales apuntaladas por instituciones internacionales es el programa de Modernización Sustentable de la Agricultura Tradicional (MasAgro). El acuerdo para llevarlo a cabo se firmó en 2010 por Sagarpa y el Centro de Investigación para el Mejoramiento del Maíz y Trigo (CIMMYT),¹² el cual funciona con presupuesto federal e implementación por parte del CIMMYT, dirigido a pequeños productores sin acceso a tecnologías modernas, para que arribaran a la modernización y el acceso a mercados. Se menciona el uso de tecnologías agrícolas sustentables, como la agricultura de conservación para maíz y trigo. Su meta a diez años, 2010-2020, es aumentar en 85 por ciento la producción de maíz y 10 por ciento la de trigo, reducir sus costos en insumos entre 15 y 20 por ciento y mejorar la adaptación de las semillas (Sagarpa, 2013). Para esto instaló a lo largo de todo el país, regionalmente, 12 nodos y 432 módulos de investigación, en los que va suscribiendo acuerdos estatales.

¹² El CIMMYT es un centro especializado de investigación que inició actividades desde 1943 en México como centro piloto, patrocinado por la Fundación Rockefeller a inicios de la “revolución verde”, con el interés específico de llevar a cabo investigaciones sobre el maíz y el trigo. Ha realizado amplias colectas de maíces y cuenta con un banco de germoplasma con 28 mil muestras de maíz, incluyendo las razas nativas y 140 mil de trigo de distintos países (CIMMYT, 2016).

En el estado de Morelos existen dos módulos en agricultura de conservación, ubicados en Yecapixtla y Ocuituco, y un módulo de experimentación en Tlaltizapán (CIMMYT, 2012). Se encuentran capacitando técnicos para el manejo de las innovaciones tecnológicas y sistemas de control remotos, como la Bitácora Electrónica MasAgro, en un taller el año pasado en Tezoyuca (CIMMYT, 2017b y 2017c).

El análisis del planteamiento del programa MasAgro alerta que las metas propuestas con respecto a las superficies implicaría la sustitución del cultivo de maíces nativos y acriollados en 20 a 25 por ciento de la superficie en que actualmente se cultivan, lo cual atentaría a la diversidad genética de la planta, en especial siendo México centro de origen, así como a los cultivos y subsistencia de los pequeños productores (Turrent *et al.*, 2014). De igual modo llevaría a la fragilidad de los grupos campesinos y, en última instancia, de las posibilidades de construir caminos hacia la seguridad alimentaria del país.

El proyecto MasAgro está abordando sólo dos cultivos, maíz y trigo, a través de paquetes tecnológicos convencionales, con agroquímicos y semillas certificadas, sin considerar el complejo de producción de los pequeños productores (Pulido y Chapela, 2017). El uso de semillas ha implicado el convenio con la Asociación Mexicana de Semilleros (AMSAC); integrada, entre otras, por las corporaciones transnacionales Monsanto, Syngenta Agro y Dupont-Pioneer, las que controlan 88 por ciento del comercio de semillas nacional, lo que fortalece la presencia de dichas empresas y hace de lado, en lugar de incentivar, las iniciativas nacionales de empresas y de instituciones públicas como las del INIFAP. El planteamiento de la agricultura de conservación pone en entredicho la diversidad que la milpa campesina implica, así como la toxicidad del uso de herbicidas, ampliamente documentado. Ante esto, Antonio Turrent comenta que dicho planteamiento está reeditando los errores de la “revolución verde” en cuanto a la agrobiodiversidad (Turrent *et al.*, 2014).

El Centro Mexicano de Derecho Ambiental, A.C. (Martínez *et al.*, 2016) en el estudio de pertinencia biocultural, menciona que la baja adopción que al parecer existe de la agricultura de conservación de los pequeños productores de menos de cinco hectá-

reas se debe, precisamente, por la resistencia a sustituir su maíz nativo, y prácticas tales como la rotación de cultivos, además de la baja disponibilidad de créditos y seguro agrícola para enfrentar riesgos que el cambio tecnológico les implicaría. Es decir que el modelo MasAgro no corresponde a las formas propias en que los campesinos cultivan maíz. El estudio concluye que el programa MasAgro no es bioculturalmente pertinente para el país, por lo que habría que considerar suspenderlo. Ciertamente, en 2016 desaparece para operarlo como proyecto estratégico, y llevarse a cabo fuera de las reglas de operación de Sagarpa (Pulido y Chapela, 2017). Se denomina Estrategia de Intensificación Sustentable en América Latina, la cual, se menciona en la *Revista Enlace*, recibe el apoyo del gobierno federal de México a través de la Sagarpa, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), el Gobierno del Estado de Guanajuato, por medio de la Sdayr, Syngenta, Fomento Social Banamex, Fundación Haciendas del Mundo Maya Naat-Ha, Kellogg's, Catholic Relief Services, el Departamento de Agricultura de Estados Unidos de América (USDA), Rabobank, Pioneer y los programas de investigación del CGAIR (CIMMYT, 2017a).

Con respecto a proyectos específicos dirigido al maíz, surgidos bajo el planteamiento del apoyo a productores tradicionales con maíz nativo, se estableció el Programa de Apoyo a la Cadena Productiva de Maíz y Frijol (Promaf), el cual inicia en 2005, para incrementar los rendimientos de estos cultivos. Se propone capitalizar a las familias de unidades de producción de maíz y frijol, fomentar la organización de productores, la formación de empresas, la inducción de mejoras tecnológicas en un esquema de ascenso en el potencial productivo: baja escala, en transición y alto rendimiento. A lo largo de los años se dieron modificaciones y ampliación de las poblaciones y entidades beneficiarias. En 2013 inicia la implementación en el estado de Morelos, y al siguiente año ya funciona como Programa de Incentivos para Productores de Maíz y Frijol (PIMAF), en el componente de Incentivos productivos (Sagarpa, 2017a).

En efecto, el programa ha aumentado cobertura, ya que de 2013, cuando inicia en Morelos con 1 519 productores, en 2016

llega a 3 099 de 25 municipios del estado,¹³ otorgando un apoyo de 1 500 pesos por hectárea, cubriendo dos hectáreas para cada productor (Sagarpa, 2017a). Los apoyos se destinan para compra de semilla certificada o validada, insumos de nutrición vegetal y control sanitario. Con esto se observa que los rubros no necesariamente cubren los requerimientos de los productores. Para ellos, en principio, existe la preferencia por la semilla nativa, la cual no requieren comprarla, al formar parte de sus prácticas y conocimientos la selección y guardado de ésta, especialmente si se trata de pequeños productores tradicionales.

En el acercamiento a Cuentepec, Temixco y Quilamula, Tlaquiltenango, dos de las localidades donde este programa funciona, se ha registrado, que los beneficios en realidad son para los vendedores de los agroquímicos validados en el programa, que en el estado son tres empresas (Sagarpa, 2017b), los recursos se aplican directamente en la comercialización de los mismos. Este mecanismo no permite que el programa vislumbre el interés y procesos por medio de los cuales las unidades productivas campesinas llevan a cabo el cultivo del maíz, dado que no parten de diagnósticos, ni buscan superar las limitaciones vislumbradas por los productores; los objetivos de incrementar la productividad mediante incentivos para compra de insumos agrícolas no representa el interés básico de los productores.

Los productores consideran que el apoyo les permite disminuir un poco los gastos del cultivo, y que los agroquímicos pueden servirles; no pretenden elevar su productividad, modificar la tecnología que aplican, ni ascender en la escala de transición propuesta por el programa (Ortega, 2016).

Es de notar la falta de sensibilidad de las políticas gubernamentales en general, bien sean las productivas o de asistencia social, sobre las condiciones de producción y vida de los productores y poblaciones campesinas, y en última instancia están alineadas

¹³ Zacualpan, Yecapixtla, Yautepec, Totolapan, Tlayacapan, Tlaquiltenango, Taltizapan, Tepoztlán, Tepalcingo, Temoac, Temixco, Ocuilco, Mazatepec, Jonacatepec, Jojutla, Jantetelco, Huitzilac, Emiliano Zapata, Cuernavaca, Cuautla, Coatlán del Río, Ayala, Axochiapan, Atlahucan, Amacuzta (Sagarpa, 2017a).

y subordinas a dinámicas del mercado, así como a los intereses de las agroempresas.

No puede dejar de mencionarse la Ley de Protección y Conservación del Maíz Criollo en su Estado Genético para el Estado de Morelos, promulgada por el Congreso estatal y publicada el 26 de junio de 2014 (Estado de Morelos, 2014). Esta ley surge de la iniciativa de integrantes del Congreso local interesados en el tema, y motivados por las dos leyes estatales promulgadas anteriormente, con las cuales comparte el espíritu de proteger la semilla nativa con la diversidad existente en el país, siendo este tipo mayoritariamente sembrada en el estado. Así, estos preceptos fueron discutidos en la Ley de Fomento y Protección del Maíz Criollo como Patrimonio Alimentario del Estado de Michoacán de Ocampo, promulgada en 2011, y la Ley de Fomento y Protección al Maíz como Patrimonio Originario, en Diversificación Constante y Alimentario, para el Estado de Tlaxcala, promulgada igualmente en 2011.

El interés de proponer y promulgar esta ley parte de las investigaciones realizadas en el estado, en el reconocimiento de la importancia que estos maíces tienen para la población campesina del estado, y se reconoce la problemática global de riesgo ante los maíces transgénicos.

Para la ejecución, la ley propone un consejo consultivo formado por el ejecutivo del estado, representantes de instituciones gubernamentales y distintos actores rurales. Se menciona la participación la Secretaría de Desarrollo Agropecuario (Sedagro) en conjunto con la Sagarpa a través de los programas en concurrencia, así como en los programas de inversión pública estatal, que en ese momento se consideraban: la Cadena Productiva de los Productores de Maíz y Frijol (PROMAF); Desarrollo de Capacidades, Innovación Tecnológica y Extensionismo Rural (PRODESCA); la Cadena Productiva de los Productores de Maíz y Frijol (incluye maíces criollos, operado por el FIRCO), y el Programa de Apoyo al Paquete Tecnológico de Granos Básicos (programa de inversión pública estatal). El 14 de octubre de 2015 se publica el reglamento correspondiente a la ley, para la instrumentación para el desarrollo del Programa Estatal para la Protección y Conservación del Maíz Criollo en su Estado Genético (Morelos,

Poder Ejecutivo, 2015). Las mecánicas planteadas se asemejan a las de los programas gubernamentales anteriormente mencionados. Es decir, se pretende agregar como un programa más a la lista de los ya existentes, que cambian, se repliegan, se eternizan en las secretarías, pero que no han trascendido a modificar ni impulsar verdaderamente desarrollos desde los campesinos con perspectivas sustentables, lejos de los intereses de los capitales privados.

La iniciativa de pasar a ley la conservación y protección de maíz criollo puede considerarse un instrumento importante para el resguardo de los maíces nativos de la entidad; sin embargo, se extraña en su planteamiento la consideración de los productores como actores activos y participativos de la misma ley, reglamentos e instancias de operación. Se vislumbra que la característica de no haber sido propuesta por los productores, grupos u organizaciones, deja una deficiencia importante en su operación. Así, los términos del reglamento consideran los mismos mecanismos de implementación de los programas gubernamentales actuales, en los que a través de solicitudes en ventanilla se dan los apoyos por intermedio de comercios proveedores de insumos. Entonces se observa que la mecánica da seguimiento a los mismos intereses y limitaciones que las políticas actuales, en donde los impulsos productivos, el respeto a las formas de producción, vida y lógicas de la agricultura campesina no tienen cabida. Todavía está por verse el camino que se seguirá en el ciclo agrícola de 2018 en que se echará a andar el programa. Ya veremos más adelante si desde la implementación de la ley será posible trascender los mandatos neoliberales en el tema de la protección del maíz criollo.

DESPOJO DE LA AGRICULTURA CAMPESINA EN LA CADENA DE MAÍZ

En este capítulo se hace un acercamiento a los procesos de despojo en que corporaciones y agroempresas inciden en las cadenas de producción y comercialización del maíz con destino a tortilla, teniendo como foco México, y con ejemplos de algunos aspectos de la cadena en Morelos, como lentes de los mecanismos actuales de control y disputas que existen en uno de los cultivos y alimentos más importantes del país.

La tortilla es el producto final predominante en el uso y procesamiento del maíz. El destino para consumo humano del maíz en México equivale al 54.3 por ciento del total disponible, correspondiendo básicamente el maíz blanco que se produce en el país; 29.5 por ciento se destina a la industria pecuaria proveniente del maíz amarillo de importación; 7.3 por ciento para la industria almidonera (amarillo); uno por ciento para semilla para sembrar (blanco) y 2.2 por ciento es merma (FIRA, 2016; SIAP-Sagarpa, 2010).

La tortilla y los productos de maíz representan para los mexicanos 32 por ciento del contenido energético de la canasta básica rural y 16 por ciento de la urbana (Coneval, 2012). Para llegar a su elaboración se llevan a cabo un conjunto de procesos y relaciones en diferentes vías, que involucran a actores de múltiples ámbitos. Si bien la producción de maíz, elaboración y consumo de tortilla puede darse en un solo lugar, como el caso de las unidades de producción campesinas; de acuerdo con datos de CEDRSSA (2014), cuatro millones de familias en el país consumen tortilla elaborada en sus casas. En otros casos existe una serie de eslabonamientos de actores y procesos en diferen-

tes lugares geográficos y de distinto tipo como productores agrícolas, intermediarios nacionales, comercializadoras extranjeras, empresas de diferentes escalas como almacenes, molinos, tortillerías, harineras, supermercados y consumidores urbanos la mayoría, pero también rurales. En realidad se entrecruzan tres mercados: grano, harina y tortilla, y al menos dos cadenas de valor, como puede ser grano-masa-tortilla y grano-harina-global.

Las cadenas globales de valor se consideran en tanto que el mercado de productos en el marco de la globalización ha llevado a que la producción, la expansión agroindustrial y las estructuras económicas y sociales del agro traspasen fronteras nacionales (Gras, 1997). Ante esto, si bien en lo general la producción de grano y tortilla de consumo nacional no implica el traspaso de fronteras nacionales, en ésta se involucran, cada vez más, agroempresas y otros procesos globales fuera del país. Las dinámicas actuales de la producción de maíz y tortilla están relacionadas, por ejemplo, con la bolsa de Chicago, tratados internacionales, empresas transnacionales, migraciones internacionales, que nos hacen visualizar a la cadena de valor del maíz mucho más lejos que como eslabonamientos meramente locales, y que trastoca aun a las unidades productivas campesinas que cultivan maíz, preparan y consumen sus tortillas.

Estas cadenas, de acuerdo con el análisis desde la gobernanza de las cadenas de valor que presentan Díaz y Valenciano (2012), tienen características de tipo cautivas, en tanto que pequeños productores independientes mantienen una subordinación económica a grandes compradores, aunque igual presentan un sesgo de tipo jerárquico, ya que los actores principales “son empresas transnacionales, integradas verticalmente con vínculos de control respecto de las empresas que participan [...]” (Díaz y Valenciano, 2012:19).

En tanto las cadenas globales implican, en el mayor de los casos, la subordinación de los productores, o al menos de algunos recursos y decisiones de los procesos productivos; así convierten los procesos tradicionales en disputas de valores, no sólo económicos, sino también de percepciones de calidad y gustos específicos, por lo que en las diferentes etapas del proceso se cuestionan elementos locales frente a preceptos de modernización.

En el caso del maíz se pueden ver valores que van tendiendo hacia innovaciones, en los procesos agrícolas desde la “revolución verde”, la elaboración manual y la industrialización de la tortilla, el consumo de maíz o trigo. Pero lo que aquí interesa no sólo es la transformación de los procesos, sino el sentido de ellos y los actores involucrados.

Siguiendo la cadena de valor, la producción de maíz inicia en la implantación de la semilla. Con ella se detona el ciclo productivo agrícola, es importante en tanto que es la síntesis de la planta que se va a generar, además de que tiene una significación biológica, también representa un nodo fundamental para el control de todo el proceso productivo, ya que contiene la información de un largo proceso de adaptación más o menos manipulado, y de sus potencialidades adaptativas. Las semillas certificadas han sido seleccionadas para manejos y fines específicos, en el campo y en los usos para los que el producto esté destinado, de manera que contienen información de la que depende las necesidades y vínculos con los mercados, los requerimientos de insumos agrícolas, de agua y destinos de las cosechas. De esta manera, como parte de la modernización, se ha llevado a cabo investigación que se incorpora al mercado mundial.

En el mundo, 53 por ciento de las semillas agrícolas que se comercializan es controlado por tres empresas: Monsanto (26 por ciento), DuPont Pioneer (18 por ciento) y Syngenta (9.2 por ciento), las cuales, junto con otras como Bayer, Dow AgroScience, completan las diez empresas que controlan 75 por ciento del mercado mundial de semillas (Grain y Vía campesina, 2015). Esto representa la invasión de certificaciones y patentes a los bienes comunes de la humanidad, además de que las semillas son materiales naturales también concentran conocimientos, historia común, experiencias de domesticación ancestral, información genética y prácticas de manejo que se enriquecen y readaptan constantemente, así como de alimentación de los pueblos. Son recursos estratégicos para la producción, culturales que se usan en la vida cotidiana de los pueblos, que se generan y se transmiten (Guzmán, 2016).

Monsanto es una empresa química creada en 1901, que a lo largo del siglo XX y lo que ha transcurrido del XXI se ha expandi-

do por todo el mundo a partir de la producción y distribución de productos que han impactado fuertemente en el uso, economía y salud del mundo y la población, lanzando productos básicamente intoxicantes como la sacarina y otros edulcorantes, fenoles, pegamentos, el nada amable agente naranja, y actualmente se dedica a las semillas, agroquímicos y transgénicos. La estrategia actual tiene una visión clara de expandir su influencia en el cultivo y control de granos básicos, en nodos que signifiquen la subordinación de productores, en amarres de paquetes tecnológicos en dependencias de semillas y agroquímicos (herbicidas e insecticidas) incidiendo en transformaciones profundas como la soyización en América del Sur o la amenaza del maíz transgénico en México.

Ventas y ganancias se incrementaron sucesivamente desde 2006; es decir, desde la crisis alimentaria a la actualidad, mientras los productores de granos básicos han vivido francas crisis, las ganancias se incrementaron de 7 344 millones de dólares a 14 640 millones de dólares en 2017 (Monsanto, 2018a y 2018b).

Por supuesto que en la información que la empresa difunde desde su sitio web (<www.monsantoglobal.com>) no escatiman en su discurso de “responsabilidad social” al financiar proyectos sociales en comunidades rurales y otras actividades; frente a la explicación ante las patentes basada en la defensa de la inversión y no responde a la invasión y control de la producción. Sigue argumentando el aumento del rendimiento con los transgénicos, aun cuando no se ha comprobado. Discute la no toxicidad del glifosato cuando se ha demostrado lo contrario, así como la inocuidad del transgénico. Sus posturas muestran la veracidad del argumento de Ignacio Chapela, de que en 40 años de producción de transgénicos en realidad sólo se cuentan con dos tipos: resistentes a herbicidas y los que producen su propio insecticida (Bt); éstos han dado pie a la presencia de supermalezas, y a que los insectos desarrollen resistencias. En otras palabras, han fracasado y las pruebas se encuentran coludidas con casos de corrupción con actores científicos que lo niegan e instituciones que los avalan (Chapela, 2013). Hoy se ha fusionado con Bayer para ampliar su emporio, después de intentar comprar Syngenta, en la búsqueda de monopolizar el mercado en el cual es

preponderante, bajo la combinación de la venta de semillas transgénicas junto con el herbicida Roundup (Monsanto, 2016; Bunge y Morse, 2015).

El control de semillas sustentado en las patentes, certificaciones y todo tipo de marcas, sean de organismos genéticamente modificados, híbridos o variedades mejoradas de cultivos, tiene como base el material genético que los agricultores han evolucionado a lo largo de la historia de la humanidad, y bajo manipulaciones científicas llevan al despojo de bienes comunes; esto es biopiratería y transnacionalización del germoplasma que los campesinos han cultivado, resguardado, recreado e intercambiado. Por supuesto, para dicho control se ha tenido el respaldo de los marcos jurídicos de los países, que en principio se han adherido al Convenio Internacional para la Protección de Obtenciones Vegetales de 1991, al que México se adjuntó en 1998. Dicho convenio se ha convertido en el instrumento para la instauración en cada país miembro¹⁴ de las llamadas “Leyes Monsanto”, dada la ventaja que a las semillas certificadas les otorga el mercado. Este convenio busca garantizar derechos a los obtentores de tipos de plantas, resultados de fitomejoramientos diversos que sean únicas, homogéneas, estables (UPOV, 2013); es decir, establece el derecho de uso de las semillas y propiedad al obtentor, con lo que se restringe el resguardo, intercambio genético entre semillas, e intercambio de semillas campesinas, con sanción en caso contrario. Estos procesos se han instaurado y llevado a cabo en varios países del mundo, incluyendo América Latina, como ha sido el caso de la Ley 9.70 de Colombia (Solano, 2013), el Decreto de Necesidad y Urgencia en Argentina (Trivi, 2016), por mencionar algunos.

En México, la restricción a la producción de variedades de polinización libre y abasto a pequeños productores tuvo lugar a partir del desmantelamiento de la Productora Nacional de Se-

¹⁴ El Convenio de la Unión Internacional para la Protección de Obtentores Vegetales (UPOV) inició en 1961, posteriormente en dos asambleas, 1972 y 1991, firmaron su adhesión otros países; actualmente está ratificado por 72 países. El mismo contiene “Orientaciones para la redacción de leyes”, basadas en el acta de 1991 del convenio de la UPOV.

millas (Pronase),¹⁵ entre 2001 y 2007. A partir de 1991, con la Ley de Semillas, inició y se permitió el incremento de la participación de empresas privadas (Espinosa *et al.*, 2013). En 1996 se aprobó la Ley Federal de Variedades Vegetales y en 2007 la Ley Federal de Producción, Certificación y Comercio de Semillas, que representa una amenaza para el manejo autónomo de las semillas por parte de los campesinos, al plantear la restricción y sanciones por el intercambio y comercio de semillas que no están certificadas.

Las modificaciones en el marco legal que en realidad han acentuado la distorsión y el desequilibrio en la producción y abastecimiento de semillas, dejan abiertas inconsistencias legales, así como espacios de amenazas, riesgos y sanciones para los productores campesinos. Éstas incluyen la regulación de todo tipo de semillas, mejoradas y nativas, lo que favorece y viabiliza la transnacionalización, la concentración y el despojo de semillas campesinas en manos de grandes corporativos (Espinosa *et al.*, 2013). Por ejemplo, para 2010 Monsanto comercializa 77.5 por ciento de las semillas de maíz en México, esto limita la participación de otros actores en la producción de semillas, especialmente nacionales, como la organización nacional de Semilleros Mexicanos Unidos, formada por 15 empresas nacionales como Novasem, Aspros y Proase —cooperativa en Chiapas—, la Universidad Autónoma de Chapingo, INIFAP, Fundación Produce, quienes llevan a cabo procesos de validación de semillas, venden a mitad de precio del que ofrecen las empresas extranjeras y afirman que sus materiales se encuentran adaptados a diversas condiciones agroclimáticas del país (Castañeda *et al.*, 2014).

En Morelos se ha impulsado, de manera paralela la siembra de maíz en monocultivo favoreciendo el uso de semillas híbridas. Desde la década de 1970, las guías técnicas de manejo de

¹⁵ Pronase cumplió funciones de generación, producción, multiplicación y comercialización de semillas, cubriendo hasta 60 por ciento del mercado nacional. Cesó sus operaciones en 2001 y desapareció por completo en 2007, dejando el mercado abierto a las empresas privadas y a las transnacionales.

maíz de temporal del INIFAP recomiendan con insistencia establecer variedades mejoradas, híbridas y formas de control de plagas y enfermedades con insumos industrializados, como se puede ver en todas las guías técnicas del instituto de diferentes años. A lo largo de las décadas los trabajos del instituto en Morelos también han promovido el cultivo de maíz criollo y la selección de semilla (Trujillo, 2003), y han difundido otro tipo de tecnologías, como biofertilizantes de azospirillium y micorrizas, de manera complementaria a los paquetes químicos (Trujillo, 2013); además existe una línea de investigación que ha llevado a cabo muestreos de razas nativas de maíces.

Sin embargo, los programas gubernamentales se han centrado en continuar proponiendo el cambio de semillas criollas por híbridas, desde el programa de Kilo por Kilo a fines de los años noventa, implementado para utilizar semilla mejorada generada en la investigación, para aumentar los rendimientos (Sagarpa-FAO, 2000), y el programa actual de PIMAF, sin contar que claramente hoy, en las reglas de operación de Sagarpa, se establece el apoyo a la semilla certificada y paquetes de agroquímicos en los programas correspondientes.

El cambio de milpa diversificada a monocultivo es una realidad en algunas tierras morelenses, así las variedades mejoradas e híbridas han tenido más efecto en las porciones de las cosechas que se destinan a la venta de grano y de elote. Aunque en las tierras con producciones para autoconsumo, si bien han sido influidas por el monocultivo, se utilizan básicamente las semillas nativas, seleccionadas y guardadas por las familias, con dos argumentos básicos: no tener que comprarla, por lo que la siembran y buscan la autosuficiencia y contar con maíces con sabores que les gustan, principios que no son considerados en los programas gubernamentales, bajo insistencias de buscar altos rendimientos.

El uso de maíz para autoabasto ha detenido el cambio total a semillas híbridas, aunque un mismo productor puede manejar los dos tipos de semilla en diferentes parcelas, bajo el precepto de que la cosecha comercializable preferentemente es la sembrada con semilla híbrida. De igual forma, los insumos químicos, adquiridos y aprehendidos con el cultivo de hortalizas muchas veces

son llevado hacia el maíz, aunque hay diferencias en el manejo, tendiendo a usar menos de ellos en los nativos, más motivados por las resistencias de maíces adaptados a las condiciones de las regiones, y la decisión de gastar menos recursos económicos, bajo lógicas de consumo para los productos de uso. Es decir, los escenarios de usos de paquetes tecnológicos son variados, sin dejar de estar presentes en todas las unidades de producción.

No deja de verse que en algunas ocasiones, ante el control del mercado de insumos por las tiendas de los proveedores, sin reglas, éstos se han aliado a los programas gubernamentales teniendo libertad en las decisiones de los productos con los que se apoya a los productores, lo cual ha creado clientelismos.

A través del Sistema Nacional de Investigación y Certificación de Semillas (SNICS) se promueve el registro de las semillas criollas, lo cual puede ser un juego de doble filo; por un lado, se promueve que a través de esto se protegerán, sin existir mecanismos claros para esto, pero igualmente resulta en información generada para catálogos oficiales, y no necesariamente para uso y beneficio de los productores.

La comercialización es otro campo de control de la producción agrícola, que en su versión neoliberal ha tenido como consecuencia la distorsión de las estructuras de producción en los diferentes países y ha fortalecido el acaparamiento de cosechas y acumulación de ganancias para grandes agroempresas. Actualmente Cargill, Archer Daniels-Midland (ADM) y Bunge controlan casi 80 por ciento del comercio mundial de granos básicos, alimento principal de la población, sólo ADM tiene 30 por ciento del mercado estadounidense (Grain, 2008).

Cargill se dedica desde 1865 a la compra, venta, procesamiento y distribución de granos y otras mercancías agrícolas. Ubica su expansión en coyunturas, en este caso la Primera Guerra Mundial y la fluctuación de producción y precios de los granos. Se posiciona en los mercados de granos básicos, oleaginosas y alimentos balanceados, entre otros productos, que han marcado historias de transformación de las pautas de consumos y producción en los países, obteniendo crecientes y amplias ganancias. Sus ventas fueron de 27 300 millones de dólares en 2016-2017, y las ganancias de 888 millones de dólares (Cargill, 2017a).

Esta empresa igualmente presenta un discurso, bajo el compromiso de “ayudar al mundo a prosperar” (<<https://www.cargill.com.mx/es/inicio>>) y sensibilidad hacia la sociedad, la economía de la población y al deterioro del planeta, en tanto el gran impacto que tiene a lo largo de 70 países beneficia a 155 mil trabajadores al brindar empleo. En su giro de venta de harina reconoce la importancia de la nixtamalización, de igual manera propone estimular prácticas agrícolas sustentables al firmar un convenio de acopio de granos para la gran empresa Bimbo con apoyo del CIMMYT (Cargill, 2017b). Igualmente, ha sostenido por tres años consecutivos una convocatoria para otorgar un Premio a la Seguridad Alimentaria junto con CIMMYT (Cargill, 2017c), nada más sarcástico frente a la pérdida de soberanía alimentaria de países dependientes frente al mercado mundial del que es líder importante. Por supuesto que estas acciones y discursos corresponden a la cara de responsabilidad social que las empresas deben mostrar al mundo, pero no deja de sorprender que su director, Dave MacLennan, presenta un discurso de defensa del comercio mundial, haciendo un llamado a los países a ponerlo por encima de la defensa de las economías nacionales (Cargill, 2018).

En México, Cargill se ha convertido en el eslabón de acopio y distribución de granos que Conasupo dejó desocupado a partir de 1999. Actualmente controla el acopio de 70 por ciento de granos básicos del país, además de recibir los subsidios gubernamentales que no llegan a los productores; por ejemplo, en plena crisis alimentaria, en 2007, recibió 14 millones de pesos por parte del gobierno federal para la exportación de maíz blanco de Sinaloa fuera del país, fortaleciendo la especulación y desabasto que meses después detonó la crisis alimentaria (Ramírez, 2007).

La tendencia en el acopio y la distribución de maíz dibuja el siguiente escenario en el país. El maíz se produce mayoritariamente en Sinaloa, Jalisco, Estado de México, Guanajuato y Michoacán. Para que estas producciones lleguen a los molinos (destino prioritario dado por el consumo de la tortilla) de los estados y regiones deficitarias tienen que pasar por manos de los comercializadores, que son los que dan los servicios necesari-

rios desde la parcela hasta la industrialización; esto es, son los que compran el grano, pagan, criban, envasan, transportan, lo venden a Diconsa, a los molineros y a los distribuidores. Éste es el punto en que Cargill compra cosechas, preferentemente a grandes productores, también hay empresas nacionales que compran maíz destinado a la industria de la masa y tortilla: Gruma, Diconsa, Minsa y otras especialmente en estaciones de producción de riego, de los estados del norte y del Bajío, y las vende a los estados deficitarios, como Morelos.

Las producciones llegan primeramente a los almacenes. Entre éstos también hay diferencias en cuanto a tamaño, capacidad y equipo para recibir, almacenar y distribuir los granos que reciben; es decir, el sistema de almacenamiento es sumamente heterogéneo y concentrado. Existen grandes silos altamente tecnificados y con gran capacidad de compra, que representan 16 por ciento de los 442 almacenes en el nivel nacional que existen, se instalan en los lugares de proveedores más importantes; es decir, Sinaloa y Jalisco, y representan a grandes empresas como Cargill, Bachoco, Minsa. Éstas cuentan con 69 por ciento del total del volumen de almacenamiento nacional. Por otro lado, el resto, 84 por ciento, cuenta con infraestructura, capacidad y equipo más bajos, con características diferenciadas, abastece a compradores que se ubican a distancias cortas, comercializa cantidades pequeñas y distribuye a tortilleros, forrajeras y comerciantes locales y regionales (Ortiz y Ramírez, 2017).

Los proveedores de los almacenes son 78.3 por ciento productores individuales; grupos de productores, 8.7 por ciento; empresas nacionales, 7.0 por ciento; socios de almacén, 5.3 por ciento, y 0.7 por ciento empresas internacionales, según la clasificación de Ortiz y Ramírez (2017). Lo cual ilustra que una gran cantidad de proveedores individuales y organizaciones están proviendo a una red centralizada de almacenes, sustentando la dependencia de los primeros en la adopción de decisiones de las grandes empresas sobre las condiciones de compra, incluso influye esta situación en el precio, aunque éste se encuentre definido en la bolsa de Chicago.

Los molineros de las distintas regiones prefieren abastecerse de los almacenes grandes, ya que sólo éstos les garantizan las

cantidades y temporalidades en la entrega de granos, al contrario de los productores que de manera individual no pueden garantizar los volúmenes y constancia que requieren los molinos o las tortillerías. Por eso los productores tienen que llevar sus cosechas para venta a pequeña o mediana escala a los centros de acopio o centrales de abastos regionales. Entonces, la disponibilidad de granos, masa y tortilla depende de la comercialización (acopio y distribución) que las grandes empresas hacen del grueso de los productores nacionales. Mientras más dinámica e innovadora sea la empresa comercializadora, con mayor facilidad permanecerá en el mercado, de manera que son unas cuantas, las más grandes, las que acaparan dichas funciones.

A partir de la existencia del establecimiento para la distribución de grano y la industrialización de tortilla es que éstas llegan al consumidor final, quien las adquiere en una multiplicidad de establecimientos, a los que el censo económico de 2009 los detalla como 78 872 molinos y tortillerías, 580 mil tiendas de abarrotes, 3 319 supermercados y 20 mil establecimientos minisuper (CEDRSSA, 2014).

Morelos es un estado deficitario en la producción de maíz con respecto a su consumo, dado que se considera que el consumo estatal es de 200 mil toneladas (Gobierno del Estado de Morelos, 2014), mientras que la producción total de maíz fue de 91 373 toneladas, en 2016 (SIAP-Sagarpa, 2018). Así, el consumo depende de la cadena de valor en la que participan distintos actores nacionales y empresas transnacionales. Como mencionamos anteriormente, una parte de la producción de los municipios que más producen es vendida a los intermediarios que la colocan en la cadena de maíz pozolero. Por otra parte, el consumo intra e inter comunitario absorbe aproximadamente 80 por ciento de la producción local, que se utiliza en el consumo alimentario, pero igualmente para alimentación de animales, de tal manera que el maíz morelense que circula en el mercado es proporcionalmente restringido conforme al consumo estatal.

Algunas cifras aproximan a esta relación. A partir del dato que Coneval (2012) proporciona del consumo *per cápita* diario de tortilla, corresponde a la población urbana un consumo anual de 56.5 kilogramos, y de la población rural de 79.5 kilogramos,

más 25.6 kilogramos de maíz para otros usos alimenticios. Considerando que cada kilogramo de maíz se traduce en 1.48 kilogramos de tortilla, esto equivaldría a 53.7 kilogramos de maíz por cada uno de los 304 609 pobladores rurales del estado (16 363.442 toneladas), y 38.3 kilogramos de maíz por cada uno de los 1 599 201 pobladores urbanos (61 249.398 toneladas). Esto lleva a calcular un consumo de maíz para tortillas de 77 612.84 toneladas en el estado. De acuerdo con las consideraciones anteriores, esta cantidad de maíz, más la que se utilice para otros fines además de la tortilla, se estaría adquiriendo en otros estados del país, al menos las 61 mil toneladas de consumo urbano. En realidad, las cifras y los procesos en Morelos reflejan una desorganización de las producciones y consumos.

De tal manera que las dinámicas locales de producción y comercialización agropecuaria se vinculan y subordinan con las redes nacionales. Si estas mismas producciones locales se destinan al autoabasto y al maíz pozolero, principalmente, el consumo de maíz, en especial para tortilla de una población urbana de 1.5 millones, se satisfacen con la producción proveniente de los estados de importación nacional. En el periodo de junio a noviembre proviene principalmente de Sinaloa, y a partir de diciembre y hasta mayo del siguiente año de Guanajuato, Jalisco y Michoacán.

Entre los intermediarios del estado se cuentan algunos grandes, quienes tienen bodegas fuera del estado, y otros pequeños y medianos distribuidores. Ellos cuentan con transportes, acopian de diferentes lados fuera del estado, incluso llegan a ir a Sinaloa, Guanajuato y otras entidades, y luego venden al menudeo, medio mayoreo o mayoreo.

En Morelos existen dos grandes almacenes, uno en Cuautla y otro en Tezoyuca. Éstos son abastecidos por maíz de fuera, que posteriormente venden hacia bodegas menores. Existen otros almacenes acopiadores importantes que funcionan más bien como concentradores para recibir las producciones de granos del estado, dos de uniones de ejidos, y los de Aserca, aunque en realidad el acopio se ha trasladado más hacia el sorgo. De ahí se distribuye hacia un sistema de comercios medios de granos, molinos y posteriormente tortillerías, en vías distintas, no muy

organizadas, y a veces tampoco registradas. Las tortillerías son en sí el último eslabón antes de llegar a los consumidores; algunas llevan a cabo la nixtamalización y molido, otras compran masa, además de la harina, que cada vez se incorpora más al proceso de industrialización de la tortilla.

Los molinos y tortillerías prefieren procesar maíz híbrido porque es más harinoso que el criollo, aunque menos nutritivo, pero hace a este tipo de tortilla más suave; en cambio con el maíz criollo, el proceso de industrialización da lugar a una tortilla más dura, que se hace más tiesa con el tiempo. Esto es porque el maíz criollo ha sido seleccionado de acuerdo con las necesidades y usos de la elaboración de productos de manera manual, diariamente a pequeña escala, de consumo inmediato, de calidad deseada por productores y sus familias y, por cierto, más nutritivo. No fue seleccionado para su procesamiento en máquina, refrigeración y el guardado de un día para otro. Además, el híbrido es más homogéneo, es un grano con una cierta estandarización adecuada a la industrialización, lo que la diversidad de criollos no cumple, por eso como tendencia general, molinos y tortillerías prefieren comprar maíces híbridos.

Anteriormente los productores de criollo vendían a molinos y tortillerías, pero poco a poco se fue limitando esta venta, aun en los pueblos rurales en que se fueron instalando tortillerías. Todavía es posible encontrar la elaboración de tortillas en máquina de maíz criollo, pero sólo en escalas pequeñas, por parte de molinos o tortillerías locales, lo que da cierto prestigio por la preferencia de la gente a poder comer tortillas de maíz propio, de la comunidad, a pesar de no hacerlo por el cultivo y elaboración dentro de la unidad familiar. De manera puntual, en Tlayacapan y Totolapan se encuentra que algunos productores sí pueden colocar en molinos cierta cantidad de las proporciones de semilla chica de maíz pozolero, sabiendo que es apreciada por la población; las cantidades son variables, de acuerdo con las disponibilidades y necesidades del momento de los productores. Sin embargo, es algo que no sucede en todos lados.

La harina de maíz para combinarla con granos en la industrialización de tortilla ya participa en 50 por ciento del proceso de elaboración de masa (Torres, 2009), y ocupa 36 por ciento de

la materia prima de las tortillas (Gruma, 2017). Esta presencia de la harina en las tortillas que la población del país consumimos representa una desventaja tanto para productores como para consumidores. Por un lado, se lleva a cabo con maíz híbrido, lo que significa que induce el tipo de semilla a sembrar, a pesar de que los criterios con los que estas semillas se han seleccionado son comerciales y productivos, no de preferencias de consumo. Por otro lado, la harinización repercute negativamente en la calidad nutritiva de la tortilla, ya que la elaboración de harina no se nixtamaliza o sólo se hace parcialmente, con lo que se disminuye el contenido de calcio y la disponibilidad de niacina, en comparación a la nixtamalización que lo potencia. Gruma publica que las tortillas elaboradas y empaquetadas por ellos son de harina nixtamalizada, lo que no se menciona en la harina. Cargill sí anuncia la harina que elabora con este procedimiento.

Asimismo, el proceso industrial implica retirar la cutícula del grano para obtener harinas más blancas, lo que lleva a mayor pérdida de la calidad nutritiva del cereal. También se ha demostrado que durante el proceso del nixtamal se destruyen toxinas generadas por hongos presentes en los granos durante el almacenamiento, y el proceso de elaboración de harina no lo logra. Con esto se pierde el proceso de destrucción de toxinas generadas por hongos presentes en los granos almacenados (Zamudio, 2011).

Entonces, en este proceso de combinación de grano y harina, las tortillerías y tiendas de supermercados se abastecen de las plantas de Maseca del corporativo Gruma, empresa nacional que controla entre 32 por ciento de la producción maicera del país. El mercado de la harina está repartido entre las siguientes empresas: Gruma, 70 por ciento; Minsa-Bunge, 22 por ciento; Harimasa, 2.7 por ciento; Cargill, 2.7 por ciento; otras, 2.7 por ciento

Gruma considera que 64 por ciento de la materia prima de las tortillas elaborada con masa nixtamalizada representa un reto para ser sustituida por harina de su marca (Gruma, 2017); es decir, el camino que se plantea es sustituir toda la masa por harina, a pesar de que en este momento ya es clara la dependencia del proceso de elaboración y consumo de tortilla hacia las grandes corporaciones que controlan, cada vez más, proporciones importantes de la venta y consumo de tortilla.

Gruma se fundó en 1949, como monopolio. Es una empresa mexicana, en su crecimiento ha utilizado la estrategia de diversificación, manteniendo nodos de control, como el de la harina. Cuenta con diferentes productos: tortillas, harina, frituras, snacks, sazónadores y algunos elaborados con trigo: Maseca, Misión, Guerreros, Tortirrica Tosty, e incluso maquinaria para la elaboración de tortilla. Es una industria creciente. En 2014 logró ventas netas de 3 400 millones de dólares, 70 por ciento de operaciones en 113 países. En México tiene 18 plantas de harina de maíz y seis de otros productos (Gruma 2017). Creó su propia demanda al comprar una cadena de tortillerías en todo el país, además de las miles de empresas que venden a millones de consumidores (Vargas, 2017).

La estrategia de Gruma incluye, además de la expansión y el exceso de capacidad instalada, mantener siempre los precios a su favor, y establecer sus ganancias en la brecha entre los precios del maíz y la harina. El precio nacional de la harina se incrementa por encima del precio de maíz, el que está controlado, del salario mínimo igualmente controlado, e incluso del incremento del precio de la tortilla (Vargas, 2017).

El precio de las tortillas no puede bajar, ya que los miles de negocios de las tortillerías se encuentran atrapados entre los costos fijos que apenas logran cubrir. Éstas elaboran 210 kilogramos de tortillas diarios a pesar de tener capacidad de producir 100 kilogramos por hora. Mientras tanto, los supermercados que elaboran y venden tortillas como Walmart, Soriana, Comercial Mexicana, Chedraui, logran abaratar los costos fijos a través de la infraestructura global del negocio, y pueden vender más barata la tortilla (CEDRSSA, 2014).

Entonces, aunque el precio de la harina y la tortilla se incrementen, las ventas no disminuyen, incluso pueden hasta ampliarse, seguramente los precios de otros alimentos prescindibles subirían también, y la tortilla como bien básico y obligado culturalmente en la dieta nacional no se dejará de consumir; es lo que Vargas (2017) explica como demanda rígida frente a la elasticidad del precio. Esto hace que el mercado de la harina domine actualmente la cadena de valor del maíz, cuya perspectiva parece ampliarse.

Resulta claro que dichas tendencias en la industrialización de tortilla han tenido como consecuencia la disminución de cultivo de maíz en el estado, lo cual no sólo se traduce en las necesidades locales de importación de maíz blanco producido en otros estados, sino también en la disminución de producción de maíz nativo y tortilla elaborada a mano con la consecuencia en el incremento de la compra de tortillas industrializadas. Esto va aumentando el margen de venta de dichas tortillas y, adicionalmente, marca la preponderancia del uso del maíz híbrido para este fin.

A pesar de las desventajas en la calidad de la tortilla y otras, la presencia de las harinas de maíz es cada vez más importante en la elaboración industrial de tortillas, con lo que se fortalece la dependencia del proceso de elaboración y consumo de tortilla hacia las grandes corporaciones que controlan importantes proporciones de la cadena de producción-consumo de tortilla.

Por supuesto que en términos productivos, estas dos tendencias llevan a la necesidad de reajustes en las agriculturas campesinas, e impacta en la presión sobre la producción de los pequeños productores que resguardan las semillas nativas, ya que actualmente se ha dado un proceso en que el maíz híbrido importado se posiciona poco a poco en la cadena de valor y el nativo se va restringido al autoabasto. Esta situación es similar en los estados deficitarios de grano del país.

El maíz campesino y la alimentación nacional se encuentran en disputa. Las vías actuales de comercialización de maíz nativo, si bien permiten la persistencia y articulación de procesos campesinos, la diversidad de productos de consumo local y elaboración manual de tortilla, también deja ver tendencias de injerencia importante de acaparamientos y el dominio de grandes corporaciones nacionales e internacionales, las que controlan intercambios y precios en diferentes etapas de la comercialización: desde la venta de granos hasta la harinización, implicando trabas para la entrada de productos campesinos. Vemos que los procesos de intermediarismo e industrialización dominados por corporaciones transnacionales son las que van controlando los rangos del maíz que participa en la cadena de valor del grano y la tortilla. En estos pasos, los productos maiceros campesinos

van posicionándose en ámbitos restringidos, pero resguardados por las agriculturas locales, sin quedar completamente fuera del mercado ni de los procesos globales.

Asimismo, encontramos en disputa el papel de los campesinos como actores frente al mercado y como desplazados del despojo neoliberal. No puedo cerrar este capítulo, sin mencionar que las tendencias actuales apuntan hacia la necesidad de reposicionar en el proyecto de país al maíz en general, para lo que las políticas gubernamentales tienen que plantearse el compromiso de impulsar y defender el cultivo de maíz nativo, las producciones campesinas con programas efectivos y su comercialización viable y redituable, las acciones de empresas nacionales tanto semilleras como comercializadoras. Pero, sobre todo, es imprescindible limitar y restringir las prácticas monopólicas y favoritismos hacia las grandes corporaciones agroalimentarias protagonistas del despojo de recursos de las agriculturas campesinas.

De igual manera, es una urgencia la consideración en las acciones y perspectivas de los diferentes actores de la sociedad, el reconocimiento de la cultura campesina, de los conocimientos sobre el maíz, la multiutilidad, la complejidad de las cadenas de valor, el papel del maíz nativo y su cultivo en toda su diversidad y potencialidad.

BLANCA

EPÍLOGO. DISPUTAS Y UTOPIÁS

Para cerrar el libro he optado por hacerlo con un epílogo, para intentar reflexionar hacia adelante. Sólo retomo la idea de visualizar el maíz en México como un bien en disputa, que configura un escenario en el que se dirimen múltiples intereses en relaciones sociales complejas. Algunos elementos que se encuentran en disputa en dicho escenario son las prácticas campesinas en el marco de un modo de vida propio; la persistencia y reproducción social de una franja de la población nacional; el papel cultural del grano, planta y alimento; la biodiversidad del maíz nativo y las milpas; la necesidad de alimentación de la población nacional; el mercado del grano con sus influencias locales, nacionales y globales; la cadena de valor con sus múltiples actores que reproducen las desigualdades en la estructura social, productiva y comercial nacional; la preponderancia de las grandes corporaciones globales con los mecanismos gubernamentales que favorecen e impulsan sus acciones; la aplicación de medidas nacionales a partir de los convenios y obligaciones adquiridas ante las tendencias del mercado y en general los procesos globales. En fin, se encuentran en disputa las agriculturas locales, la seguridad alimentaria y la soberanía nacional frente a los intereses de corporaciones globales que conforman el despojo neoliberal.

Este tema no tiene término, o por lo menos aún no, afortunadamente. La información y reflexiones a lo largo de los capítulos no son definitivos; por el contrario, cada apartado está en realidad inconcluso, deja nuevas preguntas, tiene huecos de información para buscar y seguir documentando tanto las estrategias campesinas y sus adaptaciones, así como las tendencias

de despojo a la vida que desde las estrategias neoliberales las empresas transnacionales mantienen avanzando.

¿Qué sigue frente a esto? ¿Cambiar la estructura o sobrevivir en la estructura? ¿Salvar al capitalismo para salvar la subsistencia? ¿Resistir para enfrentar al sistema o para sostenerlo? ¿Hacia dónde se dirigen las resistencias?

Por supuesto que no pretendo responder las preguntas anteriores y mucho menos intentar visualizar el futuro. Las utopías están planteadas y seguramente hay muchas: desde cada lugar se dibujan distintas en una multiplicidad de colores. Quisiera enumerar algunas ideas sobre los lugares desde los que se están construyendo las defensas del maíz, de lo propio, las resistencias y dignidades frente al despojo neoliberal.

El interés es distinguir desde dónde y cómo se resiste para visibilizar esos espacios y procesos, valorizarlos como ámbitos de defensa, de trabajo, de propuestas de políticas públicas. Para saber que éstos existen y cuidar que lo sigan haciendo.

La defensa del maíz se sustenta, en primer lugar, en la cotidianidad campesina. En el día a día se defiende la vida misma. Para eso se requiere sostener las posibilidades materiales y relacionales indispensables; es decir, los recursos y las redes. La cotidianidad campesina se lleva entre la recreación de un modo de vida, el ejercicio del trabajo como dador de sentido a la vida y la generación de alimentos.

La semilla es símbolo y nodo objetivo. Cuidar las semillas propias es defender la vida. La protección de semillas tiene un tinte de garantía para la vida rural en general, implica el inicio y final de ciclos de reproducción agrícola y cultural. La producción y resguardo de semillas está sostenido por las historias agrarias y de arraigo de los pueblos, los cuales sostienen el manejo de la tierra con todo el universo de conocimientos contenidos en ésta. De igual manera, de las semillas se desprenden los procesos productivos que dan lugar a toda la gama de productos con múltiples usos para los grupos campesinos, la población citadina y las industrias; esto es, se sostienen los mercados de productos destinados a la alimentación de una población creciente, las materias primas para la industria y el desarrollo económico en general, el mercado en el que circulan alimentos que comemos

todos. Al mismo tiempo se generan los productos de consumo campesinos que garantizan su alimentación, seguridad alimentaria y reproducción social, lo que alimenta, a su vez, las historias y procesos de arraigo a la tierra. Éste es el ámbito terrenal de las resistencias.

Las mujeres defienden, como guardianas del maíz, de la milpa, de sus procesos y sus entornos, resguardan semillas y vida. El campo feminizado guarda las observaciones y saberes para enfrentar cambios climáticos, urbanizaciones incontenibles, modificación de ecosistemas, concesiones de sus territorios a mineras y violencias de guerras ajenas.

Ellas resguardan los pueblos, desde su presencia mayoritaria ante migraciones masivas, echando a andar milpas, trastocando pautas de las asambleas ejidales, haciendo nuevas redes, triplicando trabajo, y conteniendo las deudas y derroteros de los jóvenes y niños ante escenarios desolados mientras la sociedad hace algo por resarcirlos.

¿Qué se disputa, qué se defiende? Más allá, que quizá en el día a día campesino no se vislumbra, lo que se defiende son los bienes comunes, la ciudadanía como inclusión a la sociedad y derecho a ser, así como la soberanía alimentaria.

Se disputa el territorio en un sentido amplio, con todos los componentes del territorio: el elemento tierra, en su acepción agraria, histórica, forjadora de arraigo, los procesos que se llevan a cabo y los sujetos que lo sustentan.

Se disputan los bienes comunes, de todos, como elementos que han fraguado la relación entre espacio y semilla: los recursos, el trabajo, las experiencias, los conocimientos, las relaciones sociales. Lo que está en juego es, en realidad, el modo de vida propio, dinámico, que se sostiene y recrea a través de la disputa y la resistencia.

Desde la disputa se pone en la discusión la ciudadanía. Es decir el territorio como espacio público, que desde una perspectiva de inclusión y pertenencia a la sociedad visibiliza los procesos de construcción de elementos materiales y relacionales que dinamizan regiones rurales, uso de recursos naturales, campos de cultivo, espacios de intercambio, recreación de costumbres, prácticas alimenticias, transmisión de conocimientos y formas

de organización social, a través de interacciones y negociaciones entre distintos actores. En otras palabras, la defensa de la agricultura campesina implica el posicionamiento de los actores desde una ciudadanía amplia, participativa, incluyente, que da sentido a la sociedad.

La soberanía alimentaria es otro elemento en disputa. Representa la confluencia política de los dos elementos anteriores, en tanto el alimento como bien necesario para una amplia colectividad y la soberanía como inclusión a los derechos de la nación desde el ejercicio de la autonomía. Se plantea la disputa del modelo de desarrollo desde el control del elemento estratégico frente al mercado mundial: los alimentos y la capacidad de las agriculturas campesinas de proporcionarlo. Si las agriculturas campesinas generan en los países del sur entre 60 y 80 por ciento de la alimentación de la población general, esto es la base para la autosuficiencia, para una reorganización de productos, mercados y voluntades políticas para hacer de la agricultura campesina el cimiento de la soberanía alimentaria; es decir, para liberar a las economías nacionales de las dependencias y preferencias de las agroempresas transnacionales y de los condicionamientos neoliberales.

La existencia actual de la agricultura campesina muestra el interés de resguardar los territorios y el conjunto de procesos que guardan en sí el potencial de seguridad alimentaria con soberanía en los niveles familiar, comunitario, regional y nacional.

Las búsquedas alternativas de formas de producción y organización van marcando procesos de generación e intercambio de nuevos paradigmas de innovación y apropiación, lo que va posicionando a las organizaciones de productores en otros lugares frente a las tendencias del mercado global. Resaltan las búsquedas de agricultura orgánica, agroecología e intercambios a través de formas participativas, activas, algunos le llaman de “campesino a campesino”, pero también se plantean interacciones entre técnicos, productores y científicos. Éstas son propuestas que trascienden las cotidianidades campesinas, ya que resultan de planteamientos problematizadores para abordar desde opciones organizadas.

La Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras, con 20 años de experiencia, ha pasado de las tareas de la comercialización hacia la búsqueda del control del proceso de producción por medio de la capacitación y aplicación de productos orgánicos para restablecer la fertilidad de la tierra y el aprendizaje. La veta actual se encuentra en romper la dependencia de los productores hacia las empresas productoras de insumos al generar los propios mediante biofábricas y programas apropiables. La apuesta es la autonomía en la generación de cultivos sanos, el trabajo digno y el cuidado de los recursos. Otro ejemplo es la Cooperativa Indígena Tosepan Titataniske, de influencia regional, originalmente de cafetaleros, que a lo largo de 40 años ha avanzado hacia la diversidad de proyectos (capacitación, ahorro, ecoturismo, orgánicos, comercialización), cooperativas que desde un enfoque de agricultura campesina, le apuestan a la inclusión e innovación con jóvenes y mujeres. Por supuesto que existen muchas organizaciones locales y regionales, proyectos e iniciativas de mujeres, productores, jóvenes que incluyen en sus derroteros la defensa del maíz, de la agricultura campesina, del país y muchas otras defensas particulares.

No puede dejarse de marcar la gran cantidad de movimientos sociales que sostienen y extienden las resistencias que de alguna manera apuntalan hacia la defensa de las soberanías nacionales y las agriculturas campesinas. Así, menciono las luchas contra los transgénicos, que en México han detenido el lanzamiento comercial del maíz transgénico, y se disputa día a día, a través de una acción colectiva, y el movimiento social de la campaña Sin Maíz no hay País. La iniciativa de Valor al Campesino en la que confluyen organizaciones de distinto tipo en la reivindicación de la importancia del papel de los campesinos en el país. Parece que sólo este camino organizado permite avanzar en la defensa de los derechos, y hacer frente a la debacle general, al rumbo perdido en la construcción de un país.

Sí, se quiere seguir viviendo, y desde el campo mexicano poder vivir bajo los preceptos campesinos, con todo y sus cambios y paradojas. Esto además guarda los lugares de donde se puede construir la seguridad alimentaria del país, lo que sentaría bases para la soberanía necesaria para decidir qué país queremos.

Ésta es la utopía: poder decidir qué país se quiere. Ésta también plantea los escenarios de disputa como ventanas para investigaciones y acciones conjuntas a través de redes de académicos, organizaciones no gubernamentales, organizaciones de productores y redes de la población en la ampliación de frentes de defensa del maíz y del país. Los debates están abiertos.

Por último y reiterando a contracorriente de las visiones de modernidad, del gran negocio que el hambre representa, de las grandes tendencias de privatización y despojo desde la globalización y sus transnacionales, así como de las políticas gubernamentales subordinadas a los mandatos hegemónicos, sostengo que la vida campesina, la agricultura maicera y sus propias lógicas no son obsoletas, sino que por el contrario, representan una visión de futuro, ya que son necesarias y urgentes para rescatar, o al menos menguar la picada de México en la crisis agrícola, el desamparo de la pobreza y la dependencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Aceves Ruíz, Ernesto; Antonio Turrent, José Cortés *et al.* (2002), “Comportamiento agronómico del híbrido H-137 y materiales criollos de maíz en el Valle de Puebla”, en *Revista Fitotecnía Mexicana*, vol. 25, núm. 4, pp. 339-347.
- Agencia de Servicios a la Comercialización y Desarrollo de Mercados Agropecuarios (Aserca) (2017), “El Programa de apoyos a la cobertura de precios y su contribución a la modernización del comercio agrícola en México”, en *Revista Claridades Agropecuarias*, Edición Especial 2012, México, Sagarpa, disponible en <<http://infoaserca.gob.mx/claridades/revistas/229especial/ca229especial-3.pdf>>.
- Alarcón, Sandra (2008), *El tianguis global*, México, Universidad Iberoamericana.
- Álvarez-Buylla, Elena; Cristina Barros, Emmanuel González y Alma Piñeyro (2017), “Presencia de maíz transgénico y glifosato en nuestro alimento: sin evidencia científica de no toxicidad”, en *Gaceta Digital UNAM*, núm. 4924.
- Ávila Curiel, Abelardo; Adolfo Chávez Villasana y Marco Antonio Ávila Arcos (2008), “La situación nutricional de la población mexicana”, en *Rumbo Rural*, año 4, núm. 9, mayo-agosto, pp. 64-87, disponible en <http://subsidiosalcampo.org.mx/wpincludes/textos_pdf/otros/Rumbo_Rural_09_a.pdf>.
- Ayala-Ortiz, Dante y Raúl García-Barríos (2009), “Contribución metodológica para valorar la multifuncionalidad de la agricultura campesina en la meseta purépecha”, en *Economía, Sociedad y territorio*, vol. IX, núm. 31, pp. 759-801.
- Banco Mundial (1991), *Informe*, Washington, Banco Mundial.

- Bartra, Armando (2008), *El hombre de hierro. Límites sociales y culturales del capital en la perspectiva de la gran crisis*, México UACM/Itaca/UAM-Xochimilco.
- Bartra, Armando (2010), *Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado*, La Paz, Instituto para el Desarrollo Rural de Sudamérica.
- Bartra, Armando (2013), “Crisis civilizatoria”, en Raúl Ornelas (coord.), *Crisis civilizatorias y superación del capitalismo*, México, UNAM, pp. 25-71.
- Bartra, Armando (2014), “Por un cambio de paradigma”, en Armando Bartra, Rosario Cobo, Miguel Meza, Lorena Paz Paredes, Víctor M. Quintana y Lourdes Rudiño, *Haciendo milpa. Diversificar y especializar: estrategias de organizaciones campesinas*, México, Itaca/Circo Maya, pp. 15-40.
- Bartra, Armando (2016), *Hacia un marxismo mundano. La clave está en los bordes*, México, Itaca/UAM.
- Bartra, Roger (1974), *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, Era.
- Berger, John (1979), *Puerca Tierra*, Madrid, Alfaguara.
- Bolos, Silvia (2008), *Mujeres y espacio público: construcción y ejercicio de la ciudadanía*, México, Universidad Iberoamericana.
- Bourdieu, Pierre (2008), *Argelia. Imágenes del desarraigo*, México, El Colmex.
- Bunge, Jacob y Andrew Morse (2015), “Porqué Monsanto quiere comprar Syngenta”, en *The Wall Street Journal Americas*, 11 de mayo, disponible en <<http://www.lanacion.com.ar/1791691-porque-monsanto-quiere-comprar-syngenta>>.
- Caballero Deloya, Miguel (2011), *Estudio de gran visión y factibilidad económica y financiera para el desarrollo de infraestructura de almacenamiento y distribución de granos y oleaginosas para el mediano y largo plazo a nivel nacional*, México, Sagarpa/Fideicomiso de Riesgo Compartido/ Colegio de Postgraduados/Comité Nacional Sistema Producto, disponible en <http://www.sagarpa.gob.mx/agronegocios/Documents/Estudios_promercado/GRANOS.pdf>.
- Caballero, Javier y Laura Cortés (2001), “Percepción, uso y manejo tradicional de los recursos vegetales en México”, en Beatriz Rendón *et al.* (comps.), *Plantas, cultura y sociedad*.

- Estudio sobre la relación entre los seres humanos y plantas en los albores del siglo XX*, México, UAM/Sedema, pp. 79-100.
- Carballo, Aquiles y Arahón Hernández (s/f), *Selección y manejo de maíces criollos. Sistemas de agronegocios agrícolas*, México, Colegio de Postgraduados/Sagarpa.
- Castaignts Teillery, Juan (2004), “Los mercados como campos y arenas. Hacia una etnoeconomía de los procesos mercantiles”, en *Alteridades*, vol. 14, núm. 28, pp. 109-125.
- Castañeda, Yolanda; Arcelia González, Michelle Chauvet y José Francisco Ávila (2014), “Industria semillera de maíz en Jalisco. Actores sociales en conflicto”, en *Sociológica*, año 29, núm. 83, pp. 241-278.
- Ceballos, Sergio Gabriel (2010), “Comercio exterior, producción y determinación de precios del maíz en México: implicaciones y propuestas para mejorar la competencia”, en *El mercado interno del maíz y su producción*, disponible en <<http://www.eumed.net/libros-gratis/2010b/682/Mercado%20interno%20de%20Maiz%20y%20su%20produccion.htm>>, consultado el 31 de agosto de 2017.
- Centro de Estudios para el Desarrollo Sustentable y la Soberanía Alimentaria (CEDRSSA) (2014), *Consumo, distribución y producción de alimentos: el caso del complejo maíz-tortilla*, México, CEDRSSA.
- Chapela, Ignacio (2013), “Corrupción en la ciencia. Cinco casos de corrupción”, en *YouTube*, Facultad de Ciencias de la UNAM, disponible en <<https://www.youtube.com/watch?v=jdeg-bwxNrA>>.
- Cobo, Rosario y Lorena Paz Paredes (2014), “Cafetaleros de la frailesca: buena vida y buen café”, en Armando Bartra, Rosario Cobo, Miguel Meza, Lorena Paz Paredes, Víctor M. Quintana y Lourdes Rudiño, *Haciendo milpa. Diversificar y especializar: estrategias de organizaciones campesinas*, México, Itaca/Circo Maya, pp. 79-111.
- Cordera, Rolando (1985), “Política económica y hegemonía”, en *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México, Siglo XXI/IS-UNAM, pp. 464-469.
- Coyoac Rodríguez, José Luis; José Molina Galán, Jesús García y Luis Serrano (2013), “La selección masal permite aumentar

- el rendimiento sin agotar la variabilidad genética aditiva en el maíz Zacatecas 58”, en *Revista Fitotecnia Mexicana*, vol. 36, núm. 1, pp. 53-6.
- De Oliveira, Orlandina y Vania Sallés (1989), “Reflexiones teóricas para el estudio de la reproducción de la fuerza de trabajo”, en *Argumentos*, núm. 4, pp. 619-643.
- Díaz Porras, Rafael y Jorge Valenciano Salazar (2012), “Gobernanza en las cadenas globales de mercancía/valor: una revisión conceptual”, en *Economía y Sociedad*, vol. 17, núm. 41, pp. 9-27.
- Echánove Huacuja, Flavia (2013), *Apoyos del gobierno a la comercialización de granos: los programas de agricultura de contrato y coberturas de precios*, México, UNAM, disponible en <http://subsidiosalcampo.org.mx/wp-includes/textos_pdf/subsidios-pdf/7.Granos.pdf>, consultado el 10 de noviembre de 2017.
- Eliade, Mircea (2009), *El mito del eterno retorno*, Madrid, Alianza.
- Espinosa, Alejandro; Margarita Tadeo, Antonio Turrent y Noel Gómez (2009), “El potencial de las variedades nativas y mejoradas de maíz”, en *Ciencias*, núm. 92-93, octubre-marzo, pp. 118-125.
- Espinosa, Gisela (2015), “Repensando el campo: feminización, ‘desjuvenización’ y envejecimiento del campo”, presentado en Encuentro Internacional Economía Campesina y Agroecología en América, 31 de agosto a 2 de septiembre, México.
- Eyzaguirre, Pablo y Olga Linares (eds.) (2004), *Home Gardens and Agrobiodiversity*, Washington, Smithsonian Books.
- Federici, Silvia (2013), *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficantes de sueños, disponible en <<https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Revolucion%20en%20punto%20cero-TdS.pdf>>, consultado el 10 de noviembre de 2016.
- Fernández, Lianne; R. Cristóbal, ‘OR. Ortíz y N. León (2003), “Fitomejoramiento participativo del maíz (*Zea Mays L.*): una experiencia en la Habana”, en *Cultivos Tropicales*, vol. 24, núm. 4, pp. 77-83.
- Fideicomisos Instituidos en relación con la Agricultura (FIRA) (2016), *Panorama agroalimentario maíz*, México, FIRA.

- Florescano, Enrique (1997), *Etnia, Estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, México, Aguilar.
- Fox, Jonathan y Libby Haight (coords.) (2010), *Subsidios para la desigualdad. Las políticas públicas del maíz en México a partir del libre comercio*, México, Woodrow Wilson International Center for Scholars/CIDE.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colmex-CEDUA.
- García Zavala, Jesús; Jesús López Reynoso, José Molina Galán y Tarcicio Cervantes Santana (2002), “Selección masal visual estratificada y de familia de medios hermanos en una cruz a intervarietal F2 de maíz”, en *Revista Fitotecnia Mexicana*, vol. 25, núm. 4, pp. 387-391.
- Gobierno del Estado de Morelos (2014), “Ley de protección y conservación del maíz criollo en su estado genético para el estado de Morelos”, en *Periódico Oficial Tierra y Libertad*, 25 de junio, Cuernavaca, Gobierno del Estado de Morelos, pp. 10-23.
- Gómez Bahena, Erik Arturo (2013), “Importancia del huerto de traspatio en el Rincón, Miacatlán”, tesis de licenciatura, Morelos, México, UAEM-Facultad de Ciencias Agropecuarias.
- Gómez Fernández, Israel (2017), “Saberes y nuevas prácticas agrícolas en la comunidad de Coajomulco”, tesis de doctorado, Morelos, México, UAEM-Facultad de Ciencias Agropecuarias.
- Gómez Olivier, Luis (2008), “La crisis alimentaria mundial y su incidencia en México”, en *Rumbo Rural*, año 4, núm. 9, mayo-agosto, pp. 40-68.
- González Jácome, Alba (2016), “Orígenes, domesticación y dispersión del maíz”, en Ignacio López e Ivonne Vizcarra (coords.), *El maíz nativo en México. Una aproximación crítica desde los estudios rurales*, México, Juan Pablos/UAM.
- González, Jorge (1994), *Más(+) cultura(s). Ensayos sobre realidades plurales*, México, CNCA.
- González, Sandra y Luis Arturo Ávila (2013), “Efectos del cambio climático en las formas de vida de campesinos indígenas y sus respuestas adaptativas”, en *Investigación Ambiental*, vol. 5, núm. 1, pp. 101-104.

- González, Soledad (1992), "Familias campesinas mexicanas en el siglo XX", tesis de doctorado, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- Gras, Carla (1997), "Complejos agroindustriales y globalización: cambios en la articulación del sector agrario", en *Revista Internacional de Sociología sobre Agricultura y Alimentos*, vol. 6, pp. 55-57.
- Gutiérrez, D. y G. Güemes (2000), *Manejo poscosecha de maíz en el estado de Morelos*, Morelos, México, INIFAP.
- Guzmán, Elsa (2005), *Resistencia, permanencia y cambio. Estrategias campesinas de vida en el poniente de Morelos*, México, Plaza y Valdés/UAEM.
- Guzmán, Elsa (2015), "Estrategias campesinas de vida, transformaciones y retos. Notas a partir de los campesinos jitomateros de los Altos de Morelos y otras reflexiones", en Jesús Madera, Olivia Garrafa, Karla Rivera y Maribel Real (coords.), *Estrategias organizativas y de reproducción para el desarrollo local*, México, UAN/Juan Pablos, pp. 21-50.
- Guzmán, Elsa (2016), "Acercamiento al maíz nativo desde una discusión de bienes comunes y soberanía nacional", en Ignacio López e Ivonne Vizcarra (coords.), *El maíz en México. Una aproximación crítica desde los estudios rurales*, México, Juan Pablos/UAM.
- Guzmán, Elsa y Arturo León (2008), *Campesinos jitomateros. Especialización diversificada en los Altos de Morelos*, México, Plaza y Valdés/UAEM.
- Guzmán, Elsa y Arturo León (2011), "Resguardo de maíz y estrategia de seguridad campesina en Morelos", en Elsa Guzmán, Nohora Guzmán, Sergio Vargas, *Gestión social y procesos productivos*, México, UAEM, pp. 155-168.
- Guzmán Elsa y Arturo León (2012), "Plazas campesinas de maíz frente a la crisis alimentaria: construcción de espacios públicos", en Elsa Guzmán y León Ávila, *Actores y procesos productivos: incidencias globales y locales*, México, AMER/UNAM.
- Guzmán, Elsa y Arturo León (2014), "Peculiaridades campesinas del Morelos rural", en *Revista Economía, Sociedad y Territorio*, México, El Colegio Mexiquense, vol. 14, núm. 44, enero-abril, pp. 175-200.

- Harvey, David (2005), *El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión*, Buenos Aires, Clacso, disponible en <<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf>>.
- Hellin, Jon *et al.* (2013), “La importancia de los nichos de mercado. Un estudio de caso del maíz azul y del maíz para pozoles en México”, en *Revista Fitotecnia Mexicana*, vol. 36, núm. especial 6, pp. 315-328.
- Herrera Tapia, Francisco (2009), “Apuntes sobre las instituciones y los programas de desarrollo rural en México. Del Estado benefactor al Estado neoliberal”, en *Estudios Sociales*, vol. 17, núm. 33, enero-junio, pp. 8-39.
- Hewitt, Cynthia (1976), *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970*, México, Siglo XXI.
- Hewitt, Cynthia (1991), “La economía política del maíz en México”, en *Comercio Exterior*, vol. 41, núm. 10, México, pp. 955-970.
- Hirsch, Joachim (2001), *El Estado nacional de competencia*, México, UAM-Xochimilco.
- Kabeer, Naila (1998), *Realidades trastocadas. Las jerarquías de género en el pensamiento del desarrollo*, México, Paidós/PUEG-UNAM.
- Kato, Tadeo; Cristina Mapes, Luz María Mera, José Antonio Serratos, Robert Arthur Bye (2009), *Origen y diversificación del maíz. Una revisión analítica*, México, UNAM/UACM/CP-Semarnat-Conabio.
- Landini, Fernando (2011), “Racionalidad económica campesina”, en *Mundo Agrario. Revista de Estudios Rurales*, vol. 12, núm. 23, Buenos Aires, Universidad de la Plata, p. 27, disponible en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=84522393014do>>.
- León, Arturo; Elsa Guzmán, Friné López, Julio Romaní y Laura Ruiz (2005), *Relaciones de género en el acceso a la tierra*, México, Espacio Autónomo/Indesol/UAM-Xochimilco.
- León, Arturo y Elsa Guzmán (2008), “Determinantes para la no renegociación del Tratado de Libre Comercio América del Norte”, en *Argumentos*, vol. 21, núm. 57, pp. 175-208.
- Logeril, Charlotte y Thierry Pouch (2004), *Le commerce extérieur agroalimentaire des États Unis 1967-2001*, Le Mée-sur-Seine, Chambre d’agriculture.

- Long, Norman (1994), “Cambio rural, neoliberalismo y mercantilización: el valor social desde una perspectiva centrada en el actor”, en *Las disputas por el México rural: transformaciones de prácticas, identidades y proyectos*, XVI Coloquio, México, El Colegio de Michoacán.
- López, Alfredo (1994), *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE.
- Manzano, Bernardo (2009), “Introducción: territorio, teoría y política”, en Fabio Lozano y Guillermo Ferro, *Las configuraciones de los territorios rurales en el siglo XXI*, Bogotá, Universidad Javeriana.
- Mares, Andrea (2011), “La comercialización de maíz como estrategia campesina en Nepopualco, Morelos”, tesis de licenciatura, Morelos, México, Facultad de Ciencias Agropecuarias-UAEM.
- Martínez Esponda; Francisco Xavier, Mariana Benítez Keinrad, Ximena Ramos Pedrueza Ceballos, Gisselle García Manning, Luis Bracamontes Nájera y Benito Vázquez Quesada (2016), *Informe sobre la pertinencia biocultural de la legislación mexicana y su política pública para el campo. El caso del programa de “Modernización Sustentable de la Agricultura Tradicional” (MasAgro)*, México, Centro Mexicano de Derecho Ambiental.
- Meza, Miguel (2010), “Crédito rural y neoliberalismo”, disponible en <http://subsidiocalcampo.org.mx/wp-includes/textos_pdf/otros/ponenciamm.pdf>.
- Mintz, Sindy W. (1982), “Sistemas de mercado interno como mecanismo de articulación social”, en *Nueva Antropología*, vol. VI, núm. 19, junio, México, Asociación Nueva Antropología A.C.
- Mondragón, Mirtha; Ivonne Vizcarra, Humberto Thomé y Francisco Herrera (2016), “SinHambre: el papel del maíz en el Proyecto Estratégico de Seguridad Alimentaria (PESA-FAO)”, en Ignacio López e Ivonne Vizcarra (coords.), *El maíz en México. Una aproximación crítica desde los estudios rurales*, México, Juan Pablos/UAM.
- Morales, Silvino (2011), “Los huertos en una comunidad de la Reserva de la Biósfera Sierra de Huautla, Morelos”, en Elsa Guzmán, Nohora Guzmán, Sergio Vargas, *Gestión social y procesos productivos*, México, UAEM, pp. 131-154.

- Morales, Silvino (2013), “Uso y manejo de la milpa: estrategias de conservación del maíz en la Reserva de la Biósfera Sierra de Huautla, Morelos”, tesis de doctorado, Morelos, Facultad de Ciencias Agropecuarias-UAEM.
- Morales, Silvino y Elsa Guzmán (2015), “Caracterización socio-cultural de las milpas en dos ejidos del municipio de Tlalquitenango, Morelos, México”, en *Etnobiología*, vol. 13, núm. 2, pp. 94-109.
- Morelos Poder Ejecutivo (2015), *Reglamento de la ley de protección y conservación del maíz criollo en su estado genético para el estado de Morelos*, Morelos, Morelos Poder Ejecutivo, disponible en <http://marcojuridico.morelos.gob.mx/archivos/reglamentos_estatales/pdf/RLMAIZCRILLOMO.pdf>.
- Moore, Henrietta (1991), *Antropología y feminismo*, Madrid, Cátedra.
- Munguía-Aldama, Josefina; Fabiana Sánchez, Ivonne Vizcarra y María Rivas (2015), “Estrategias para la producción de maíz frente a los impactos del cambio climático”, en *Revista de Ciencias Sociales (Ve)*, vol. XXI, núm. 4, pp. 538-547.
- Nazar, Austreberta y Emma Zapata (2000), “Desarrollo, bienestar y género: consideraciones teóricas”, en *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, núm. 11, Guadalajara, UdeG, pp. 73-118.
- Núñez, Soledad (2012), “Autosuficiencia o dependencia: tendencias en las estrategias de reproducción campesina de la comunidad de Santo Domingo Ocotitlán”, tesis de licenciatura, Morelos, Facultad de Ciencias Agropecuarias-UAEM.
- Olivé, León (2005), “La cultura científica y tecnológica en el tránsito a la sociedad del conocimiento”, en *Revista de la Educación Superior*, vol. XXXIV (4), núm. 136, octubre-diciembre, México, pp. 49-63.
- Ortega Mondragón, Oyuki (2016), “Impacto de los programas gubernamentales en la producción de maíz en Quilamula y Cuenteoec en el estado de Morelos”, tesis de maestría, Morelos, Facultad de Ciencias Agropecuarias-UAEM.
- Ortiz, Miguel y Orsohe Ramírez (2017), “Proveedores e industrias de destino de maíz en México”, en *Agricultura, Sociedad y Desarrollo*, vol. 14, núm. 1, pp. 61-82.

- Ostrom, Elinor (2009), *El gobierno de los bienes comunes. La evolución de las instituciones de acción colectiva*, México, FCE/CRIM-UNAM.
- Palacios, José Miguel (2009), “Evolución y situación actual del financiamiento en el campo”, en *Claridades Agropecuarias*, núm. 194, pp. 6-20.
- Palerm, Ángel (1980), “Articulación campesinado-capitalismo: sobre la fórmula M-D-M”, en Ángel Palerm, *Antropología y Marxismo*, México, Nueva Imagen.
- Paz, Lorena y Miguel Meza (2014), “La Unión de Cooperativas Tosepan: una familia muy grande”, en Armando Bartra, Rosario Cobo, Miguel Meza, Lorena Paz Paredes, Víctor M. Quintana y Lourdes Rudiño, *Haciendo milpa. Diversificar y especializar: estrategias de organizaciones campesinas*, México, Itaca/Circo Maya, pp. 41-78.
- Pérez, Alberto; José Molina y Ángel Martínez (2002), “Adaptación a clima templado de raza tropical y subtropical de maíz en México por selección masal visual”, en *Revista Fitotecnica Mexicana*, vol. 25, núm. 4, pp. 435-441.
- Piñeyro, Alma; Emmanuel González y Elena Álvarez-Buylla (2017), “Flujo de transgenes y su presencia en maíz nativo: controversias científicas e inmovilidad oficial”, en *El maíz y la alimentación: crisis políticas y alternativas*, México, REMATEC-AAMER/El Colef.
- Polanco, Alejandro y Trinidad Flores (2008), *Bases para una política de I y D e innovación de la cadena de valor del maíz*, México, Foro Consultivo Científico y Tecnológico.
- Polanyi, Karl (1974), “El sistema económico como proceso institucionalizado”, en Maurice Godelier (comp.), *Antropología y Economía*, Barcelona, Anagrama, pp. 155-179.
- Programa de las Naciones para el Desarrollo (PNUD) (2007), *El estado del Estado en Bolivia. Informe Nacional sobre Desarrollo Humano 2007*, La Paz, PNUD.
- Pulido, Juan y Gonzalo Chapela (2017), “Agroecología en México. Marco de políticas públicas”, en Eric Sabourin, María Mercedes Patrouilleau, Jean François Le Coq, Luis Vásquez y Paulo Andre Niederle (orgs.), *Políticas públicas a favor de la agroecología en América Latina y El Caribe*, Porto Alegre,

- Red PP-AL-FAO, disponible en <<https://www.pp-al.org/es/content/download/4727/35730/version/1/file/2017+Red+PP-AL++Políticas+Publicas+a+favor+de+la+agroecología+e+n+ALC.pdf>>, pp. 263-310.
- Quintana, Víctor (2014), “Estrategias diversificadas de familias del Frente Democrático Campesino de Chihuahua”, en Armando Bartra, Rosario Cobo, Miguel Meza, Lorena Paz Paredes, Víctor M. Quintana y Lourdes Rudiño, *Haciendo milpa. Diversificar y especializar: estrategias de organizaciones campesinas*, México, Itaca/Circo Maya.
- Ramírez, Erika (2007), “Cargill, ‘coyote trasnacional’ del maíz”, en *Contralínea*, junio, disponible en <http://contralineacom.mx/archivo/2007/junio2/htm/Cragill_Coyote_Maiz.htm>.
- Rivera, Karla; Olivia Garrafa y Maribel Real (2015), “Estrategias campesinas: trayectorias organizativa en Cordón del Jilguero, Ruiz, Nayarit”, en Jesús Madera, Olivia Garrafa, Karla Rivera y Maribel Real (coords.), *Estrategias organizativas y de reproducción para el desarrollo local*, México, UAN/Juan Pablos, pp. 51-68.
- Robles, Héctor (coord.) (2013), *Presupuesto del programa especial concurrente para el desarrollo rural y su comportamiento histórico 2003-2013*, México, Subsidios al Campo en México, disponible en <http://subsidiosalcampo.org.mx/wp-includes/textos_pdf/subsidios-pdf/8.PesupuestoEspecial.pdf>.
- Robles, Héctor (2016), *Notas sobre el presupuesto del programa especial concurrente para el desarrollo rural sustentable 2017*, México, Subsidios al Campo en México, disponible en <http://subsidiosalcampo.org.mx/wp-includes/textos_pdf/subsidios-pdf/NotasPEC2017.pdf>, consultado el 10 de noviembre de 2017.
- Román, Erika (2013), “El maíz en la vida cotidiana de las familias campesinas de Amatlán de Quetzalcóatl”, tesis de doctorado, Morelos, Facultad de Ciencias Agropecuarias-UAEM.
- Romero, José (2013), “Respuesta genética a la selección de la población cb-016-pz-07 de maíz pozolero del estado de Morelos”, tesis de maestría en Ciencias Agropecuarias y Desarrollo Rural, Morelos, Facultad de Ciencias Agropecuarias-UAEM.

- Rosberry, William (1989), “Los campesinos y el mundo”, en Stuart Plattner, *Antropología económica*, México, Conaculta, pp. 155-175.
- Rubio, Blanca (2016), “La fase de transición mundial y el dominio agroalimentario de Estados Unidos: una visión histórico estructural”, en *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales*, vol. 1, núm. 2, pp. 137-158.
- Salazar, Carlos y Arturo Puente (2014), “La formación de los precios en la cadena de valor maíz-grano-tortilla. INGO/ASERCA”, en *Revista Claridades Agropecuarias*, núm. 255, enero, pp. 26-31, disponible en <<http://www.infoaserca.gob.mx/claridades/revistas/245/ca245-26.pdf>>.
- Sallés, Vania y Rodolfo Tuirán (2000), “¿Cargan las mujeres con el peso de la pobreza?”, en María de la Paz López y Vania Sallés (comps.), *Familia, género y pobreza*, México, GIM-TRAP/Porrúa, pp. 47-94.
- Santos, de Sousa Boaventura (2006), *Conocer desde el sur. Por una cultura política emancipatoria*, Lima, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales.
- Scott, James (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Era.
- Sen, Amartya (2000), *Desarrollo y libertad*, México, Planeta.
- Shanin, Teodor (1976), *Naturaleza y lógica de la economía campesina*, Barcelona, Anagrama.
- Soares, Denise y Antonino García (2014), “Percepciones campesinas indígenas acerca del cambio climático en la cuenca de Jovel, Chiapas-México”, en *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 39, pp. 63-89.
- Solano, Victoria (2013), “‘9.70’ Semillas certificadas. Historia de la privatización de las semillas en Colombia”, disponible en <<https://www.youtube.com/watch?v=bMpGDZ43N9k>>.
- Steffen, Cristina (2003), “Las nuevas políticas de comercialización de granos y sus efectos en los ejidatarios de Guanajuato”, en Roberto Diego Quintana, Luciano Concheiro Bórquez y Patricia Couturier Bañuelos (coords.), *Políticas públicas para el desarrollo rural*, México, Juan Pablos/UAM Xochimilco, pp. 133-166.

- Tapia, Medardo y Maribel Ibarra (1993), “La reconstrucción, el resurgimiento y la modernización: 1930-1992”, en *Morelos el estado*, Morelos, Gobierno del Estado de Morelos.
- Tépach Reyes, Marcial (2009), *El impacto en los hogares de México por el incremento en los precios de los productos alimenticios, 2006-2008*, México, Centro de Documentación, Información y Análisis-Cámara de Diputados LX Legislatura.
- Toledo, Víctor y Narciso Barrera-Bassols (2008), *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*, Barcelona, Icaria.
- Torres Salcido, Gerardo (2009), *De la producción de maíz al consumo social de tortilla. Políticas de producción y abastecimiento urbano*, México, CEIICH-UNAM.
- Trivi, Nicolás (2016), “La ley de semillas en Argentina: la disputa por el control y el futuro de la agricultura”, en *Geopolíticas*, vol. 7, núm. 1, pp. 57-75, disponible en <<https://revistas.ucm.es/index.php/GEOP/article/viewFile/49832/48707>>.
- Trujillo, Alberto (2003), *Guía para seleccionar semilla de maíz criollo y variedades de polinización libre*, México, INIFAP.
- Trujillo, Alberto (2013), “Actualización del paquete tecnológico para la producción de maíz en el estado de Morelos”, desplegable para productores núm. 30, México, INIFAP.
- Turrent, Antonio; Timothy Wise y Elise Garvy (2012a), *Factibilidad de alcanzar el potencial productivo de maíz en México*, México, WWICS.
- Turrent, Antonio; José Cortés y Alejandro Espinosa (2012b), “Plan estratégico para expandir la producción de granos a niveles superiores a la demanda”, en José Luis Calva (coord.), *Políticas Agropecuarias y Pesqueras*, vol. 9, Juan Pablos/Consejo Nacional de Universitarios, pp. 286-304.
- Turrent, Antonio; Alejandro Espinosa, Margarita Tadeo, Adelita San Vicente et al. (2013), “Una visión no oficial de la ley de semillas y ley federal de variedades vegetales, a quién ayuda, a quién protege”, en Elena Álvarez-Buylla y Alma Piñeyro (coords.), *El maíz en peligro ante los transgénico*, México, UNAM/UCCS/Universidad Veracruzana.

- Turrent, Antonio; Alejandro Espinosa, José Isabel Cortés y Hugo Mejía (2014), "Análisis de la estrategia MasAgro-maíz", en *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, vol. 5, núm. 8, pp. 1531-1547, disponible en <<http://www.scielo.org.mx/pdf/remexca/v5n8/v5n8a16.pdf>>.
- Vargas, Gustavo (2017), "El mercado de harina de maíz en México. Una interpretación microeconómica", en *Economía Informa*, vol. 405, julio-agosto, pp. 4-29.
- Vázquez, Verónica (2001), "Género y tenencia de la tierra en el ejido mexicano: ¿la costumbre o la ley del Estado?", en *Estudios Agrarios*, núm. 18, México, Revista de la Procuraduría Agraria.
- Velázquez, Margarita (2003), "Hacia la construcción de la sustentabilidad social: ambiente, relaciones de género y unidades domésticas", en Esperanza Tuñón (coord.), *Género y medio ambiente*, México, ECOSUR/Semarnat/Plaza y Valdés, pp. 79-105.
- Vergopoulos, Kostas (1979), "El papel de la agricultura familiar en el capitalismo contemporáneo", en *Cuadernos Agrarios*, núm. 9, pp. 33-40.
- Wallerstein, Immanuel (2007), *Geopolítica y Geocultura. Ensayos sobre el moderno sistema mundial*, Barcelona, Kairós.
- Warman, Arturo (1976), *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, México, Ediciones de la Casa Chata.
- Warman, Arturo (2001), *El campo mexicano en el siglo XX*, México, FCE.
- Wolf, Eric (1976), "Los campesinos y sus problemas", en Maurice Godelier, *Antropología y Economía*, Barcelona, Anagrama, pp. 260-275.
- Zamudio Fuentes, Carlos (2011), "Entrevista", ejecutivo de ventas SIACOMEX-ANEC, México, 13 de febrero.
- Zarazúa, José Alberto; Gustavo Almaguer y Jorge Ocampo (2011), "Programa de Apoyos Directos al Campo (Procampo) y su impacto sobre la gestión del conocimiento productivo y comercial de la agricultura del Estado de México", en *Agricultura, Sociedad y Desarrollo*, enero-abril, pp. 89-105.

Páginas web institucionales y empresariales

- Cargill (2017a), *2017 Annual Momentum*, disponible en <<https://www.cargill.com/doc/1432094802973/2017-annual-report.pdf>>.
- Cargill (2017b), “Grupo Bimbo y CIMMYT colaboran para impulsar la producción agrícola sustentable y el abastecimiento responsable de trigo y maíz en México”, en *Cargill*, disponible en <https://www.cargill.com.mx/es/2017/grupo-bimbo-and-cimmyt_mx>.
- Cargill (2017c), “Cargill y CIMMYT lanzan la tercera edición del Premio a la Seguridad Alimentaria y la Sustentabilidad”, en *Cargill*, disponible en <https://www.cargill.com.mx/es/2017/cargill-and-cimmyt-present_mx>.
- Cargill (2018), “Conmover discurso en defensa del comercio”, en *Cargill*, disponible en <<http://www.cargill.com.mx/es/2017/en-defensa-del-comercio>>.
- CIMMYT (2012), “Presentan iniciativa MasAgro en el Estado de Morelos”, en *CIMMYT*, disponible en <<http://conservacion.cimmyt.org/es/noticias/380-presentan-iniciativa-masagro-en-el-estado-de-morelos>>.
- CIMMYT (2016), “Banco de germoplasma”, en *CIMMYT*, disponible en <<http://www.cimmyt.org/es/banco-de-germoplasma/>>.
- CIMMYT (2017a), *EnLACe. La revista de la Agricultura de Conservación*, año 8, núm. 37, abril-mayo, disponible en <http://conservacion.cimmyt.org/en/component/docman/doc_view/2146-revista-enlace-no37>.
- CIMMYT (2017b), “Bitácora electrónica MasAgro (BEM)”, en *CIMMYT*, disponible en <<http://conservacion.cimmyt.org/es/hubs/683--bitacora-electronica-masagro>>.
- CIMMYT (2017c), “Alineación e integración de la estrategia MasAgro mediante prácticas tecnológicas en Morelos”, en *CIMMYT*, disponible en <<http://conservacion.cimmyt.org/es/promaf/2279-capacitacion-sobre-el-manejo-de-la-bem-y-la-aplicacion-geoodk-en-morelos>>.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2012), *Construcción de las líneas de bienestar. Documento metodológico*, México, Coneval, disponible

- en <http://www.coneval.org.mx/Informes/Coordinacion/INFORMES_Y_PUBLICACIONES_PDF/Construccion_lineas_bienestar.pdf>.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2018a), “Porcentaje, número de personas y carencias promedio por indicador de pobreza. Morelos 2010-2016”, México, Coneval, disponible en <<https://coneval.org.mx/coordinacion/entidades/Morelos/Paginas/Pobreza-2016.aspx>>.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2018b), “Medición de la pobreza”, México, Coneval, disponible en <http://www.coneval.org.mx/Medicion/MP/Paginas/Pobreza_2016.aspx>.
- GRAIN (2008), “El negocio de matar de hambre”, en *GRAIN*, disponible en <<https://www.grain.org/article/entries/183-el-negocio-de-matar-de-hambre>>.
- GRAIN y Vía campesina (2015), *Las leyes de semillas que criminalizan campesinas y campesinos. Resistencias y luchas*, Barcelona, GRAIN/Vía campesina, disponible en <<https://viacampesina.org/es/wp-content/uploads/sites/3/2013/07/Seed%20laws%20booklet%20ES%202.pdf>>.
- GRUMA (2014), *Desempeño con visión. Informe anual 2014*, México, GRUMA.
- GRUMA (2017), *Investor Presentation*, México, GRUMA, disponible en <https://www.gruma.com/media/677525/gruma-oct_17.pdf>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2013a), “Censo Agrícola, Ganadero y Forestal 2007”, México, INEGI, disponible en <<http://www3.inegi.org.mx/sistemas/tabuladosbasicos/default.aspx?c=17177&s=est>>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2013b), “PIB y cuentas nacionales”, México, INEGI, disponible en <<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/cn/pibe/default.aspx>>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2016), “Número de terrenos y superficie total principalmente con agricultura a cielo abierto según superficie sembrada estimada y disponibilidad del agua”, en *Marco Censal Agropecuario*

- 2016, México, disponible en <<http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/agro/amca>>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2018), “Censo de Población y vivienda 2010”, México, INEGI, disponible en <<http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/ccpv/2010/default.html>>.
- Monsanto (2016), “Bayer y Monsanto crearán un Líder Global en Agricultura”, en *Monsanto*, disponible en <<http://www.monsantoglobal.com/global/lan/noticias-y-opiniones/Pages/Bayer-y-Monsanto-crear%C3%A1n-un-L%C3%ADder-Global-en-Agricultura.aspx>>.
- Monsanto (2018a), *It All Starts Today. 2006 Annual Report*, disponible en <<https://monsanto.com/app/uploads/2017/05/2006annualreport.pdf>>.
- Monsanto (2018b), *Sharing value, sustaining innovation. 2017 Annual Report*, disponible en <https://monsanto.com/app/uploads/2017/12/2017_Monsanto_Annual_Report.pdf>.
- Organización para las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) (2003), “El Programa Especial para la Seguridad Alimentaria. Respuesta a los nuevos desafíos”, Roma, FAO, disponible en <<http://www.fao.org/docrep/006/ac828s/ac828s00.htm>>.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y Agricultura (FAO) (2006), *Seguridad alimentaria. Informe de políticas*, disponible en <http://ftp.fao.org/es/esa/policybriefs/pb_02_es.pdf>, consultado el 2 de noviembre de 2017.
- Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca (Sagarpa) (2013), *Memoria Documental del Programa “Modernización Sustentable de la Agricultura Tradicional” 2010-2012*, México, Sagarpa, disponible <<http://www.sagarpa.gob.mx/Transparencia/PNRCTCC/PNRCTCC%202012/Memoria%20MasAgro%202010-2012%20PDF.pdf>>.
- Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca (Sagarpa) (2015), “Programa de Apoyos Directos al Campo”, México, Sagarpa, disponible en <<http://www.sagarpa.gob.mx/agricultura/Programas/proagro/Paginas/Antecedentes.aspx>>.
- Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca (Sagarpa) (2017a), “PIMAF, maíz y frijol una sociedad muy productiva”, Méxi-

- co, Sagarpa, disponible en <<http://www.sagarpa.gob.mx/Delegaciones/coahuila/boletines/Paginas/2017B19.aspx>>.
- Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca (Sagarpa) (2017b), “Listado de beneficiarios”, México, Sagarpa, disponible en <<http://www.sagarpa.gob.mx/Delegaciones/morelos/Paginas/Padron2.aspx>>.
- Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca-Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (Sagarpa-FAO) (2000), *Informe Nacional. Programa Kilo x kilo*, México, Sagarpa-FAO, disponible en <<http://www.fao-evaluacion.org.mx/pagina/documentos/sistemas/eval2000/Programas/N8.pdf>>.
- Secretaría de Desarrollo Agropecuario (Sedagro) (2013), *Programa sectorial agropecuario 2013-2018*, Cuernavaca, Gobierno del estado de Morelos-Secretaría de Desarrollo Agropecuario, disponible en <https://www.hacienda.morelos.gob.mx/images/docu_planeacion/planea_estrategica/programas_sectoriales/09.-DESARROLLO_AGROPECUARIO.pdf>.
- Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) (2017), *Prospera es el Programa de Inclusión Social que impulsa la igualdad de oportunidades*, disponible en <<http://www.gob.mx/alimentacionydesarrollo/articulos/prospera-es-el-programa-de-inclusion-social-que-impulsa-la-igualdad-de-oportunidades>>.
- Secretaría de Economía (SE) (2012), *Dirección General de negociaciones multilaterales y regionales Acuerdo de Asociación Transpacífico (TTP). Memorias documentales 2006-2012*, México, SE, disponible en <http://www.economia.gob.mx/files/transparencia/informe_APF/memorias/14_md_tpp_sce.pdf>, consultado el 3 de enero de 2018.
- Servicio a la Información agrícola y pesquera-Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (SIAP-Sagarpa) (2010), “Indicadores Básicos del Sector Agroalimentario y Pesquero. México”, disponible en <http://www.campomexicano.gob.mx/portal_siap/Integracion/EstadisticaDerivada/InformaciondeMercados/Mercados/modelos/Indicadoresbasicos2009.pdf>, consultado en octubre de 2015.

- Servicio a la Información Agrícola y Pesquera-Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (SIAP-Sagarpa) (2017), “Información Agrícola Cierre de la Producción Agrícola por Cultivo”, disponible en <http://infosiap.siap.gob.mx/aagricola_siap_gb/ientidad/index.jsp> y <http://infosiap.siap.gob.mx/aagricola_siap_gb/icultivo/index.jsp>, consultado en octubre de 2016.
- Servicio a la Información Agrícola y Pesquera-Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (SIAP-Sagarpa) (2018), “Anuario Estadístico de la Producción Agrícola”, disponible en <http://nube.siap.gob.mx/cierre_agricola/>, consultado en enero de 2018.
- Subsidios al Campo (2017), “Presupuesto Especial Concurrente”, México, Subsidios al Campo, disponible en <<http://subsidiosalcampo.org.mx/analiza/presupuesto-especial-concurrente/#graphic2>>.
- The World Bank Group (2017), “Pobreza”, disponible en <<https://data.worldbank.org/topic/poverty?end=2014&start=1960>>.
- Unión Internacional para la Protección de las Obtenciones Vegetales (UPOV) (2013), “Preguntas frecuentes”, disponible en <<http://www.upov.int/about/es/faq.html#QG10>>.

De maíces a maíces.
Agriculturas locales, disputas globales
se terminó en abril de 2018
en Imprenta de Juan Pablos, S.A.
2a. Cerrada de Belisario Domínguez 19
Col. del Carmen, Del. Coyoacán
México, 04100, Ciudad de México
<juanpabloseditor@gmail.com>

500 ejemplares

